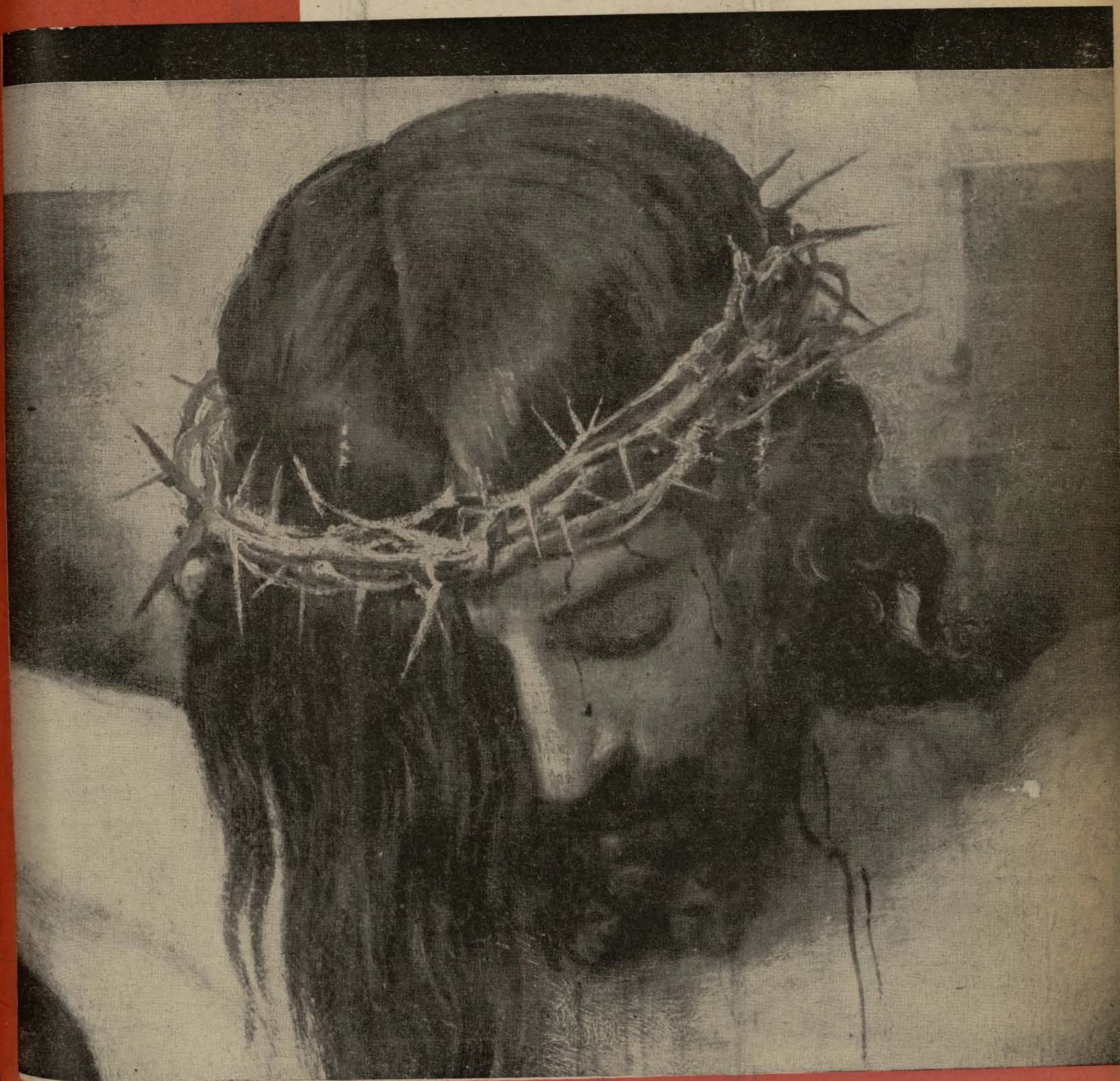


TAJO

¿ES POSIBLE LA INVASIÓN DE EUROPA?

Semana Santa en Castilla



Año III - Núm. 96

28

marzo

1942

SUMARIO: EL PORVENIR DE LOS 30.000
CIEGOS ESPAÑOLES - ES-
TAMPAS DE SEMANA SANTA EN CASTILLA - AIRES
DE FUERA - PETROLEROS - PUERTO DARWIN, PE-
LIGRA - LA LUCHA CONTRA LA MUERTE - LA SEÑO-
RITA PRIMAVERA, EN ESCENA - DOSTOIEWSKY.
HEINE-HAZEL - SINFONIA DE SEMANA SANTA

60 cts.

Ayuntamiento de Madrid

El porvenir de los 30.000 ciegos españoles



¿Pero es posible? Esta telefonista ciega no se equivoca nunca, y no le comunica a usted con una carbonería cuando con quien desea hablar es con la Delegación Provincial de Sevilla.



Se rie porque la hemos sorprendido buscando los caramelos más gordos, "porque así pesan más", y ya se sabe que cuantos más kilos empaquetan, más pesetillas perciben estas muchachas. ¿No les parece que ésta tiene vista? La del fondo tiene novio: un mutilado de guerra.



La biblioteca de los ciegos es la porción más valiosa de su mundo. Libros de Filosofía, Historia, Ciencias, etc. Con sus hipersensibles dedos, sobre el grueso papel, hacen saltar chispas de luz para los ojos del alma.



Antoñito, el benjamín de los niños de la escuela, quiere ser pianista. Hace dos meses que ha nacido al mundo de los ciegos y ya sabe leer.

El fotógrafo y yo vamos a turbar, como curiosos avispones, con el aguijón de las preguntas, la paz de esta colmena: la fábrica de caramelos y las oficinas de la Organización Nacional de Ciegos.

Por la escalera baja un señor enjuto. Es ciego y deja deslizar los cinco ojos de sus yemas por el barandal de la escalera de roble. Baja acompasadamente, más con el perfil completamente vertical. No tropieza con los que, inquietos, aguardan su turno para cobrar el premio que les ha correspondido en el sorteo de la Organización Nacional de Ciegos.

Subimos las escaleras sonrientes y estupefactos, pues el ciego que había bajado antes volvía a ascender, y con más agilidad que nosotros. Como causamos más ruido que los demás, sabe que somos unos intrusos. El ciego nos saluda, más que con palabras, con un ligero zumbido.

Tanto por la distribución de las salas y despachos, como por la forma de trabajar de todos los ciegos, nuestros oídos no alcanzan a percibir sino un murmullo. Es el oído un ojo más para los ciegos, y producir ruido equivaldría a levantar polvareda y nubarse ellos mismos la vista.

Entramos en el despacho del jefe nacional, don Javier Gutiérrez de Tobar y Beruete, que es también un ciego. Al apretar el lápiz entre los dedos, me acuerdo del aguijón y del escozor que debo producir para hacerle hablar. Pero bien veo que no hace falta. Se levanta, sonríe, me alarga su mano, que estrecho, y me señala el sillón, sin equivocarse en su dirección. El secretario general, don Angel Lara Barahona, está allí con sus ojos bien abiertos: es vidente, de los pocos que en santa hermandad trabajan con los ciegos. Todos los jefes de la O. N. de C. son ciegos, pero, ¿con qué tino guían y conducen a los 10.000 afiliados!

Nos dirigimos a la fábrica de caramelos, que está en el mismo edificio. Sobre las mesas montones amarillos y transparentes. Sólo se oye el ruido de los pequeños rectángulos de papel manejados tan diestramente que imitan muy bien el de un aleteo. Alrededor de las mesas cerca de medio centenar de muchachitas ciegas, vestidas de blanco. Corre la noticia de que se les va a hacer una fotografía. Coquetonamente se arreglan las cofias, sonríen y siguen, después, empaquetando caramelos.

—Cuando estén hechas nos dejarán ustedes, al menos, tocarlas.

—Yo quisiera una copia.

—Y ¿en qué periódico saldrán?

—Yo quisiera tener una foto. ¿Me la podrá traer?

—Y ¿para qué querrás tenerla, si no podrás verte?

—Anda, pues para que me vea mi familia.

Al sentir el fogonazo, instintivamente cierran los párpados para defenderse de lo que no pueden ver.

Se ha "armado" el revuelo. La colmena vibra con las risas y las bromas de una y otras. Se conocen por la voz y saben a qué timbre pertenece tal o cual nombre. He podido aver-

riguar que algunas tienen novios y "piensan casarse". Algunas son ciegas desde muy niñas, otras desde hace un año o más. Charlan sin dejar de trabajar con las manos entre papelitos y caramelos. Ocho pesetas de jornal y cuarenta céntimos por cada kilo más que empaqueten. Algunas llegan a percibir 12 pesetas diarias.

Don Javier ha puesto a nuestra disposición su coche. Nos dirigimos a Chamartín, donde se encuentra el "Hogar Franco", para militares ciegos. Jefes, oficiales y soldados con los pechos cuajados de medallas. En el rostro, las dos mejores medallas que nos hablan de heroísmo: dos ventanucos por donde, un día, se asomaron para ver a la Muerte, burlarse de ella y desafiarla. Huyó la Descarnada, avergonzada de sí misma, pero no sin antes dejarles una pequeña rasgadura o cerrarles violentamente las persianas para que no pudieran contar los estragos que Ella hacía en el frente y de los cuales estos caballeros mutilados fueron los mejores testigos. Cinco meses de reeducación y readaptación en su nueva vida. Allí comen y duermen por cuenta de la O. N. de C. Allí, oficiales y soldados, vuelven a aprender a leer, repasan su geografía, etc.

Calle de Reyes. Escuela Primaria para ciegos. Algunos niños me tocan ansiosamente la ropa porque "quieren conocerme". Están contentos. Cuando no tienen clase, juegan por el pasillo, poniéndose uno detrás del otro e imitando al tren. Comen y cenan en la escuela. Cada niño ciego percibe tres pesetas diarias con el fin de que sus padres o tutores no tengan excusa alguna para no llevarles a las clases, alegando que no tienen dinero para el tranvía. Todo es gratis. La ilusión de muchos es ser pianista. Otros, "aún no saben".

"A, B, C, D..." y recorren con los dedos, que cada día son más sensibles, la superficie erizada de bien distribuidos puntos en relieve.

Otros ya saben escribir en "Braille". Colocan el papel, fuerte y recio, sobre una plancha de metal surcada por estrechos canalitos. Sobre el papel una franja, también de metal, que se maneja verticalmente. Tiene múltiples casilleros o pequeños marcos por donde el niño introduce el punzón para presionar sobre el papel y producir los puntos en relieve. Escriben horizontalmente, de derecha a izquierda, y marcando cada letra al revés, ya que leen por el lado contrario, o sea, por donde ha surgido el relieve. Escriben por un lado y leen por el otro.

Los ciegos no quieren conmiseración. Quieren trabajar. La Organización Nacional de Ciegos ha resuelto este problema de una forma definitiva. El ciego ya no mendiga. O vende cupones, o estudia, o trabaja en los talleres propiedad de este simpático organismo. Ningún Gobierno había podido antes resolver su situación. Y jamás hubieran podido hacerlo, porque estaban desunidos. Existían entidades particulares o federaciones, sin dirección única.

El ciego afiliado a la O. N. de C. no paga ni cuota de entrada ni cuota mensual. Ya hemos dicho cómo se cuida de la instrucción de todos los niños invidentes. La Organización sólo tiene escuelas, sino también talleres, como el de Madrid—que ya hemos mencionado—, el de Barcelona—donde se fabrican algunos productos químicos—y el de Zaragoza, donde se hacen cestas y escobas.

Es propósito de la O. N. de C. crear más talleres para el aprendizaje de los que tienen aptitud para diversos trabajos manuales. Tanto el beneficio de los talleres como el 12% del producto de la venta de los cupones se destina a gastos administrativos y a obras sociales.

El ciego enfermo percibe tres pesetas diarias durante su dolencia. Los ancianos o impedidos por otros defectos físicos, además de la ceguera, disfrutan de una pensión diaria de tres pesetas. Al ciego no se le exige más que trabajo, disciplina y honradez. A cambio de todo eso, la O. N. de C., dependiente del Ministerio de la Gobernación, les asegura el porvenir.

Tienen asistencia médica gratuita: clínica dental, clínica oftalmológica, etcétera. La parturiente ciega recibe un auxilio pecuniario durante cuarenta días. Con el tiempo se suprimirá la venta de cupones, pues su jefe nacional piensa dedicar a todos los ciegos al trabajo, a la enseñanza, etc. De las escuelas, unos irán a los colegios de estudios superiores, otros a los talleres. Después, la O. N. de C. podrán contar con buenos músicos, abogados, profesores u oficiales artesanos.

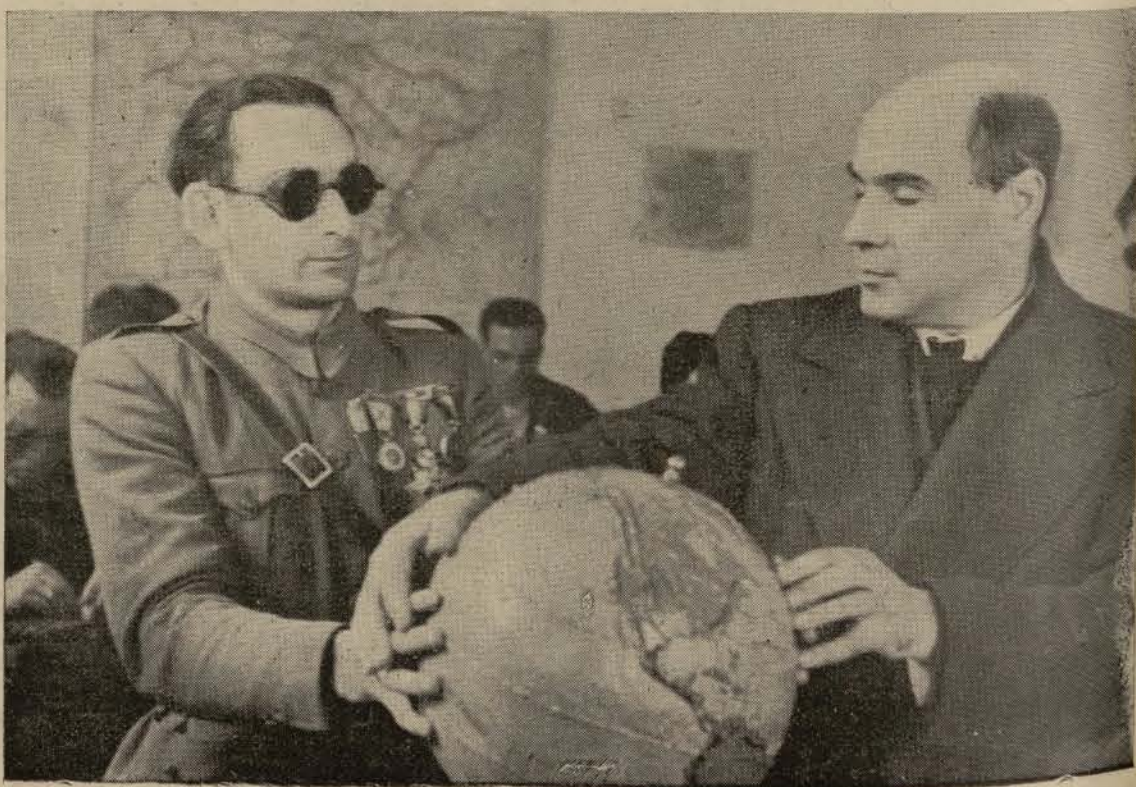
Hay—como ya hemos dicho—30.000 ciegos en España. Sólo 10.000 pertenecen a la O. N. de C. ¿Por qué? Cuantos tengáis a vuestro cuidado algún invidente, ya sabéis qué responsabilidad os alcanza si alejáis a vuestros hermanos, hijos o parientes ciegos de esta fuente de caridad y le priváis de todos sus beneficios.

Proporcionadle, al menos, el placer de poder crear su propio mundo tan cercano, sin embargo, al nuestro. Para el ciego la lectura es el placer y recreo más grato, después de la música; la música de la voz humana llena de vibraciones fraternales y la que resulta de la armoniosa combinación de las notas.

Su mundo interior no tiene horizontes, pero su cuerpo (cuya realidad adivinan más que sienten) les da continuamente la impresión de otra clase de aislamiento al comprobar, mejor que nosotros, que se hallan prisioneros dentro de sí mismos.

Ayudadle a vencer a su peor enemigo: el aislamiento. La O. N. de C. y el Estado Falangista os ayudarán en este empeño: bienestar físico, para que sus almas estén siempre acompañadas, no sólo del calor de nuestro afecto, sino también de todos esos seres que pueblan una mente ilustrada: ideas e imágenes amigas que no les abandonan nunca.

R. BLARDONY PAREDES



Los oficiales y soldados, en el "Hogar Franco", adquieren, durante cinco meses, los conocimientos iniciales, imprescindibles en el mundo nuevo en que nacieron durante la guerra. Allí se acostumbran a la interpretación por el tacto. A la izquierda, un héroe con el pecho cuajado de medallas, y a la derecha, el profesor señor Rosales. Como se ve, el mapa es de relieve.

Estampas de la Semana Santa en Castilla

YA FLORECEN LOS FRUTALES...

En el plenilunio de la iniciación primaveral; cuando aparecen las golondrinas, alegres de sol africano, y en los pinares hay claridades melosas, y en los surcos del labrantío los verdes animan y prometen y en los frutales cuajó una nevada de flores. Castilla, aterida y gélida en la inviernada, sale al amparo de su alto cielo, del arcón saca galas perfumadas de manzanas y membrillo, enciende el cirio de sus devociones y dice, enervada por la creencia en Dios y anhelante por la llegada de la primavera: "¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!".

MIÉRCOLES SANTO

En las calles del lugar, de este lugar de Castilla en que va a transcurrir nuestra Semana Santa, las mujeres pusieron albas de jalbegue, y las mocitas tiestos en ventanas y en balcones, y por las aceras y empedrado caminan los viejos envueltos en sus capas pardas, y los mocitos majos y pintureros que estrenaron vara de fresno y faja azul.

Atardece. Un atardecer que no quiere agonizar, sino quedar prendido entre dos luces; un atardecer de tinieblas respunteadas de estrellas visísimas y de cirios encendidos. Atardecer largo, en el que se oye el estruendo de las primeras carracas, que, al pronto, impresionan a las mujeres más viejas y a las cigüeñas más sabias. Atardecer de lirios y violetas; morado como la túnica del Nazareno.

Cuando, al fin, la noche llega, en el mantel sin arrugas, impecable, del cielo, de este cielo singular del Miércoles Santo, la luna total se muestra cual si fuese el Pan sin levadura que va a partir pronto Jesús entre sus discípulos, después de la cena pasqual del día inmediato, mientras dice estas palabras: "Tomad y comed; éste es mi cuerpo."

La gente no siente sueño, y abarrota calles y plazas. De un templo, que abre sus puertas de par en par, sale una doble fila de encapuchados semejantes a los cipreses que hay a lo largo del camino que va desde las afueras de la ciudad al camposanto. Se trata de los cofrades de la Buena Muerte. Cada uno de ellos porta un faro, y caminan silenciosos y magníficos en el cauce abierto por la muchedumbre. Son estos cofrades los adelantados de un paso, el de San Juan el Amado, que va sobre unas andas llenas de hachones. Al llegar el Evangelista a una plaza, todo el pueblo se arrodilla y entona preces. Por una calleja aparece la Virgen María, que es recibida por las mujeres en un clamor de admiraciones, quienes, a coro, dicen: "Juan, ¿dónde está mi hijo?" Y los hombres, a voces, contestan: "¿No oísteis al pueblo aclamarle: Hosanna al Hijo de David?" Y las mujeres y los hombres aunan sus exclamaciones para gritar hasta desgañitarse: "¡Hosanna, hosanna al Hijo de Dios!".

Una niña se agarra al manto de su madre y pregunta:

—¿Qué es eso? ¿Por qué tantas voces?

La aldeana explica:

—Es que la Virgen Santísima habla a su sobrino San Juan. Reza un credo.

—Estoy medrosa, madre.

—¿Te acuesto?

—No tengo sueño.

—Nada extraño es, hija. Porque esta noche, ni la de mañana, ni la del otro día, se puede dormir a buena suelta. Tampoco las golondrinas irán a sus nidos, pues el Viernes quitarán las espigas de la frente del Crucificado, y los jilgueros saltarán sus plumajes grises de sangre inocente, y en los huertos, hermanos del de Getsemani cuajarán las flores para las abejas, y en los montes fluirán las auras puras del Olivete, y las aguas, como las del torrente de Cedrón, correrán parecidas a corderillos pascuales.

—Madre, se llevan a la Virgen, y ¿dónde va San Juan. ¿Dónde está Dios?

—Hija: mañana le verás escarnecido.

JUEVES SANTO

Jesús ve cómo se acerca su hora... La ciudad de Castilla también ve cómo se acerca la hora de Cristo. En el Gloria de los Oficios se vuelven locas las esquilas y las campanillas. Luego cesó el metal de des-

pertar a las aves sonoras, se hizo noche de pronto, y el árbol sin hojas de la Cruz quedó desgajado al pie del Monumento.

La ciudad de Castilla lleva luto. Por sus plazas, enmarcadas en soportales sombríos y húmedos; por sus calles llenas de recodos y a veces de repechos, por sus callejas de tapias y corraladas, por sus tesos y solaneras, va y viene la gente en un trajín angustiado y penitencial, maja y engalanada, tan convencida de su papel que parece real, exacto, auténtico, el drama de la Pasión y Muerte de Jesús. No se hallaría vecindad tan aparente para coro de la representación sacra. Ni escenario igual, ni tan propio. Las rutas estrechas, las calles de arco y escaleras, las murallas romanas, los recodos donde hay palacios de piedra, las tapias derruidas, los rincones miserables, los templos soberbios, los conventos humildes, los pórticos, las columnas, las ventanas enrejadas y los balcones voladizos, las losas de granito y los cantos martirizadores, ¿dónde de pueden encontrarse sino en Castilla?

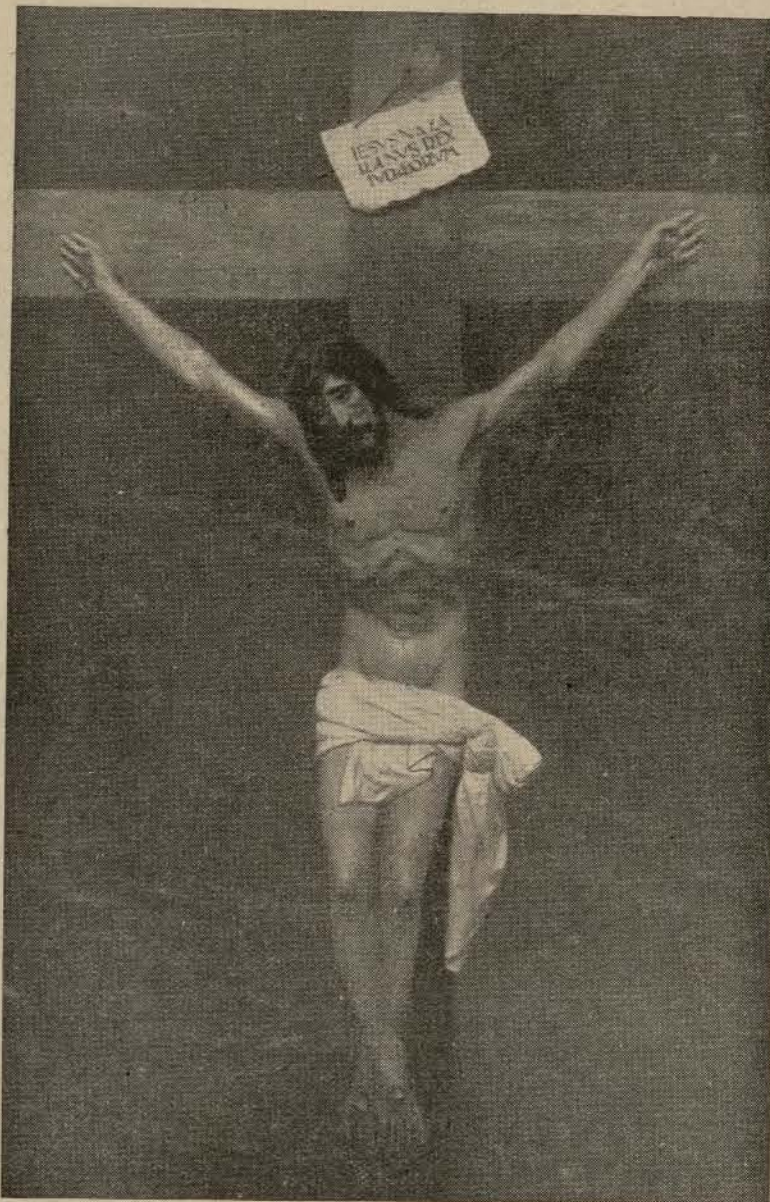
Por eso los Pasos de Castilla son de un realismo absoluto, definitivo, total. Porque pinares y gentes dieron material e inspiración. Y de esta cantera vegetal y humana surgió ese pasmo artístico de las procesiones de Semana Santa que cruzan las plazas y las calles de las ciudades, de las villas y de los pueblos castellanos, en cuyos lugares jamás falta tampoco la higuera, dispuesta siempre para que en ella se ahorque el traidor... Hay Pasos y multitudes, y escenario y ambiente, y la higuera para Judas, y la celosía para el Arrepentimiento de la Magdalena, y el paño de lágrimas para María, también madre castellana, que perdiera al hijo, bravo mocetón de la Falange, entre manos ateas y asesinas.

La primavera está sobre Castilla y en Castilla en el Jueves Santo. Una primavera que en estas fechas señaladas tiene una enorme significación religiosa. La trajeron las aves nuevas prendida en sus picos. Se va a rasgar como el velo del templo. Verónica, prepara el lienzo. Pedro, no huyas. Santiago, recoge las conchas marinas, que pronto vas a llenar de agua del Ebro y del Sil. Y tú, buen Juan, lleva de la mano a la Doloresa hasta el Pretorio, que van a conducir al Gólgota a su Hijo. Pilatos, Pilatos, tú lo sabías, pero no tuviste valor. Pueblo, pueblo, no ha muchos días aclamaste al Señor en Jerusalén y ahora vas a crucificarle.

Y por esto llora la ciudad de Castilla. Tambores destemplados, cornetas con sordina, banderas plegadas, hachones y faroles mortecinos, matracas y carracas, laureles y olivos, sangría y limonada, tortas de aceite y anís, ramas plagadas de brotes, telas nuevas, útiles de enfermería, de muerte y de entierro. No se come carne, sino potaje. Y tras la comida parca, la prisa, el agobio para ir al Mandato, a las dos de la tarde, donde el obispo o el arcipreste o el párroco lavarán y secarán y besarán los pies a los doce más viejos y más pobres de la localidad.

Estos doce pobres de Castilla se parecen a los doce apóstoles de Judea. Uno luce barbas pobladas y rizosas y es calvo y son sus ojillos zarzamoras maduras; otro es digno, serio y grave como una torre; otro tiene cuerpo rechoncho, rostro sonrosado y redondo y testa de mastín; éste es puro y simple; aquél es un negrillo eterno; cabeza y cuerpo de

león luce el de más allá; a su derecha hay un anciano alegre y vivaracho; a su siniestra, eleva su colosal talla esquelética una sombra más que un cuerpo; ese viejo parece un mono listo y gracioso; aquél es un terrón de tierra sobre un mojon de la linde; figura de esteva de nudosa encina tiene el anciano de aquel extremo, y al lado opuesto, un hombre pecoso y picado de viruelas, esquinado, glacial y enigmático, mira avieso y se rasca unas barbas rojas como llamarradas.



Las palabras inolvidables caen en benéfica lluvia:

—Así como nosotros nos lavamos las inmundicias exteriores, también Tú nos purifiques de las interiores de nuestras culpas. Dignate hacerlo Tú que vives y reinas en unidad del Espíritu Santo. Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sale la procesión de los Pasos. Los templos arrojan bocanadas de muchedumbre. La Cena. La Oración del Huerto. El Prendimiento. Jesús amarrado a la columna. El "Ecce Homo". Jesús con la Cruz a cuestas. Jesús caído bajo el peso de la Cruz. La Verónica. La Crucifixión. La lanzada de Longinos. La Virgen y San Juan. Las tres Marías.

Los Pasos avanzan lentos. Son estas figuras de la Pasión tan enormes, tan imponentes, tan monumentales, que los humanos quedan empujados, empujados. ¿Qué Cristos!... Gigantescos, esqueléticos, de melenas miedosas, ojos que no se pueden mirar mucho tiempo, boca atormentada, heridas purulentas y cardenales terribles, rozaduras que dan compasión, y un color de sombra y de tierra, de sepultura y de ruinas. ¿Y qué Virgenes! Mujeres de aldea que llevan las velas y el cesto y las instancias y el silletín a la iglesia y caminan siempre tristes y mudas, y llorarán tanto por el Hijo, muerto de mocetón, que ya tienen los ojos secos y plegados los labios y las manos mustias. ¿Y qué Pasos, figuras que en la Pasión fueron al lado de Jesús para motejarle y escarnecerle, o para secar su sudor y ayudarle a llevar el Madero!

Es noche y la procesión prosigue su caminata. Nadie siente cansancio. El aire aplacó furiosos. Las navajas del hielo se doblaron en cachas de nácar y asta. De las murallas, de las torres, de los torreones, llegan promesas, las que vuelan desde el campo donde la vida germina y a fuerza de sacrificios logró romper la costra terrera para reír en verdes.

Jueves Santo: lutos y oraciones.

torta de anís, limonada tinta y romero. Día y noche sin campanas. Sol de Retablo y luna plena, como la Santa Hostia.

VIERNES SANTO

El Viernes Santo en Castilla es un día largo, recto, inacabable. Un día parecido a esos caminos de la meseta escoltado de chopos; camino que parece corto y no terminamos de andar nunca.

Por este camino sin fin va a pasar una procesión; mas una procesión que bien puede llamársela extraordinaria y única: la procesión del Santo Entierro.

Este Cristo muerto le guardan todo el año unas monjas. ¿Cómo le cuidan y atienden! Siempre hay a sus pies lirios, pensamientos y violetas, las flores de Castilla. Para cada mes dispone el Señor de un sudario confeccionado de hilo finísimo hecho en telar del tiempo del telar que usara el padre de San Juan de la Cruz. Estas monjas, hijas de Santa Teresa, rezan día a día sus devociones al Cristo yacente y le cantan oraciones sencillas y primitivas, tan ingenuas y bonitas que parecen angelicales. Es un Cristo cuidado y pulido, admirado y adorado. Un Cristo muerto con más vida que todos los otros Cristos de Castilla, que no acabaron de expirar.

Para esta procesión del Santo Entierro, capas y manteletas salen a relucir, y también mantillas de otros siglos, y unos pañuelos guardados entre cartas, medallas y cintas. Las autoridades van al supremo desfile vestidas de la máxima dignidad. Las Cofrades y Hermandades pasan lista: ni un cofrade, ni un mayordomo falta. Los niños asisten con esa gustosa curiosidad ante el misterio de la muerte que en Castilla muestran los chiquillos apelmazados a la puerta de la casa en cuyo portal, sobre una mesa y extendido en la caja, está el difunto. Los pendones son hoy negros y recogidos, no blancos, rojos y amarillos y extendidos al sol y al viento como los de las romerías. La Banda Municipal toca numerosas marchas fúnebres que son escuchadas con recogimiento conmovedor y que ignoramos de qué fondo de tristeza y primitivismo sacó...

El Entierro, al final, arrastra tras él todas las penumbras del anochecer, donde se agitan las gentes. Y es ya el momento de penetrar en el templo, cuando por una calle sale la Virgen sola y enlutada; la Soledad, sin el Hijo y sin el Esposo, sin la familia, ni el conterráneo, ni el compatriota. La Soledad, que sólo tiene a San Juan el Amigo difunto, fiel, leal y noble del Hijo.

Al encontrarse la Madre y el Amigo de Cristo en aquella magnífica calle de Castilla, angustiosos se preguntan:

—¿Y Jesús?...

El interrogante tiembla en el espacio, igual que un ave: sube, baja, desaparece, vuelve. Es el enigma, el misterio, que nada dice y todo expone: es el ave, la nube, el humo, el río...

El templo de Castilla cierra sus puertas en la noche. Da, con sus puertas, un abrazo al pueblo. Desde las diez nadie anda por la ciudad, por la villa o por la aldea. El cansancio de los días pasados abruma. Son muchas horas de dolor, de sombras, de pendientes, de súplicas, de esperanzas. Son muchas horas sin campanas, sin esas campanas que son

SABADO DE GLORIA

Terminó en la Semana Santa la larga y estrecha Cuaresma de Castilla! Reanudarán sus tocatas los dulzaineros y los músicos a fin de que la gente joven se solace y divierta en los bailes del salón y de la plaza y acaben las recogidas veladas cuaremales, de meditaciones, misiones y ejercicios llevadas tan cuesta arriba por el mocerío y deje de recurrirse, a fin de pasar el tiempo, a los paseos por las carreteras que van a ciudades lejanas y desconocidas, a las luminarias en los bosques y pimpollares para asar las patatas y las piñas, a las excursiones a lo largo del río que a la mar se lleva, en llegando San José, los hielos y las nieves.

Hay otra luz hoy, Sábado de Gloria; otra luz nueva y ardiente, y otro olor y otro ritmo. La pesadumbre, la amargura y la angustia huyen, cuando a las diez de la mañana suenan todas las campanas, lo mismo que la sombra a la salida del sol.

En las iglesias ya no están los altares cubiertos, entra libremente la luz por los ventanales, agua bendita nueva posa en las pilas y estrenan ropas los monaguillos.

Este sábado, prólogo de la Resurrección, es claro, limpio y alegre, tanto como la alborada sanjuanera, y posee candores angelicales, y lleva, a manera de requirios, gloriosas campanas y esquilas que hace sonar en las altas torres y en los pórticos cristianos. Las sabias cigüeñas, el gallo fanfarrón, las inquietas golondrinas y los piadosos jilgueros de la Pasión, presienten el paso definitivo de estas horas pascuales. El aire trae y lleva pelusas y pajas para los nidos. La vida va a multiplicarse y a renovar sus encantos. El Cordero que con su muerte destruyó nuestra muerte, ha resucitado. El nos trae la Resurrección.

¡Gloria en este Sábado y siempre al Hijo de Dios!

DOMINGO DE PASCUA

La Pascua llegó. Regocijaos y alegraos, gentes de Castilla. ¡Aleluya! ¡Aleluya!... Aprended lo que San Pablo dijo a los de Corinto: "Hermanos, purifícaos de la antigua levadura, para que seáis una nueva masa."

Por las cañadas, por los caminos, por los senderos de la tierra castellana, ya vuelven a sus pueblos, más rollizos y numerosos, los hatos de corderos que por la otra Pascua de la Natividad fueron guiados por mayordomos, pastores y zagalillos en busca de calor y alimento a las templadas y jugosas laderas, mestas y morañas, valles y repechos de la Extremadura. En los feriales y mercados se congregan los labradores que han de comprar a chalanes y gitano los pares de labor para las próximas faenas. Es necesario renovar casa y mesa, arcón y aperos. Apresura sus trabajos, porque así se lo pide el vecero, el carretero y el herrero, el botero y el guarnicionero, el tejedor y el espartero; que no dispondrán de sosiego hasta que por San Pedro brillen las hoces en los maduros sembrados.

Castilla, llegada la Pascua florida, florece y se rejuvenece. El agua bendita de la Resurrección logra el milagro de que sus solemnes llanadas, grises y secas, vistan terciopelos verdes de mocerío, y se prenda clavellinas azules y amapolas rojas, y vuelen por su amplia inmensidad un concierto de rumores que son preces litúrgicas y piadas de aves y algo así como la respiración de un infinito pecho sosegado.

Esos admirables Pasos castellanos que vimos desfilar en los días de la Semana Santa por calles y plazas, han vuelto a sus iglesias hasta el año próximo. Pero si queréis verlos convertidos en seres humanos, salid al campo y a la era, al pinar y al río, al teso y a la solana, a los porches y a los arrabales: son esas mujeres y esos hombres que tanto se inclinan sobre la tierra para acompasar su corazón al ritmo milagroso de la germinación que va a ofrecer a los cielos la gracia milagrosa de las espigas.

JULIO ESCOBAR

TAJO 3

AIRES DE FUERA

Resultados militares y derivaciones políticas de la batalla del Pacífico

De las cuatro batallas que riñen tenaces en estos momentos el Eje y el mundo demócrata—batalla del Este, batalla del Atlántico, batalla del Mediterráneo y batalla del Pacífico—, es esta última la que en los días postreros del invierno ha sido más pródiga en resultados militares y más prometedora en derivaciones políticas. Es posible que al adentrarse el año en el buen tiempo las fuerzas que entre los hielos rusos han resistido las avalanchas del frío y de las hordas libren decisivos combates por la Humanidad. Pero entretanto hemos de aguardar con la mirada fija en el Pacífico cómo se asestan golpes mortales al coloso tenido por invulnerable en su estructura política y en su poderío naval: al Imperio británico.

La incompreensión de los gobernantes norteamericanos provocó tontamente la guerra que la Gran Bretaña y los mismos Estados Unidos no querían: la guerra en los dos inmensos océanos, con la natural y terrible distensión de fuerzas. Pronto pudo verse cómo al fracaso de una Diplomacia mediocre seguían el de una información deficiente y unas inexistentes táctica y estrategia militares. El desconcierto cundió tan rápido en los Altos Mandos como en las tropas defensoras de tantas bases llaves del dominio en Oriente que han caído en la gigantesca y vertiginosa lucha en que la victoria va prendida en las banderas niponas.

A los iniciales descalabros yanquis parece haber seguido un olvido o un desprecio japonés hacia la Gran República democrática. El Japón, sabio y prudente, sagaz y enérgico, salvo las fintas o escauceos en las costas norteamericanas—preludios de guerra de nervios—, ha preferido lanzar su acometividad contra el viejo y poderoso enemigo que sojuzgaba los mares de Oriente con las baterías de sus tradicionalmente invulnerables fortalezas y escuadras. Esto, que a alguien causa extrañeza por haber creído en la rivalidad nipoamericana, no puede sorprender si se piensa en el Japón Gran Potencia asiática, a la que esas bases inglesas y la China comunista de Chang-Kai-Chek privaban de espacio vital y amenazaban mortalmente. El Imperio inglés era el enemigo natural del Japón en Asia, como lo es de Alemania en Europa y de Italia en África. El Imperio británico es—y ha sido desde que empezó a existir—el enemigo natural de cualquier otro Imperio de cualquier continente, porque ha sido el único Imperio moderno plantado en las cinco partes de la Tierra.

Por eso, el Japón, desdeñando sugerencias remotas y para él de poca trascendencia, ha vuelto la espalda a los Estados Unidos y emplea su fuerza y su elasticidad bélica en el acoso del Imperio británico. Una por una le ha despojado de sus más fuertes posesiones—luego de haberle hundido sus mejores unidades—, y ha conquistado el Imperio colonial de esa Holanda fantasmal de los gobernantes alojados de limosna en Londres. El Japón ha aflojado las tuercas y tornillos principales del complicado artilugio imperial, y poco a poco las piezas maestras amenazan un descoyuntamiento trágico. La metrópoli trata

de buscar sus lañadores más hábiles—pero seguramente impotentes para soldar en unas semanas todo lo que se ha roto—, y envía a Cripps a la India, amenazada por dentro de un terrible fermento que alumbrarán los primeros bombardeos japoneses, que sin remedio tendrá que soportar Wavell hasta que llegue el cruceo de su enésima evacuación forzosa. Para Australia, la Gran Bretaña—destino trágico de un Imperio en trance de liquidación—no ha encontrado el hombre necesario entre los centenares de millones de súbditos de Su Graciosa Majestad, y ha pedido prestado—¡manes de la legislación de préstamo y ayuda que precedió a la alianza militar angloyanqui!—a los americanos un general dispuesto a emular a Gort o a Wavell. El general Mac Arthur es el generalísimo de Australia. Un resto de pudor imperial hace a Churchill meditar en la extrema gravedad de ese nombramiento—que puede significar en el azar de una inverosímil victoria de Mac Arthur nada menos que la entrega de Australia a la órbita imperialista de Washington—y llamar al político australiano Mr. Casey al Gabinete de Guerra del Imperio.

Todo ello es tremendamente peligroso para la unidad imperial, que ya hace algún tiempo se resquebrajara con la cesión de bases en América y el desprestigio políticomilitar en Europa. Todo ello es tremendamente dramático y sarcástico cuando aun se tienen alientos para la propaganda—ya que no para la fe—de la victoria. Stafford Cripps lleva a la India, encrespada de separatismo, la más difícil comisión que un comerciante o un estadista inglés hayan tenido nunca. Tampoco la papeleta de Mr. Casey será sencilla, sobre todo cuando los soldados del Tenno pisen la isla de los kanguros y Mac Arthur se disponga a continuar en ella sus glorias de Filipinas. ¿Podrá sostenerse la arquitectura imperial con las promesas de Cripps a los pueblos de la India, con las proclamas de Mac Arthur a la población australiana—que tantos hijos perdió en Grecia, en Libia o en Singapur—y con la conformidad de Mr. Casey a los acuerdos del Consejo de Ministros de Londres? Tal vez sí. Inglaterra no ha perdido todo. Si logra desembarcar en el norte de Francia y Bélgica, rechazando al Ejército alemán más allá del Rhin; si al mismo tiempo sus paracaidistas ocupan Noruega y a través de Suecia atacan a Finlandia y se dan la mano con los rusos; si simultáneamente sus tropas motorizadas reconquistan Libia y Trípoli hasta Túnez, donde se juntan con los yanquis y los degaullistas desembarcados en Dakar y en Casablanca; si todo esto, tan fácil, se consigue con la celeridad con que Churchill gana las batallas de dos horas—acordémonos de Libia—, no hay duda de que los pueblos del Commonwealth sonreirán felices al ver abierto el camino de Berlín y el de Tokio... para los soviets. Sin embargo, sospechamos que esa sonrisa no llegará a labios británicos, pues la Gran Bretaña no hará nada de esto tan fácil, ya que no quedan en Europa soldados polacos, franceses, belgas, yugoslavos o griegos para el hambre de sus cañones imperiales.

¿Es posible la i

De más de dos millones de soldados dispone Gran Bretaña para este proyecto.

La noticia recorre el Mundo bajo la influencia anglosajona.

¡Se prepara la invasión de Europa!

¡Los aliados desembarcarán en el Continente!

Los periódicos, sensacionalmente, con lujo tipográfico, presentan las informaciones y son arrebatados en las calles sin ser pregonados casi por los vendedores. El mundo de la propaganda actúa y las avenidas de las ciudades yanquis son hormigueros humanos que comentan las últimas noticias... "United Press", la agencia norteamericana de Prensa, cumple su cometido.

No es empresa fácil esa que la propaganda anglosajona se complace demasiado en anunciar para que sean reales los propósitos de ataque al Continente con el fin de obligar al Reich a cuidar de un nuevo frente, de acuerdo con las exigencias de Stalin. Para tal empresa, necesitan los aliados un rotundo dominio del mar y la situación nunca ha sido para ellos tan precaria como ahora.

A raíz de la derrota francesa, todas las conjeturas de la política internacional y todos los comentarios de los profanos en política y en técnica de guerra convergieron sobre la posibilidad de llevar a la práctica la anunciada invasión de las Islas Británicas por las fuerzas germanas. Hoy, y desde hace ya unos meses, el tema que apasiona y es objeto de la atención pública y de las altas esferas y que motiva las más dispares opi-

la Aviación inglesa. Para que cualquier invasión merezca la pena de intentarse había de efectuarse en gran escala, lo que resultaría muy difícil realizar en las actuales condiciones. Ello aparte de que pueden surgir oportunidades en el Mediterráneo. ¿Y cómo en tales circunstancias es posible una ofensiva contra Alemania? Sería necesaria un arma nueva que revolucionara los actuales métodos o el desarrollo efectivo de un nuevo ejército totalmente mecanizado, no de una masa armada con apariencias de mecanización. Sería necesaria también la creación de personal idóneo, como lo tiene el Japón, y es muy difícil imaginar cómo un ejército tal puede organizarse y entrenarse si no es con muchos años de preparación.

Los jefes militares aliados estudian las posibilidades y fijan su atención en los dos puntos extremos de la línea defensiva construida por el doctor Todt con el intento de acorralar por los flancos y envolverla. Francia y Noruega son para este intento los lugares más apropiados.

Inglaterra es una potencia isleña y, por consiguiente, para llevar a cabo una invasión habría de cruzar el mar y luego de haberlo cruzado, necesita establecer una cabeza de puente antes de que los combatientes puedan ser desembarcados y desplegados.

Cuando Alemania no estaba en guerra con la U. R. S. S. ningún ejército se hubiera podido movilizar que igualase al que ella hubiera opuesto. Hoy, que los germanos se hallan empeñados en la batalla contra los



No habrá sorpresas. El Führer alemán estudia sobre el mapa toda posibilidad.

niones en los círculos privados, es el de la posibilidad de desembarcar tropas británicas y aliadas en Europa.

Los ingleses hablan de irrupción en Europa por el Oeste y en la propia Cámara de los Comunes ha sido formulada la pregunta de si dicha operación se llevaría o no a cabo. Inglaterra, al parecer, prepara la invasión europea.

DOBLE DESEMBARCO

El almirante de la Flota inglesa, sir Roger Keyes, que ostenta galones de la Marina de la más alta jerarquía, que le llegan hasta la mitad de cada manga, y en su chaqueta brillante salpicadura de cintitas de medallas, habló en los Comunes.

—Ya sería hora de que se emprendiese alguna acción más decidida, colérica, furiosa, agresiva.

Sir Roger quiere más acción. Los jefes superiores de los Ejércitos de Tierra y Aire se reunieron. La discusión fué cortés. Mr. Alexander, sir Roger y Mr. Pound conocieron sus resultados y señalaron los posibles objetivos: doble desembarco. ¿Dónde? En Noruega y en Francia; precisamente en los extremos de la línea defensiva que ha levantado el Reich en las costas occidentales. Se rechazó la posibilidad de desembarcos en gran escala en el Canal de la Mancha. Para desembarcar tropas en el Continente son necesarios los puertos; las fuerzas aéreas británicas han hecho todo lo posible para inutilizarlos. El desembarco debería ser protegido por una cortina aérea y una línea naval de protección que garantizara los flancos. Esta necesidad limita el intento a realizarlo por una vía marítima corta, y son precisamente los puertos útiles para dichos cruceros, relativamente reducidos, los más afectados por los bombardeos de

soviets, habida cuenta de que su ejército es de unos siete u ocho millones de hombres, sin adoptar medidas drásticas en el frente ruso, podría enfrentar a las fuerzas invasoras uno o dos millones de soldados. Aceptando tan sólo la primera cifra, habríamos de convenir en que los invasores deberían desembarcar una fuerza semejante. El Ejército británico en las islas comprende alrededor de dos millones de hombres, sin contar la Milicia Nacional, que viene adiestrándose desde hace dos, tres y cuatro años. Dando por admitido que el punto a que se destinaran las fuerzas estuviera ya asegurado, habría que resolver tres problemas: embarque, travesía y desembarco; operaciones todas ellas de carácter simplemente protectorio y extremadamente complicadas por razón de los peligros de ataque submarino y aéreo. En atención a estas dificultades, a las que podrían sumarse otras muchas, una invasión en gran escala es muy problemática y no es una operación práctica.

Pero Inglaterra persiste en su propósito. Entre los aliados domina la obsesión de la ofensiva, de la iniciativa. Después de tanto tiempo de guerra los ingleses hablan de atacar. La Gran Bretaña se apresta a lanzar su potencia militar por algún lado. Llegaron fuerzas norteamericanas. ¿Hacia dónde se dirigirá este Ejército? Roosevelt habló en la reciente reorganización de mandos del Ejército yanqui afirmando que este ejército llevaría la guerra a territorio enemigo. ¿En Europa? Sin duda.

¿INVASION DE NORUEGA?

Informes cifrados del Intelligence Service, llegan a las Oficinas del Estado Mayor Supremo inglés. El gru-

invasión de Europa?

so del Ejército alemán y de sus efectivos aéreos están seriamente ocupados en otros lugares; las fuerzas germanas restantes se hallan tan despararramadas desde Narvik a Sollum, que sus guarniciones deben ser más débiles que aquellas de que puede disponer el Ejército inglés para el ataque... ¿Está en lo cierto Inglaterra?

En Islandia se concentran tropas norteamericanas y hay grandes contingentes en las islas Far-Oer y Seetlant. Buques mercantes llegan al puerto de Reijjawiik para organizar convoyes que se unirán a los de Far-Oer y Seetlant. El punto indicado es Noruega; bases de partida para concentrar sus esfuerzos en un objetivo común: Tromso, el archipiélago de Vester Aalen y Alten-gaard.

Las últimas campañas alemanas en Noruega han remozado en esta contienda la exactitud de un viejo principio bélico que dice que los territorios de difícil configuración hacen la lucha fácil para el atacante. Las condiciones geográficas de aquel país limitan la acción de las fuerzas armadas; los grandes espacios y el terreno montañoso favorecen el desembarco, más arriesgado en los territorios llanos.

Sin duda, el Norte de Escandinavia es accidentado y falto de comunicaciones. ¿Qué se intentaría con presentar batalla en tan apartada región? Las fuerzas desembarcadas descenderían hacia Narvik y habrían de intentar forzar las defensas alemanas en dirección Sur. Al propio tiempo, otras columnas, desde Alten-gaard, por los valles de los ríos Alten y Pasvit, atacarían a Finlandia en el Norte con el intento de enlazar con las fuerzas soviéticas y descender también hacia el Sur envolviendo a las tropas finesas y conminando a Finlandia a la rendición.

Por invasión de Europa se entiende el desembarco de una fuerza que ha de ser mantenida en el Continente con objeto de emprender operaciones en escala suficiente para causar una diversión en favor de Rusia. Esto no es posible con la presencia de tropas en escenarios tan alejados, que habrían de ser numerosísimas y bien pertrechadas y para ello se requieren barcos en tal cantidad, que llevaría consigo la diversión de la propia Flota inglesa; las bases de partida, distantes, no son eficaces y la ruta es peligrosa: los submarinos alemanes y la Aviación operarían y dispersarían los convoyes.

EL OBJETIVO SUR

Este desembarco al Norte de Europa, si bien pudiera ser factible, no conduciría al fin propuesto. No hay objetivos esenciales en aquellas regiones y es muy problemático el enlace con las fuerzas rusas, obligadas a replegarse constantemente sobre Murmansk y Arkhangel. Este sería, posiblemente, el objetivo. Las rutas de ayuda a la U. R. S. S. son insuficientes; Vladivostok fué inutilizado al entrar Japón en la guerra; las del Turquestán son precarias y hay grave riesgo de perder las del Cáucaso. Los soviets y sus aliados fijan la atención en este puerto del Norte, que precisamente estará en condiciones de arribo en los meses próximos.

Sobre un gran mapa de Europa fija el Estado Mayor aliado un objetivo en el Sur: en Francia.

Las fuerzas de invasión partirían de los puertos ingleses de Plymouth, Bristol, Cardiff, Penzanoe, hacia la costa gala del Mediodía: Arcachon, Biarritz. El objetivo sería atravesar la zona ocupada francesa por el brazo menos ancho y asomar en la Francia no ocupada con el fin de forzar la política de Vichy. No sería realmente sensata tal operación por cuanto es en extremo arriesgada. La aviación del Reich restringió considerablemente el uso de los puertos ingleses del Sur y las necesarias condiciones de seguridad en las bases de operaciones y en el propio territorio británico no pueden ser aseguradas. El objetivo político también es muy inseguro con una Francia derrotada y desarmada. La subversión de un pueblo sin armas no conduce a nada serio y sólo habría de buscarse las repercusiones que este levantamiento hubiera de tener en el África francesa. ¿Acaso se intenta esto?

Inglaterra quiere ofrecer a Rusia una colaboración que no puede realizar.

El término "invasión de Europa", significa algo de envergadura superior

a las fuerzas coaligadas, sin disponer de una cabeza de puente. No hay hombres bastantes para llevarla a cabo, pues si se realiza simultáneamente en Noruega y Francia, deja desguarnecidas las Islas Británicas y las posiciones ocupadas desde Islandia a la propia metrópoli inglesa. Un revés en el curso de estas operaciones podría significar la gran derrota de los aliados.

PARACAIDISTAS INGLESES

Se escucha lejano el runruneo de motores. Entre las nubes ceniza que cubren los cielos aparecen los paracaídas, blancos como disparos de anti-aéreos.

Los observadores establecen comunicaciones. La alarma recorre las posiciones.

—¡Paracaidistas enemigos!

Y sobre el suelo de Francia no se realizan las operaciones propuestas. Los paracaidistas británicos son apresados en el acto. Pero Inglaterra persiste. ¿Qué intenta? Se tantea al enemigo. Lord Halifax se dirige al pueblo norteamericano por radio. En el silencio de los hogares supieron los yanquis de los intentos ingleses. Numerosas fueron las incursiones y aumentaron en número e importancia los paracaidistas. Lord Halifax está equivocado. El afirma que estas incursiones obligan a los alemanes a distraer cada vez mayor número de fuerzas inactivas en Europa, y la realidad es que estos paracaidistas no constituyen problema para el Ejército alemán.

El desembarco simultáneo en Noruega y Francia estaría apoyado por un importante desembarco frente a Dover, con paracaidistas en los alrededores de Courtrai y Lille.

Inglaterra no ha pensado jamás en una verdadera invasión. No tiene para llevarla a efecto preparación, hombres suficientes, equipos bastantes ni los transportes marítimos necesarios. A lo sumo, podría realizar un simple golpe de audacia seguido de una rápida retirada. Un simple atrincheroamiento, aun en el caso de que fuera posible, no surtiría efectos ningunos. Las comunicaciones rápidas permitirían a los alemanes atacar inmediatamente y la superioridad aérea germana desbarataría en el acto los planes británicos.

¿CUANDO SERA LA OFENSIVA?

Alemania atacará a Rusia tan pronto el tiempo se lo permita, y ha de procurar su rápido aniquilamiento. La U. R. S. S. presentará batalla hasta el último instante para obligar al Reich a entretejer fuerzas importantes, y cuando el péndulo de la "Wehrmacht" llegue a su punto extremo de oscilación hacia el Este, es llegado el momento de la intervención británica y yanqui con su Ejército, su Marina y su Aviación.

El 26 de enero desembarcaron en el Ulster los primeros contingentes norteamericanos; desde aquella fecha es de suponer que no hayan cesado los envíos de fuerzas. La producción bélica inglesa es realmente importante y también lo es la ayuda de los Estados Unidos. ¿Invadirán Europa? El problema importante que se ofrece es el traslado de las fuerzas al Continente y del material, armamento, municiones y víveres. Un millón de soldados que operen en las costas europeas necesitan unos cinco millones de toneladas de barcos para abastecerlos. La marina mercante aliada dispone de diez y siete millones, pero con ellas se han de mantener las comunicaciones entre los Estados Unidos, Inglaterra y el Imperio todo. Los barcos habrían de emplearse en el suministro a las islas y desde éstas a los campos de operaciones.

La creación de un nuevo frente en Europa, tan deseado por Stalin y que imperiosamente lo ha exigido Litvinov en Washington, es improbable; una serie de fortalezas, que son ciertamente muy duras de romper, defendiendo al Continente de todo ataque desde el Cabo Norte hasta la frontera del Bidasoa, y es precisamente este factor, el de la resistencia que puedan presentar las defensas levantadas por los alemanes, lo que preocupa la atención del Alto Mando británico y del Servicio de Inteligencia inglés.

DOMENECH YBARRA



Europa monta la guardia frente a los mares de una posible invasión.

Ante los propósitos ofensivos de los Estados Unidos contra el Japón

El general Mac Arthur, que hasta ahora se ha batido en Bataan, de la isla de Luzón, conservando en condiciones difíciles, no hay que dudarlo, una pequeña extensión de terreno al Noroeste de la bahía de Manila, ha recibido, según se dice, la misión no sólo de defender el Continente australiano, sino también de preparar una acción ofensiva de importancia que tendería a restablecer—a favor de las potencias anglosajonas—la situación en el Pacífico occidental, comenzando, así se ha indicado, por la reconquista del Archipiélago filipino, que sería atacado al mismo tiempo que las islas metropolitanas japonesas.

Las posibilidades que los Estados Unidos e Inglaterra tendrían de su parte para la realización de tal empresa no son hoy, en verdad, muy grandes, dada la situación de los probables objetivos y las características del teatro de operaciones, inmenso espacio acuático en el cual la ejecución de acciones navales y de desembarco, ante una potencia como el Japón, exigirían grandes medios de todo orden: densas formaciones de barcos de guerra y de transporte; aviación abundante; tropas numerosas y muy entrenadas y bases de operaciones aptas. Aceptemos que las grandes potencias democráticas dispongan de todos los medios materiales, que logren instruir a sus mandos y a sus soldados en las difíciles empresas de desembarco y que se hallen en condiciones, por último, de resolver los problemas técnicos, muy complicados, derivados de esa clase de guerra...; pero, ¿dónde están las bases indispensables para que la gigantesca y supuesta ofensiva tenga probabilidades de éxito? ¿En las Hawaii, tan alejadas, pues Pearl Harbour se encuentra a nueve mil kilómetros, nada me-

nos, de Cavite? ¿En Australia, cuyos puertos, excluido Port Darwin, que se halla casi aislado, están emplazados hacia las costas SE. y S. del Continente y carecen, por otra parte, de las instalaciones necesarias al sostenimiento de grandes escuadras? Además, ¿es que el enemigo que los angloyanquis iban a encontrar en el aire, sobre el mar y en las tierras que fueran objeto de los ataques ofrecería la débil cohesión del que defendió Borneo, las Célebes, Sumatra, Java y aun las mismas Filipinas, o es que la Coalición cuenta con la cooperación probable de las fuerzas soviéticas que, como el lector no ignora, se hallan en Sajalin, al norte de las islas metropolitanas japonesas, y en Vladivostok, sobre la frontera del Manchukuo y de Corea?

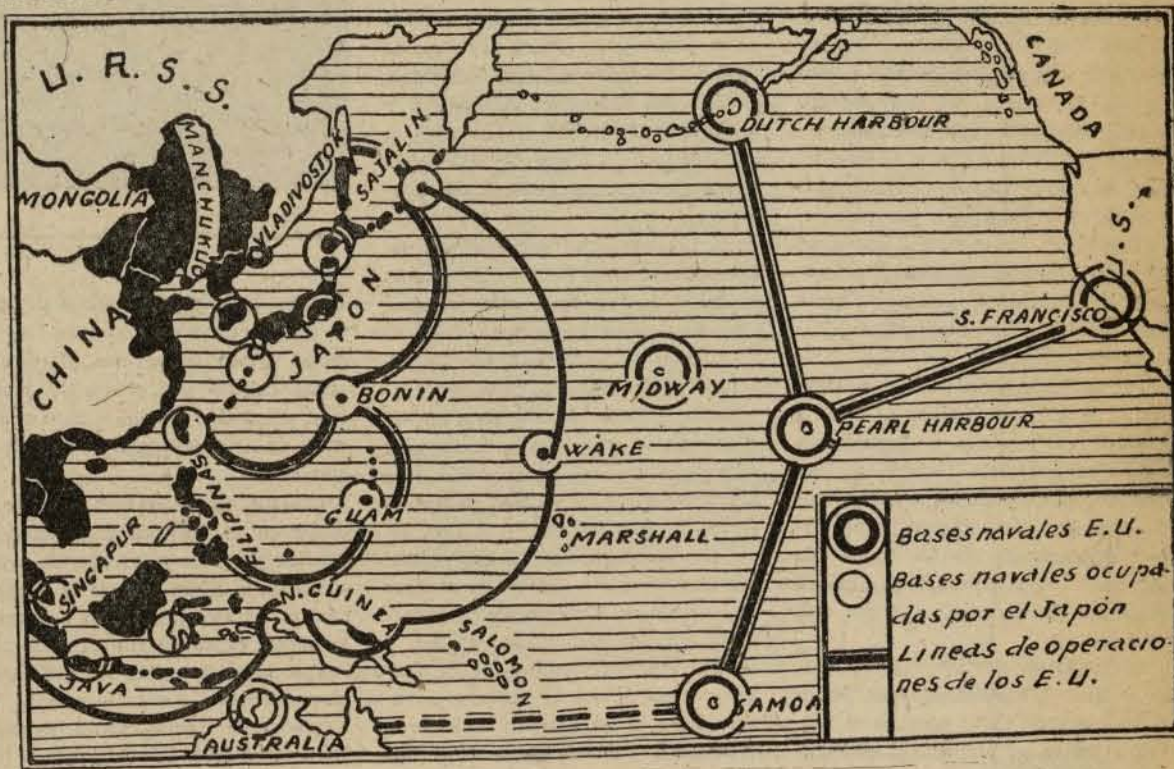
No olvidemos, tampoco, que el espíritu realizador de los jefes militares nipones ha sido capaz de transformar el Archipiélago japonés en una posición inexpugnable dotada de una serie de puntos de apoyo aeromárítimos y de un sistema de fortificaciones minuciosamente elaborado; que tras de perseverantes esfuerzos, los treinta mil kilómetros de costas de las islas principales y los cuarenta y cinco mil del Imperio nipón han sido protegidos por un vasto plan defensivo tan sólido que no es aventurado afirmar que el Japón insular y el continental forman una sola e inmensa base marítima y aérea, una especie de mundo cerrado en el cual es muy poco probable que traten de hacer irrupción las fuerzas armadas de sus adversarios. Y si a esto se agrega que esa magnífica organización tiene posibilidades ofensivas muy acusadas para actuar, bien al Este, sobre el Pacífico central, ya al Oeste, sobre el mar del Japón y también al Sur, hacia las Filipinas y las Indias Neer-

landesas, es decir, posee elevadas posibilidades de reacción, se comprenderá cuán difícil ha de ser para Norteamérica e Inglaterra montar operaciones de altos vuelos sobre los territorios dependientes de Tokio.

La guerra no se gana con deseos, y en la lucha marítima—repetimos—no basta disponer de barcos rápidos, potentes y de gran radio de acción. Es preciso también abastecerlos de combustibles y carburantes, de armamentos, de municiones y de víveres para las tripulaciones, y, además, y esto es muy importante, repararlos. ¿De qué diques disponen actualmente los Estados Unidos y la Gran Bretaña en el teatro del Pacífico occidental? He aquí la cuestión insoluble de la que se deriva una situación de inferioridad franca de Inglaterra y Norteamérica, con respecto al Japón, para la realización de operaciones ofensivas que obligarían a las flotas de guerra a separarse mucho de sus puertos para atacar al Imperio nipón en sus puntos vitales o en sus comunicaciones marítimas principales.

En el croquis puede el lector apreciar esquemáticamente cuanto llevamos dicho. La superioridad estratégica del Japón, afirmada desde que la rápida actuación de las fuerzas navales y aéreas niponas desbarató el propósito angloamericano de llevar sus escuadras al Pacífico occidental, es indudable, y si gracias a ella, a la que se ha superpuesto una superioridad táctica evidente, el Japón ha desarrollado la brillante campaña que todos conocemos, y los términos en que el problema se halla planteado no han cambiado, ¿en qué quedarán los buenos deseos de Mac Arthur? Sinceramente, creemos que quedarán por mucho tiempo en lo que son: en buenos deseos.

J. V.



Mr. Nelson, "el rey de los almacenes"

La nieve cubre una extensa llanura que se extiende a la puerta de la cabaña de aquellos dos aventureros. Ni una pista ni un solo camino se vislumbra en aquel paisaje de blanca cegadora. La cabaña de los aventureros se halla perdida en la inmensa estepa, solitaria, aislada, sin socorros próximos; unos trineos y unos perros. Y en aquella soledad inmensa, un periódico, que envuelve el último paquete de sal comprado en el poblado, hace más de un año... Junto al hogar, los hombres desenvuelven el paquete, desarrugan el papel y curiosean en el texto. Mezclado entre diversos anuncios, aparece uno de la firma "Sears Roebuck and Company".

—¿Qué te gustaría tener en esta tierra?

Mister Nelson es "el rey de los almacenes". Si se quiere comprar un sello raro, un canario flauta, una pipa turca o un perro pequinés, no hay más que escribir a los grandes almacenes Sears Roebuck and Company; se recibe un catálogo, porque en esto también hay diversas categorías, y en pocos días ya está hecha la compra. Sears Roebuck sirve a millones de americanos. Sears Roebuck es un inmenso almacén; un gran negocio; una institución en los Estados Unidos. El protagonista de esta hacienda es Donald Marr Nelson, hijo de un maquinista ferroviario. Frecuentó la Universidad de Missouri; entró en ella como comisionista y en pocos años no llegó a ser precisamente profesor de Química, sino "el rey de los almacenes" de los Estados Unidos.

Se encontraba Mr. Nelson, como de costumbre en su oficio, envuelto en humo. Estudiaba los planes de los nuevos catálogos, catálogos de guerra; de pronto la centralita anuncia una comunicación directa y personal desde Washington. Roosevelt habla al teléfono. Informa a Nelson que ha creado una oficina central para la producción y distribución del material bélico.

—¿Quiere usted encargarse de la dirección?

"El rey de los almacenes" aparta la pipa de la boca. De esta manera Donald Marr Nelson ha llegado a ser la más alta autoridad en los Estados Unidos. El director general de armamentos tiene la última palabra sobre la producción civil y militar, sobre la recogida y reparto de materias primas y sobre la organización de la industria de guerra; tiene el control general de la ley de Préstamos y Arrendamientos. De él depende Mr. Stimpson, el ministro de la Guerra; Mr. Knox, el equivocado ministro de Marina de Norteamérica; Mr. Hopkins y Mr. Knudsen y Mr. Norton y Mr. Jones, e indirectamente Mr. Churchill y el camarada Stalin. Porque él es el general director del arsenal de la democracia.

Roosevelt ha confiado a Mr. Nelson, "el rey de los almacenes", el mismo puesto que Bernardo Baruch obtuvo de Wilson en la pasada guerra mundial.

Donald Marr Nelson producía y vendía millones de corbatas, pañuelos, zapatillas; proveía al tío Sam de sellos usados, canarios chinos... Ahora debe producir millones de fusiles, millares de cañones, centenares de torpederos. No es la misma cosa, ni es el mismo trabajo, ni se necesitan las mismas dotes de organización. Los americanos están inquietos y realmente tiene fundamento su intranquilidad. No obstante, los periodistas aseguran que la fantasía no le falta nunca a Mr. Nelson, "el rey de los almacenes". Los periodistas pueden que tengan razón y los Estados Unidos pueden esperar tranquilos, porque el antiguo vendedor de zapatillas y corbatas y hasta de canarios chinos, pudiera resultar un gran director de la producción de material bélico. Todo se puede esperar de este Mr. Nelson, que Roosevelt ha sacado de sus almacenes, donde tenía un trono tan magníficamente ganado.

PUERTO DARWIN PELIGRO

La Aviación japonesa bombardea las instalaciones portuarias. Las señales de alarma zumban por toda la ciudad. Recorren las calles motocicletas y ambulancias, entre una estela de sirenas de aviso, que se dirigen a los muelles. Las gentes buscan los refugios alocados. Atruenan el espacio las estruendosas explosiones de las granadas... Y en los cielos los aparatos, con el sol radiante dibujado en el fuselaje, aparecen sobre la ciudad; descienden y ametrallan. Suenan estampidos grandiosos; columnas de humo negro ascienden del suelo, y los incendios colorean las casas sumidas en la oscuridad de un sol ensombrecido por las negras nubes de los objetivos en llama.

—¡Puerto Darwin peligró!

Será inútil todo socorro; las bases más cercanas se hallan a más de mil kilómetros. El mar inmenso y el grandioso desierto circundan esta posición; el desierto y el mar defienden Puerto Darwin, inexpugnable por tierra y vulnerable por mar.

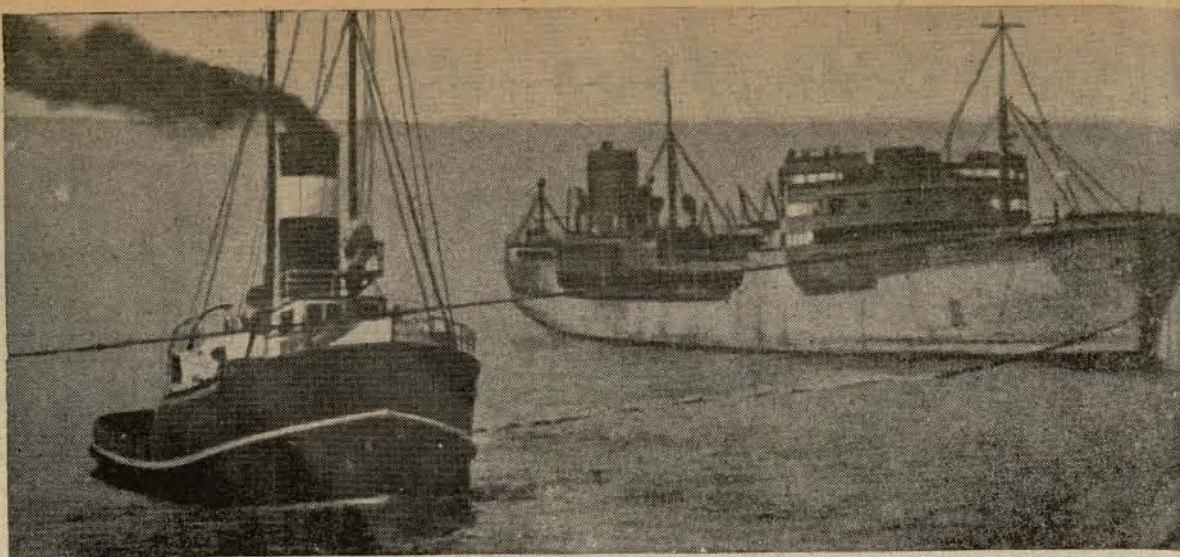
Tres eran las puertas británicas entre los océanos orientales: Singapur, el Estrecho de Sonda y Puerto Darwin. Japón ha constituido una cadena de aislamiento que va de Singapur a Sumatra, a Borneo, a Banca, a Sumba, a Timor, a Bali, a Lombok, a Sumbava, y llegará con seguridad a Puerto Darwin. Entonces perderán los angloamericanos toda esperanza de contraataque, y habrá desaparecido en los mares de Australia toda posibilidad guerrera para las democracias. Ese día está próximo ya.

Puerto Darwin está aislado. La idea de enlazar con Adelaide, por ferrocarril, data de 1886; pero no se realizará jamás tal proyecto. Desalentados,

faltos de recursos y de justificación demográfica, el ferrocarril murió en Birdun por el Norte y en Alicia Springs por el Sur, y entre ambos extremos se halla el corazón muerto de Australia: el desierto; un desierto con 1.200 kilómetros de recorrido desesperado, que es atravesado hoy por una pista ardiente. Esta vía es la única pista de comunicación para llegar a Puerto Darwin. La base naval australiana más importante no puede subsistir sin ser abastecida de armas, víveres, carburantes, etc. Tan sólo el mar enlaza a Puerto Darwin con el resto del Continente. Por tierra, hasta Adelaide, al Sur, dista 3.000 kilómetros; hasta Alicia Springs hay 1.734 kilómetros; a Brisbane, capital de Queensland, 2.000 kilómetros; Alicia Springs es la capital de Australia Central; una ciudad que administra kilómetros y kilómetros cuadrados de desierto, sin agua ni plantas y sin más habitantes que algunas tribus nómadas de aborígenes.

El desierto y el mar forman un cerco en torno a la base naval australiana, que no tiene otras relaciones con el Mundo más que con Wyndham, en la Australia Occidental, centro de la industria carnicera australiana. Puerto Darwin tiene importancia naval, como base de segunda clase; de principalísima como base aérea, y sobre todo como punto estratégico fundamental.

Con la ocupación de esta plaza, ciertamente que no se puede realizar la invasión del Continente. El desierto lo defiende contra todo ataque, y es una muralla invulnerable de fuego y arena la que se opone al invasor. Pero si el desierto defiende a Australia, también es verdad que



PETROLEROS

Como un apestado, en el más apartado rincón del puerto, descarga el petrolero. Los trabajos duran escasamente medio día e inmediatamente el buque pone proa a la bocana del puerto y se aleja, hasta perderse en la lejanía azul del horizonte del mar.

El barco-cisterna se balancea sobre las olas; sus tanques están vacíos pero no desapareció por ello el peligro. Y, además, aún transporta una pequeña cantidad de esencia. La tripulación libre conversa sobre cubierta y observa la grandiosidad monótona del mar y el cielo; un submarino pudiera ser la muerte; pero la muerte sobrevendría también por un descuido. Un olor desagradable invade la nave, irrita la garganta e impregna las ropas de los marineros: el fuerte olor del petróleo; los gases inflamables que se desprenden de los tanques.

Los hombres trabajan y limpian el barco todo, con más cuidado los inmensos depósitos de más de quince metros de profundidad. El peligro está en ellos esencialmente. Un leve descuido y la catástrofe sería inevitable.

Un petrolero, en el mar, cargado o vacío, no es precisamente un barco de placer sino el navío de la muerte. Antes de la guerra no era ninguna suerte viajar en un buque-cisterna. La vida a bordo es dura, fuerte, ruda. Prohibido fumar, y sólo es per-

mitido dentro de cabinas especiales aisladas; la navegación dura meses y cuando al fin descanza la tripulación del navegar inseguro y nervioso, por la intranquilidad de la vida azarosa, han de atracar en el lugar más alejado.

—No acercarse. ¡Peligro!

Y, sin embargo, los marineros han de permanecer con este riesgo inminente y cierto de un incierto vivir. Las operaciones de descarga se realizan en el acto; en menos de veinte horas potentes bombas trasladan de los tanques del buque a los depósitos del puerto de 10.000 a 15.000 toneladas de petróleo; con toda rapidez el barco ha de partir, y parte.

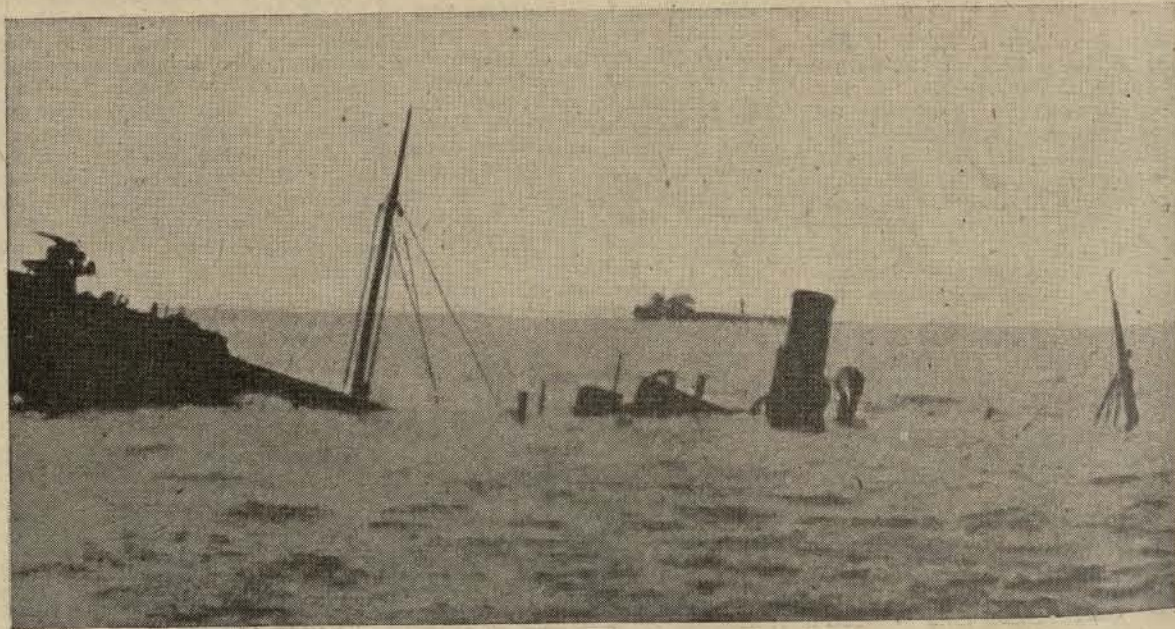
La sala de máquinas está aislada del resto de las instalaciones por dobles forros de acero en las paredes y entre ambas chapas metálicas, agua; profusión de bombas contra incendios; las herramientas empleadas son de bronce para evitar el gravísimo peligro de las chispas; pero cuando el buque arde, sólo hay un minuto para salvarse. Un torpedo o la explosión de una mina son catástrofes para el navío. La lucha submarina es desastrosa para estos barcos.

El buque-cisterna continúa su marcha. A lo lejos avanza un extraño objeto que deja tras sí una sospechosa estela. Los tripulantes no la

ven. Sus miradas se pierden más allá... Un golpe seco y una explosión. La esencia y el mazont que en el segundo tanque transportaban forman un mar de llamas. Los hombres corren alocados sobre cubierta; se arrojan al agua y huyen a nado. Una inmensa columna de humo negro sube al cielo y el buque desaparece bajo las olas; sobre las aguas se extiende un líquido ardiente... No hubo tiempo para lanzar llamadas de auxilio. El buque voló. Y sólo es testigo de la tragedia horrible un cielo ensombrecido y un mar encrespado. Minutos después, el submarino recoge a los naufragos.

En estos barcos Norteamérica e Inglaterra reciben sus propios recursos y envían a sus aliados ayuda. Las pérdidas son constantes y en tan gran proporción, que existe una crisis permanente de petroleros. Al comienzo de la guerra, Gran Bretaña disponía de tres millones de toneladas de buques-cisternas; de 1.500.000 toneladas se incautó después en Noruega; 400.000 se apoderó en Holanda...

Dura y fuerte es la vida del tripulante; tan ruda es la labor, tan increíble el riesgo y tanto el nervioso desasosiego de su vivir inseguro permanentemente, que los hombres, pocos, lo resisten y mueren; suicidados por la locura de unos nervios desequilibrados y rotos.



Puerto Darwin está protegido por el mismo de un ataque por la espalda. Quien ocupe esta plaza sólo podrá hacerlo por el mar, y jamás será desposeído de ella sino con una flota de una potencia irresistible y arrolladora.

Uno de los objetivos norteamericanos en el Pacífico Suroccidental, perdida Filipinas y los puertos avanzados de la Polinesia, era la de concentrar en Puerto Darwin una fuerza naval capaz de resistir cualquier ataque marítimo. Así, los angloamericanos se asegurarían el control del Estrecho de Torres, tan amenazado ya, y del mar de Timor, también hoy

en peligro. Sería para ellos la base de partida de una probable contraofensiva en el Pacífico y en el Índico. Si los anglosajones pierden Puerto Darwin no quedará en todo el Continente otra base naval útil, y sólo podrán disponer entonces de la situada en la bahía de Sydney, en la isla del Papagayo; se trata de una base que dista quince días de navegación de Puerto Darwin.

Los japoneses llegaron a Timor y se acercan a Puerto Moresby, asomándose al Estrecho de Torres; los aviones japoneses se hallan a dos horas de vuelo de Puerto Darwin. Por el momento, el valor de esta base

naval es esencialmente potencial. No puede parangonarse con Singapur. La principal defensa de esta plaza está constituida por algunas débiles baterías establecidas en Emery Point. De los ataques que provengan del Norte está defendida por el fuerte de la isla de Bathurst; pero el conjunto de este dispositivo puede ser desbordado por los japoneses.

Puerto Darwin, en manos de los soldados nipones, acrecienta su valor estratégico y transiéndose de centinela anglosajón en el mar de Timor, en cabeza de puente formidable para próximas operaciones contra el Continente australiano.

La lucha contra la muerte

Las defensas orgánicas salvan al hombre

La infección se combate con sueros y vacunas. — Ayudas eficaces al organismo

Los años, que van de 1840 a 1940 han creado la inmunología y la quimioterapia: pilas fundamentales de la lucha contra la infección parasitaria. Ch. Richet supone, con fantasía digna de Wells, la llegada a la tierra de seres que no pueden luchar contra la infección bacteriana; seres perfectamente sanos, pero sin defensas contra las bacterias, como disponen los seres normales. Supone a estos individuos las mismas funciones que a nosotros. Y afirma que estos seres, en su primera aspiración en la Tierra, sus organismos serían invadidos por las bacterias del aire; la más pequeña ingestión de alimentos, ricos siempre en bacterias, les provocaría una enteritis mortal; la escoriación más banal representaría el punto inicial de una septicemia fatal. No hallarían estos seres, ni su lucha anatómica (defensa fija), ni fagocitosis (defensa móvil), ni poder bactericida de los humores (defensa química); guerra triple que nosotros desarrollamos, casi siempre victorio-

samente, en oposición a la infección. No hay sobre la Tierra un solo ser viviente que no oponga por naturaleza una inmunidad extremadamente fuerte frente a la mayor parte de los microbios y de los tóxicos. Esta es la inmunidad natural que nos defiende de todos los seres microscópicos que hay a nuestro alrededor y que constituyen la falange grandiosa de nuestros enemigos.

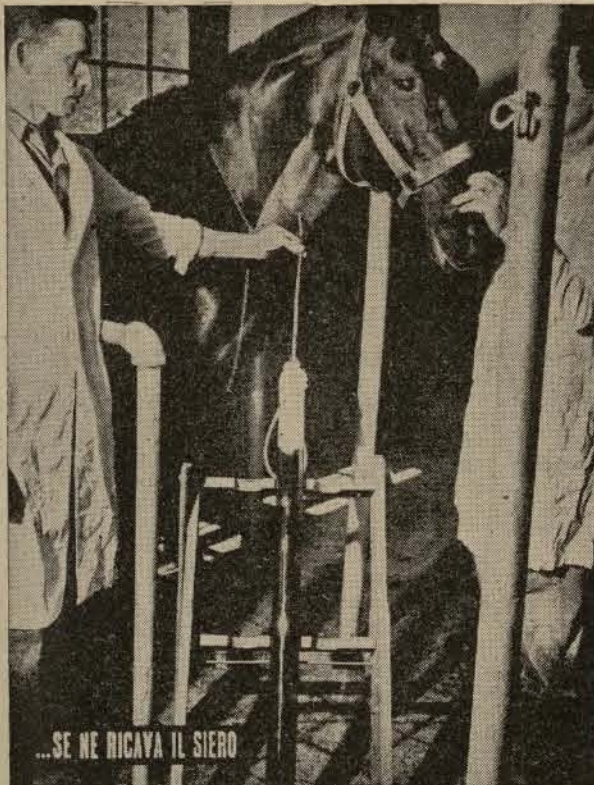
No pensamos jamás en la defensa natural que el organismo opone a la invasión, sino cuando esta defensa deja que la enfermedad se desarrolle por algún tiempo, vencida eventualmente la resistencia; es decir, que sabemos de la defensa natural orgánica sólo cuando se presenta la enfermedad. El hombre inhala o ingiere a diario miles de millones de gérmenes, que destruirían su organismo si no estuviese protegido por la barrera mucosa y epitelial; por la fagocitosis, por la fijación de estos gérmenes en los ganglios linfáticos (verdaderos calabozos de microbios)

y por el poder bactericida de los humores y de los tejidos. No nos acordamos que la mayor parte de los gérmenes que propagan el buey, el caballo, el perro, etc., no llegan a turbar el estado de salud del hombre al ser neutralizados por el poder natural de defensa del hombre.

En otros casos, el mecanismo defensivo es lento y fatigoso. El germen vive y se multiplica en el organismo humano, que no lo fija, ni lo destruye ni lo elimina decisivamente; la resistencia ha sido vencida; aún la enfermedad no es aparente, no se exterioriza por signo visible ninguno, no se observa señal de infección (fiebre, agotamiento, etcétera). Este estado de lucha puede persistir permanentemente hasta la victoria completa de una u otra: infección y resistencia. Y pueda pasar del estado latente, potencial, al estado actual y operante, de enfermedad, a consecuencia del medio ambiente; de un enfriamiento banal; de una excesiva actividad que agote; por alguna causa que debilite el organismo aminoran-



Toda observación de los gérmenes es poca. El bacteriólogo examina detenidamente los sueros y las toxinas.



En la lucha contra la muerte, los animales han de prestar una colaboración eficaz.



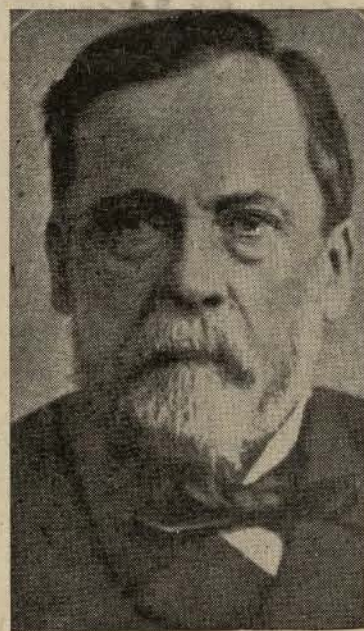
El suero del caballo protege en infinitas ocasiones contra la infección al hombre.

do su resistencia. Otra inmunidad es la determinada por estados infecciosos anteriores no diagnosticados, porque la infección transcurrió en forma benigna. También es importante la hereditaria: ésta es la inmunización oculta y desconocida. Todos estos son aspectos de una misma figura: la inmunidad natural. Sobre este ejemplo, el hombre se ha aventurado a observar y dirigir las reacciones del cuerpo humano y ha creado una nueva figura: la inmunidad adquirida, y que señala una de las más luminosas rutas de la Ciencia.

La inmunidad adquirida se subdivide en dos grupos esenciales: activa y pasiva. La primera es la producida por la vacunación; la pasiva, por la sueroterapia. Consiste la primera en la inmunización de un sujeto contra determinada infección, haciéndola contraer mediante un virus atenuado. Su descubrimiento es debido al doctor Jenner, que Pasteur consagra y confirma. Consiste la inmunización sueroterápica en inyectar al hombre suero de un animal curado de la infección que se quiere combatir. Jenner, en 1796, recogió gérmenes de la mano enferma de un vaquero que se había inoculado al ordeñar, y los inyectó a un niño de ocho años: James Phipps. El chiquillo, expuesto después a la variolización, no presentó signo alguno de enfermedad: estaba inmune. Pero Jenner desconocía el mecanismo íntimo de su prodigioso descubrimiento, que casi un siglo después vino a iluminar el genio portentoso de Pasteur, quien pudo afirmar: "He demostrado una cosa que Jenner no pudo comprender: cómo el mismo microbio que mata, preserva de la muerte." Pasteur practicaba la inmunización con el virus atenuado. Pequeñas dosis, tratadas de un modo peculiar, del mismo material microbiano capaz de matar a un hombre, lo preservaba de la enfermedad y de la muerte.

¿Sobre qué principio se funda la vacunación? Si introducimos en un organismo gérmenes patógenos, éste

o no presentará reacción alguna o se dejará invadir; o como sucede en la mayoría de los casos, opondrá una



Pasteur.



Ehrlich.

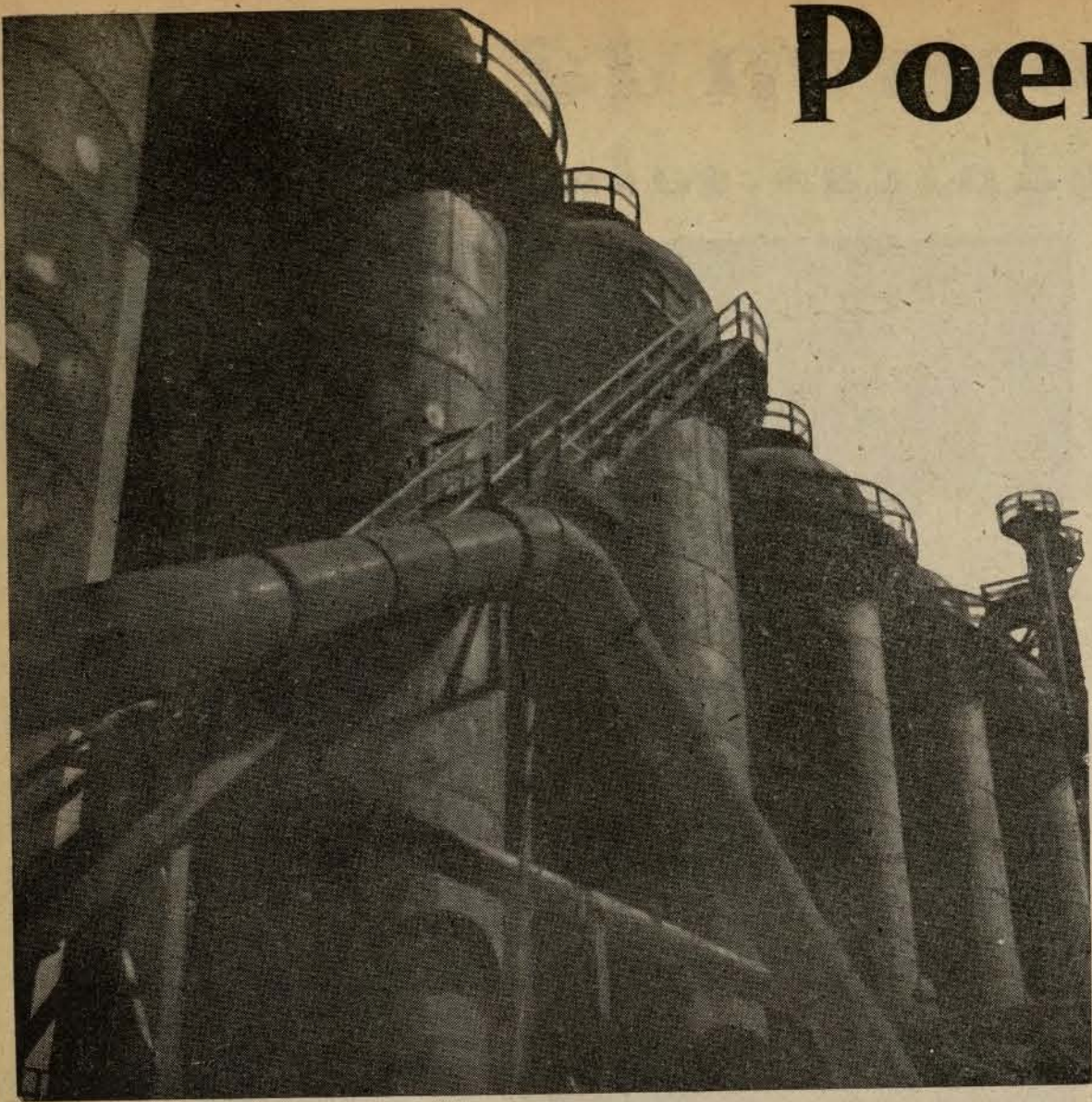
fuerte resistencia a la invasión; pero de ningún modo permanecerá pasivo. Los testimonios de esta reacción, en la sangre, serán los anticuerpos, que empezarán por aglutinar y destruir los gérmenes; en suma, por neutralizar los efectos nocivos. El problema que se plantea es el de provocar la reacción defensiva del organismo, sin la que sería infectado indefectiblemente.

Conservar a los gérmenes su poder inmunizador y suprimir el infectante es la misión principalísima del bacteriólogo. Ello se obtiene de varios modos: introduciendo gérmenes muertos; introduciendo gérmenes vivos, pero previamente tratados de adecuada forma para mantener inalterada su capacidad de provocar la creación de anticuerpos contra esa misma actividad. Esto es la vacuna antitífica, antivaricela, disenterica, cólica; es también la vacunación contra la tuberculosis, etc. Se utilizó para la vacunación contra la difteria y el tétano, no los bacilos respectivos, sino los productos de su secreción, que son, por sí mismos, verdaderos agentes de las enfermedades; pero inocuos ya. Y surgió la anatoxina.

Otra cosa es la sueroterapia. ¿Qué hace un médico practicando la sueroterapia? Introduce en el cuerpo humano los anticuerpos, o si se quiere, la antitoxina, pero formada en el caballo. Esta antitoxina, después de la vacunación del animal, se halla en cantidad importante en el suero que se le extrae. En la inmunización activa, el organismo se crea sus propias defensas. En la pasiva, el organismo no actúa por sí mismo; no es más que el teatro de una lucha fuerte entre el foco infeccioso y la antitoxina inyectada. La acción del suero es rápida y fugaz; en una décima parte del día, en media hora, aproximadamente, las antitoxinas son fijadas, eliminadas o destruidas. La acción de la vacuna es más lenta, pero más duradera.

D. Y.

Poema bélico del acero en la hora actual



¡Poema del acero! Los enormes depósitos, en la vertical del paisaje, hablan eficientes del potencial humano.

Cuando el hombre de la prehistoria, epílogo de la era terciaria tal vez, con seguridad pródromo de la cuaternaria, en un día de amanecer glorioso y rotundo, vió en la arcilla de su crisol cobrar maravillosa realidad al hierro, se sintió dueño del universo.

Las rudas fraguas, los bastos moldes dieron al hombre, en primer término, lo contundente. La imaginación creadora de los seres de las épocas prologales de la historia no dió, en principio, forma al hierro en arado, sino en cuchillo.

Pero ello era lógico. Para el hombre prehistórico todo es peligro. Las aristas de las cosas pretenden herir al rey de la creación. Herir y zaherir. Por eso las tinieblas de la noche sobrecogen y atacan a las mentes primitivas. La noche densa, tensa, supervital y fantasmagórica de las primeras etapas de la Humanidad es un personaje tremendo, una amenaza impresionante, velada, pero siempre latente y certera.

Con la noche primaria y bárbara, despierta el acero, la pugna. La lucha mortal por la existencia. Los grandes animales terrestres, las enormes aves, los terribles e ingentes saurios, pelean por su ser vital. Hay fragor bárbaro de combate, poderosas, sordas y entrecortadas respiraciones, gritos abismales, agonías eternas.

Y todo lo percibe, con terrores febriles y orates, el hombre prehistórico. Frente a la caverna que le cobija, ante el enorme e infranqueable bosque, el desnudo claro, el dilatado lago, el hombre descubre toda la enorme potencialidad de los otros seres. Y tiembla. Tiembla porque su mole no es la del mamuth, ni su fuerza la del ictiosauro. Tiembla por-

que su carrera es lenta, su escalar torpe, su potencia ineficaz en el aire y deficiente en el agua. Y tiembla porque sus brazos, defensas de su ser, son débiles como recién nacidas hierbas. Y, en definitiva, tiembla porque su inteligencia le muestra lo ínfimo de su capacidad de lucha. El canto lanzado, el hacha pétre, el tronco de rama, son elementos defensivos pueriles ante la magnitud incommensurable de lo enemigo.

Por eso, cuando el hierro, cociendo, se vacía en los moldes, cristaliza en formas bélicas: hachas, cuchillos, lanzas. Todo cuanto el hombre puede precaver ante el peligro.

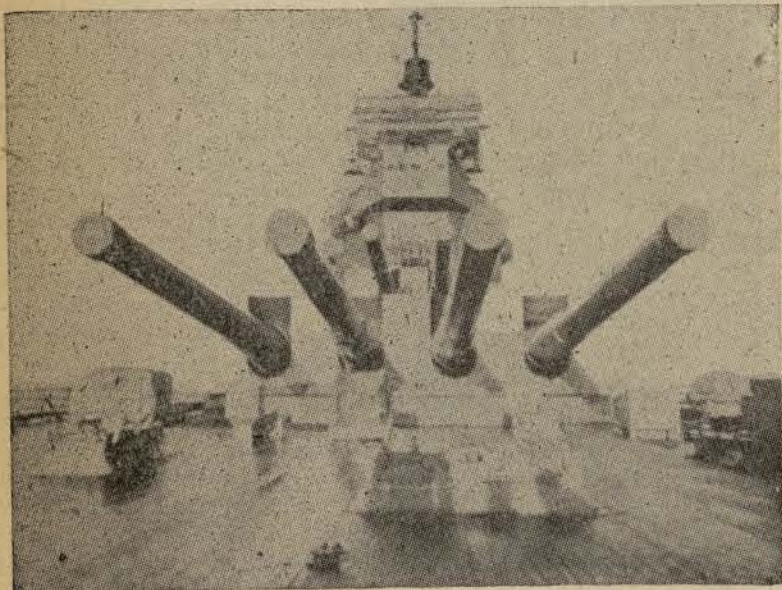
Y el hombre, mejor armado ya, rotundiza su valor defensivo. La existencia de sus tajantes y nuevas armas le permite ver de cara los antes tenebrosos y vírgenes lugares y espacios. Porque los férreos instrumentos animan audacias.

Mas el ser humano no es perfecto. Dotado ya para la defensiva, en su mano ya un elemento de poder, de fuerza, de coacción, pretende hacer de su potencial valor decisivo para domar las fuerzas oponentes de la Naturaleza a su propio esplendor. Pretende, en definitiva, vencer al gran enemigo del hombre: el hombre.

RITMO DE LO VITAL

El hombre, la ambición. Consecuencia, la lucha. Dimanación de ella, la Idea. Otra vez el hombre. Ahora, la ambición problema de lo vital. Y la Guerra. La Guerra, madre, principio y fin de vida.

¡La guerra! En la sucesión de las



Los cañones del acorazado, en zarzalla de abanico, lanzan su amenaza gris sobre el horizonte.

les. Es todo, ello poema del acero. Porque de acero son los vástagos de muerte, las planchas acorazadas, las defensas de los puentes, los basamentos de la obra muerta, los tubos lanzatorpedos, los torpedos, la santabárbara. De acero son las palancas de mando, el instrumental de precisión, todo, en fin, lo esencial de los barcos.

Verdad que se cumple en todas las unidades de la Escuadra. Desde la incommovible masa al cabeceante destructor.

Mientras, hijos de Anfitrite, entre dos aguas, navegan los submarinos, con impulso silente, espectral. Sólo denuncian su presencia los pequeños cilindros de los periscopios.

LO SUSTANTIVO

Baterías de costa divisan la Escuadra enemiga. Las enormes piezas terrestres del 38.1 buscan coincidencias mortales con la masa naval. Los enormes tubos se orientan hacia el contrario. Hay un girar loco de ruedas, volantes y bielas. Hay órdenes concretas, mediciones precisas, consultas de telémetros. Y de pronto, los enormes perros ladran poderosos y certeros. En lejanía, sobre una alargada sombra grisácea, surge un albo penacho.

Artilleros de la costa se congratulan del primer impacto. Y nuevamente, la metralla se repite. Los 38.1 escupan sus masas de 885 kilogramos con fragor ingente y progresiva velocidad. El acero ataca al acero. Y la Escuadra se ve precisada a romper la formación.

Pero también la flota rompe el fuego. Las torres de combate lanzan sobre tierra sus anatemas mortíferos. El helicógrafo del puente de mando de la nave almirante gira a todas las unidades la orden de disparar. Los grandes colosos se cuecen en su propia potencia.

Cada vez más rotundo el zafarrancho de combate. Hasta los pequeños barcos de escolta pretenden desmontar con sus pequeñas piezas los colosos costeros.

Combate, batalla mejor, del acero. El protege, hiere, raja, tunde, destroza. Porque los hombres son sólo ya cerebro y servidores de lo imponderable.

ACERO, EN TIERRA

—¡Fuego!

El telégrafo transmite la orden a cien baterías. Y las cien hienden el aire con su metralla.

Cañones del 15.5, del 100-17, del 128-16, del 149-12, del 155-13, del 7.5, de todos los calibres cooperan a la ofensiva. El acero engarza cadena de hierro y plomo sobre el acero, enemigo. En otro frente, a la ofensiva se contesta simplemente.

—¡Fuego!

Nuevas bocas de acero explican de modo categórico la suprema lección de la fuerza.

La batalla se generaliza. Ingente clamor crisa los cielos. Baterías pretenden localizar baterías, piezas desmochan piezas. Todo ello con bárbara convulsión de la tierra, que se abre, crispada, al sacrificio.

De pronto, en la distancia, en apretada formación, fortalezas móviles de acero avanzan chirriantes y densas. Los carros de combate se perfilan espectaculares.

Verdadera escuadra terrestre, las moles de 80 toneladas, con cañón del 4.5, ocho ametralladoras y lanzallamas, avanzan, precedidas y protegidas en sus flancos, por pequeñas tanquetas y carros ordinarios.

Por donde camina la flota terrestre troncha, desmenuza cuanto holla. Las cadenas de los carros, fragorosas y polvorientas, roturan torpemente el suelo.

La masa de acero se orienta hacia las trincheras enemigas. De las posiciones avanzadas de éstas surgen barreras de metralla. Y comienza el combate. Acero contra acero. Los C. C. C., cañones contra carros, con tubos del 45, del 37, rápidos disparan sus granadas perforantes o explosivas, sobre la agresora mole, con vario resultado.

En el interior de los carros, los servidores de las piezas del 4.5 buscan los blocaos, las casamatas, las posiciones todas de resistencia del enemigo.

Ahora el cielo se deshace en aparatos. Poderosas formaciones aéreas tachonan el horizonte con su reposada prestancia. Cuatrimotores severos, ocres y aplomados, constituyen agoreros triángulos sobre el campo de batalla. Encima de las fortalezas volantes, de los mastodontes, un techo de "cazas", alacre y zumbón.

El jefe de la escuadra aérea localiza el objetivo final. Órdenes rápidas son cursadas desde el aparato rector. Firme mano, en éste, da libertad a las bombas.

Ululantes silbidos, aullidos análogos a los de las bombas, que se escuden los desolados páramos, en los calcinados desiertos, en el fondo de los torrentes, pre-

sagian crispaciones finales en el campo de batalla.

Y con las primeras bombas, la lluvia de éstas, lanzadas desde los enormes trenes aéreos, hace en tierra culminar el combate.

Como frágiles juguetes de cartón saltan los carros de asalto, las piezas de artillería, las unidades de infantes; todo en medio de formidable barahúnda de cascotes, tierra y polvo.

Pero ya los hombres hostigados han puesto en línea de tiro las piezas aéreas, y vellones blancos surgen en el cielo, aureolando a los mastodontes.

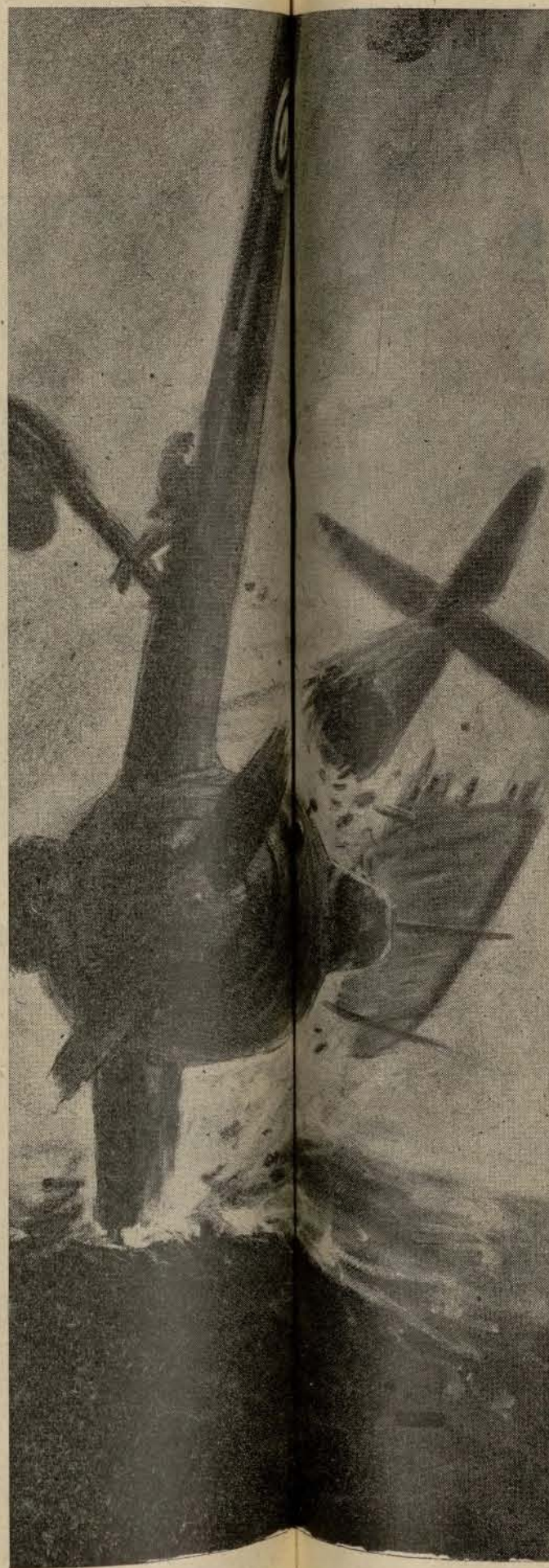
La A. A. A. del 8.8, diligente, veloz y certera, cuaja guirnaldas de metralla en el horizonte, para los cuatrimotores. Alguna flor, flor trágica para los aeronautas, flor de laurel para el artillero de la D. C. A. logra su objetivo.

La fortaleza volante, herida de muerte, para su corazón; y la enorme masa, entrada en barrena, cae vertiginosamente con multiplicada velocidad.

Aquí, acero del 8.8 ha vencido al acero y aluminio del titán celeste.

SERVICIO SECRETO

Ojos perspicaces e inquisitivos observan con reiterado interés un anuncio:



La fortaleza volante, herida de muerte, se abate al suelo con vertiginosa y trágica velocidad.

Sobatrando piso. Once habitaciones. Incomparable ocasión. Urgente, por salir al mundo fuera. Dining Street, 48. De ocho a siete.

El lector aleja de su vista un instante el periódico. Para ordenar:

—Comprueben: "The Times", número 15474, del 1 del corriente mes, página segunda, columna quinta. ¿Corresponde a nuestro S. A. 114-Z?

Breve pesquisa del ayudante, y continuación afirmativa después:

—Transcribirá usted el mensaje? El ayudante toma un momento el periódico, que el jefe le brinda. Y tras breves, rotundiza:

—Sin duda alguna, contando con los datos que tenemos sobre la misión de S. A. 114-Z.

—Construya, pues.

—Urgente. El día 11 saldrá tren con unidades, cargado de material. ¿Es posible?

—Conforme. Comuníqueme con el Escribano Mayor.

Hay un juego de teléfonos. Luego, los trenes comunican órdenes tajantes, cumpliendo, mandatos castrenses. Que la escena, ahora, tal vez en Africa, sea en cualquier otro lugar del Mun-

do. Un tren formado por 48 unidades transporta a las líneas de fuego armamento. Salvo la locomotora, lo demás es un bosque de acero.

Sobre las plataformas de los vagones descansan carros de combate, pesados, medianos y ligeros; cañones contra carros; artillería ligera, automóviles; hasta fusiles ametralladores y mosquetones. Avanza el convoy fragorosamente por la llanura. La recta del trazado del ferrocarril se le antoja al conductor del tren interminable. Su buen juicio y claro sentido le hacen, en esta parte del recorrido, temer más que en ninguna otra desagradables contingencias.

Por eso el fogonero arroja con furia ardorosa paletadas de carbón a la caldera.

La chimenea de la máquina expelle un humo negro, denso, espeso, sucio. Humo de combustión. Embolos y válvulas impulsan con vértigo al convoy, que pretende volar.

Y tal vez cuando los conductores del tren creen segura la plácida continuidad de la marcha es cuando surgen, allá en la lejanía, casi entre cielo y tierra, cinco puntitos negros.

Los puntitos en pocos instantes se dilatan y concretan. El ruido del ferrocarril impide captar el de los motores de los aparatos aéreos. Pero la D. C. A. que acompaña a aquél percibe la presencia del enemigo.

Otra vez, en danza infernal, las piezas del 8.8 y las ametralladoras anti-aéreas de 20 milímetros, abajo. Y arriba, el runruneo de aparatos y las cascadas de las ametralladoras de éstos.

Los aviones, cinco cazas, se remontan, para eludir el granizado fuego del convoy. Parecen difuminarse en el cielo, eludir incluso el combate.

El respiro permite a la locomotora forzar la marcha, en busca de cercano y abrupto terreno acogedor. Más humo mancha el ambiente. El tren semeja ahora una negra saeta disparada al infinito.

Pero ya, desde los altos vértices del cielo, en impresionante picado, los cinco cazas, símbolos de destrucción, se vuelcan, uno tras otro, en formación de cadena, sobre el tren. Las ametralladoras de los aparatos buscan vulnerabilidad en la locomotora. Fallido el primer ataque, se repite, a pesar de la enérgica reacción de la D. C. A.

Luego, la tercera pasada. Una ráfaga de balas se lleva la vida del conductor del tren. El convoy sigue, ya sin dirección, su marcha impresionante. Hasta que dos o tres kilómetros después, al tomar a velocidad de vértigo una curva pronunciada, la locomotora sale de los carriles y la tragedia se consuma.

Los tripulantes de los "cazas" pueden ver, en postrera estampa, en el fondo de un barranco y en confusa convulsión de vidas y aceros, tronchada para siempre la orgullosa pujanza del poderoso caballo de hierro.

Una vez más la pugna ofrece como valor esencialismo y causa eficiente al metal. El metal ofensivo que destroza y aniquila.

AL OTRO LADO DE LA GUERRA: LOS TALLERES

Altos, Hornos. Aquí sí que triunfa de manera colosal y fantástica el poema del acero.

Es una nave inmensa, a temperaturas infernales, corre, líquido y bárbaro, el metal. Crisoles ingentes lo funden y determinan. Después, poderosos moldes lo fijan en características estructuras.

Hombres hijos de Vulcano, hermanos de aquellos que immortalizara, por su realismo sencillo y casero, Velázquez, van y vienen, mantenedores del fuego infernal, y encauzadores de los ríos férreos.

Luego, el hierro, ya en molde, ya en barra, es enviado a la fundición.

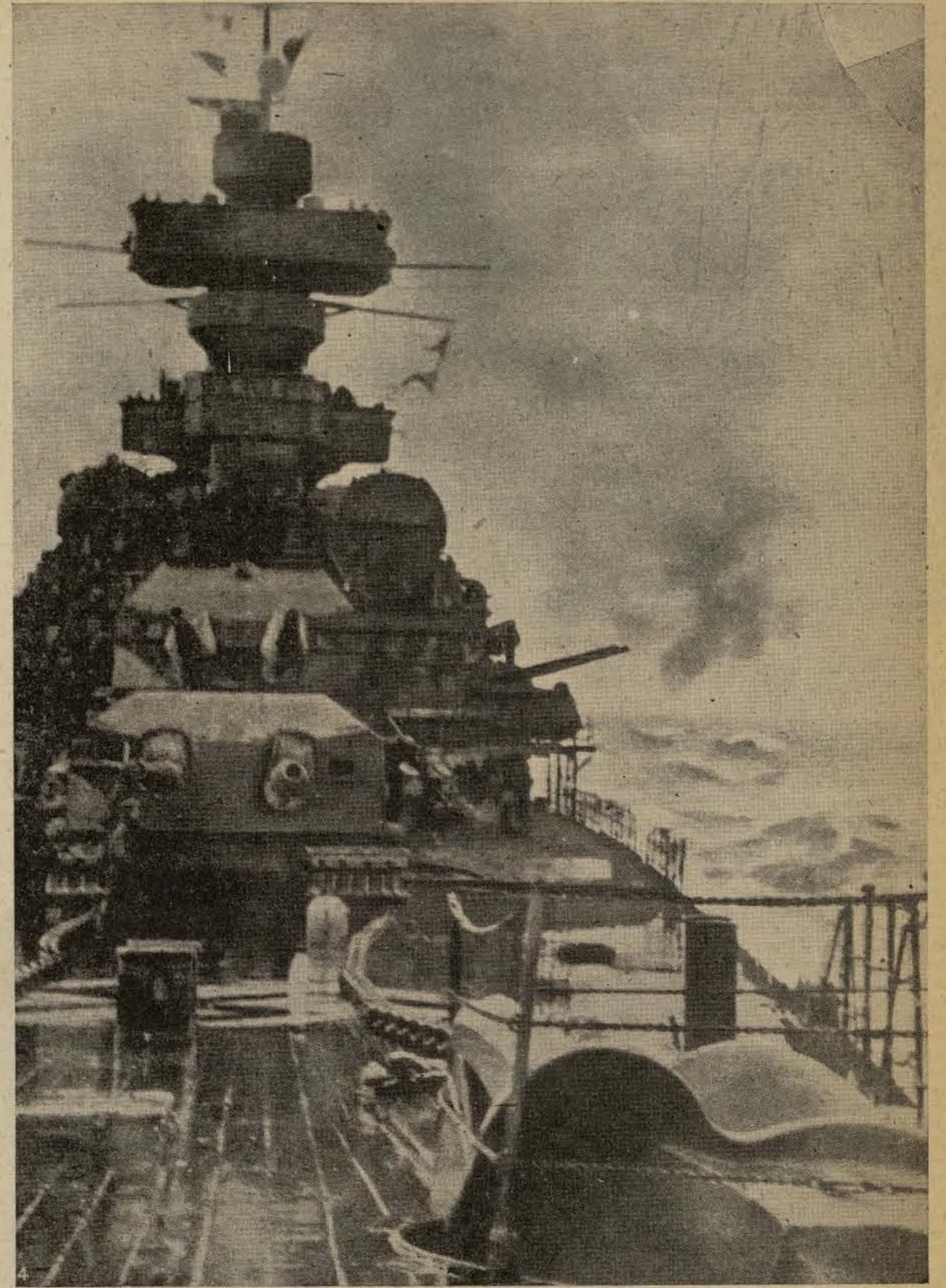
Se busca el acero. Que pronto, tras sabias manipulaciones, cuaja.

Y el metal noble comienza su deambular. En múltiples talleres, en las más diversas formas y masas se le forja, se le moldea y agrupa.

Y así, lo mismo se ofrece en imponderables planchas de coraza, que en rotundas armas de combate, que en sutiles instrumentos de precisión.

Millones de hombres ocupan sus horas laboriosas en la transformación del metal del siglo: en los astilleros, en las fábricas de armamento, de automóviles, en las constructoras aeronáuticas, en los talleres de las compañías de ferrocarril, en los laboratorios de investigación y análisis, en todas partes donde se lucha por el triunfo. Es decir, en todo el Mundo.

Y toda la fabricación de guerra, en ingente y eficaz lucha contra las horas, contra las manecillas que marcan insensibles la huida del tiempo.



Los colosos del Océano, aplomados y ofensivos, navegan, alertas, en derrota de muerte.

POEMA ALBO DEL ACERO

Hay, siempre en la guerra una faceta única, por lo diáfana, cristalina y emocional. La que ofrecen los hospitales de guerra, hospitales de retaguardia, hospitales de campaña.

Si impresionantes, angustiosas y plenas surgen las rectangulares salas, con doble fila de camas gemelas y aporeladas; si sacra se muestra la recoleta quietud de la capilla; si sugente se presenta la soledad laboriosa de los pasillos del hospital, nada hay, no obstante, que acuse tan recia personalidad como el cuadrado recinto en cuya puerta de acceso, en letras tal vez impresas o grabadas, o en muchos casos frenéticamente escritas en instantes de apremio, se lee: Quirófano.

El sustantivo tiene tal poder, que el bate en el espíritu expectante todo un magno poema de dolor.

Porque, en definitiva, todo ello sugiere el término tremendo. Con letras de fuego florece en la mente enfebrecida esta interpretación: su Majestad el Doctor. Así, con mayúscula, como las supremas realidades de la existencia.

Y he aquí que el acero, siempre bárbaro, tundente y devastador, elemento de lucha, de muerte, cambia sus características, y se ofrece a la Ciencia como instrumento benéfico de la Humanidad.

En paradoja muy humana, el acero rompe músculos, destruye miembros, irracionalmente arquitecturas y armonías vitales, ahora, también sumiso al mandato del hombre, resbala sobre la carne herida, la corta y abre, pero con aspiración y ansia de que la existencia del ser sobre el que actúa se prolongue y dilate.

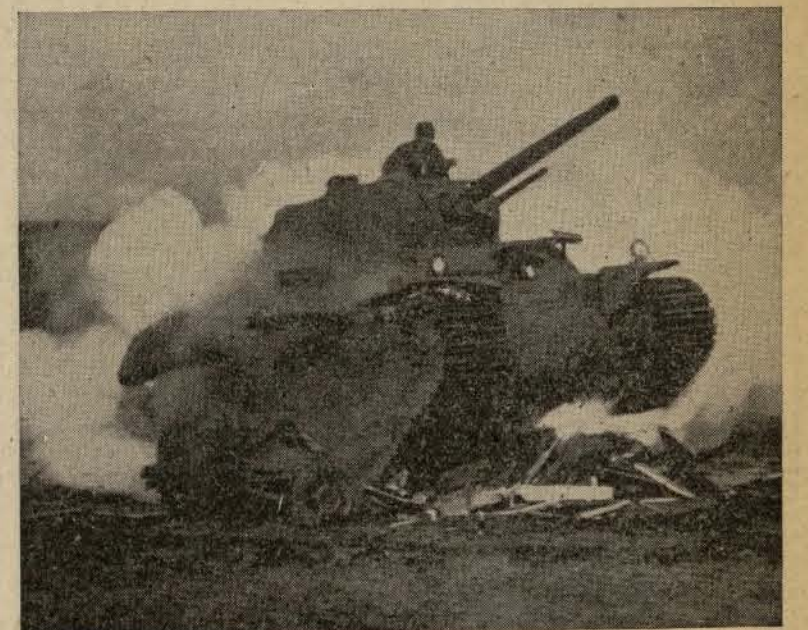
Y así el poderoso metal se hace dúctil y maleable. Llega a concretarse en

instrumental diminuto de miniada concepción y espléndida exactitud.

Esta adaptabilidad del acero a la obra piadosa de la Ciencia es un a modo de arrepentimiento. Como el del hombre poderoso caído en el pecado, que persistió en éste durante gran parte de su vida. Dios, sin embargo, había adornado la infancia del infeliz con luevas de los personales. A pesar de ello, éste preparó. Pero un día la gracia divina movió el corazón del hombre, y todas

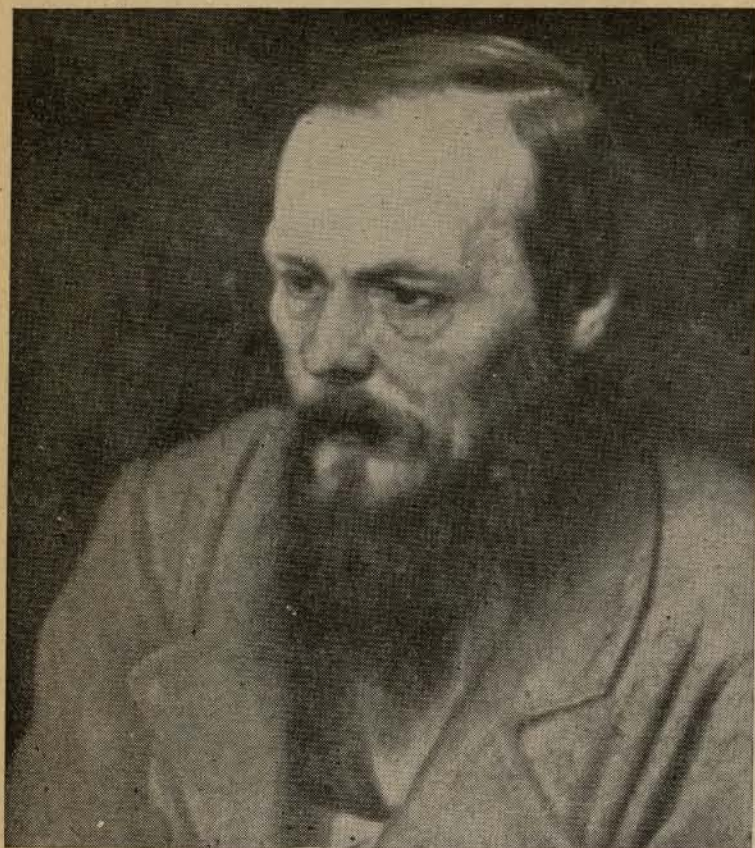
las puras facetas que el Creador disecionara en él, en principio, renacieron y triunfaron.

Así, también el acero. También en su ser esencial es puro. Sólo los hombres lo tergiversan, y le buscan conclusiones torvas. Pero alguna vez es también juguete vital en las manos de la Ciencia. Y entonces más metálico, más pulimentado y brillante. Porque es la aureola de las bellas obras.—JULIO CASTILLA



Verdadera escuadra terrestre, las moles de ochenta toneladas avanzan hollando cuanto se les opone.

Dostoiewsky - Heine - Hazel



Fedor Dostoevsky.

1. TRASLUZ DE "LOS DEMONIOS"

Dostoiewsky, en su autografía, rellena todas las cadencias del drama con otros mil dramas, que se inician con un garrapato, se engruesan hasta llenar la página y se incorporan al acontecimiento que ocurría, e incluso le superan, relegándole a segundo término.

En la hoja autógrafa no hay interlíneas; es un apretado mazo de ocurrencias en el cual, cuando la palabra se hace difícil, se recurre al garabato, que compendia todo un nuevo acaecimiento.

Al lado de los quehaceres de Nicolás Vsevolodovitch, de Chatov, de Petr Stepanovitch, en *Los Demonios* se abre paso una faz torturada, exhibiendo su tragedia sin recato, desvergonzadamente. En lo hondo de sus pupilas inquietantes se propaga infinitamente ese desasosiego de los demonios. Arriba, en el ángulo izquierdo de la página, una arquitectura torpe termina plásticamente una intrincada decoración...

Esto yace en potencia en la obra escueta de Dostoiewsky; pero no es cómodo deducirlo. Es preciso leerla con afición y cuidado, procurando separar el desarrollo temático del episódico, en cuanto sea conveniente, puesto que el tema se continúa, a menudo, más por los subterráneos de las interlíneas que por el entramado de episodios.

Dostoiewsky, notándose incapaz para tratar sus cuestiones con decisión, yéndose a ellas, recurre a la laboriosa instalación de un guñol colosal, detrás del que espera a que se las resuelven sus títeres. Y no es raro que éstos se complazcan en complicarle los problemas. Dostoiewsky, con el reconocimiento de su incapacidad para cuestionar, se descubre a sí como novelista. Al fin, la novela viene a ser el refugio del pensador fracasado; pero fracasado, claro es, como pensador escueto, no como artesano del pensamiento, pues como tal el novelista puede conseguir un adiestramiento notable.

Dostoiewsky proclama su propósito de hacer, sobre todo, novela, desistiendo de ese hincar perpendicularmente las cosas, sin revolver sobre ellas, que exigen aquellas cuestiones urgentes. Por esta razón, Dostoiewsky se limita a catalogar sus problemas con el patético ademán del hombre que no dispone de tiempo para "arreglar sus asuntos". Triunfa la novela; pero fracasan los rectos dramas que la informan, es decir, los enunciados que importan. Mas su fracaso no es definitivo; aún disponen de las márgenes limpias de la página para continuarse cómodamente.

A lo largo de la lectura de *Los Demonios* se hacen frecuentes las ocasiones que invitan a detenerse en el umbral de alguno de esos mil dramas que se desprenden de una situación, de un discurso o de una frase. Es entonces cuando nos entretenemos en la margen del libro, que es la región propicia para presenciar las escenas inéditas que van a precipitarse.

Hay momentos, llega uno a momentos en que el tiempo se detiene para dejarle sitio a la eternidad.

Inmediatamente después se agradece un alentador renglón blanco.

En general, el escritor cuida con cariño lo que llega a descubrir de sí como notable y original, lo hace tema y lo manosea constantemente, recurriendo a mil argucias para no ponerse en evidencia, lo que es uno de sus méritos. Dostoiewsky, en cambio, malbarata su genio.

2. POSTURA DE HEINE

Enfrente de la obra de Dostoiewsky, que es un hervidero de provocaciones, se puede poner la obra entera, sin posible prolongación, de Heine.

Un mal entendimiento del gran poeta de Düsseldorf le ha catalogado entre los encariñados con lo excesivo, con lo sublime, con lo que, al terminarse, no se termina aún, sino que sigue progresando, ensanchándose, hasta rebasar una medida y otra. En suma, se ha considerado a Heine como un romántico. Y es lo cierto que Heine—por lo menos en este decisivo aspecto del romanticismo que tratamos—no es un romántico. Sus páginas son medidas, justas; no se proyectan fuera de ellas, sino que, más bien, se recogen sobre sí para mostrar mejor su concierto. La personalidad romántica que se quiere atribuir a Heine reside exclusivamente en la actitud de su lector, que se complace en forjarse al poeta suspirando en un *Intermezzo* que jamás escribió.

Acaso no sea original sospechar que Dostoiewsky pueda ser más romántico que Heine. Por lo menos, el ruso, con sus enervantes escenarios, que rebasan las páginas y se engruesan, haciendo gran estruendo—Dostoiewsky requiere esta inmensidad, en la cual vierte su intimidad gigantesca—, aunque sus asuntos discurren por un estrecho cauce de realidad, está más cerca del arrebato romántico que el alemán, que, en una llanada de risueña fantasía, construye su canto rítmico sin atronamientos ni desasosiegos, limpiamente, con goce reposado, con gracia.

Mas sólo llegaremos a un tal Heine y a un tal Dostoiewsky si procuramos superar su escritura. Es decir, que no basta descifrarla, interpretarla—pues con esto conseguiríamos acaso la idea, que, al cabo, no es mucho más que una primorosa caligrafía, o bien, con un importante esfuerzo íntimo, el sentimiento, un garrapato horrendo—, sino que urge franquear con osadía esa mar de chismes que es un libro sin ceder a sus seducciones; importa revivir el pulso de la escritura, sin parar demasiado en ésta.

Y ocurre que en este subsuelo de la obra, en el que las formas son sugeridas por quietas fragancias, se dan las más asombrosas conveniencias y los más importantes divorcios; Mozart convive con Ravel, ante el estu-

por general; Dostoiewsky milita bajo la insignia romántica, acaso a la diestra de Juan Jacobo Rousseau. Ajeno a éstos y más vecino de los primeros, Heine...

Ya sin esfuerzo, desembocamos en la cuestión avanzada que proviene de los casos puestos y los acaba. Partiendo de la escritura de *Los Demonios* y entrándonos en ella, encontramos, hasta muy adentro, residuos de tarea; quedan sudor y cansancio, pesadez...; intensa humanidad donde se agradecería que fuese leve. Y, sobre todo, esas infinitudes que son a modo de tentáculos sin presa y que nos han permitido llegar a un Dostoiewsky tan poco concurrido.

A través de *Cuadros de viaje* o de la *Sinfonía en Sol menor* se nos ofrece un limpio recinto donde se ha eliminado todo indicio de esfuerzo y, sin caer en ingravideces estúpidas, conserva la precisa gravedad sin desbordar la medida conveniente. Se ha acotado el campo, borrando las longanizas; se recupera una apacible humanidad que regresa a su virginidad después de haberse conseguido a sí misma y puéstose a compás:

3. LA HISTORIA DE HAZEL

Al lado de estas dos actitudes sólo destaca bastante la posición de Hazel.

La historia de Hazel se cuenta de diversas maneras; pero, esencialmente, no difiere de la relación que doy aquí.

—¡Dame la ciencia de tu claridad!—clama Hazel al aire—. Cuando ya lo he conseguido todo, heme aquí..., yo triunfante. ¿Y qué?

Y yo, que soy el aire luminoso, le digo:

—¡Ríe!

—He querido reír, pero he graznado. ¡Dame la ciencia de tu claridad!

El pobre Hazel ha intentado la risa; pero la ha trocado por la carcajada, es decir, el error.

Levanto mis alas tristemente triunfales sobre mi primera víctima.

Una vida vale la pena de vivirla; pero si reside en mí, conmigo. Era inútil revelar a Hazel la ciencia de mi claridad, que es rozar la vida; mas no su corteza, sino su entresíjo, filtrándose por él sin desconcertarlo.

Hazel hincó tanto en su vida, que la descompuso. Y, ante ella descurtizada, alzó su desconcierto hacia mí:

—¡Dame la ciencia de tu claridad!

Vi, a sus pies, los depojos de sus conquistas, hermosos como cadáveres de mártires, fríos y marfileños, destroncados para siempre. Cuando Hazel fijó la mirada en aquel montón de bellas esculturas, sobrevino el patético *¿y qué?* que yo no pude resolverle. Y, al notarse en ese vacío, espacio sin descansaderos, es cuando Hazel se estremera y se desconcierta. No me sorprende que, en esa difícil postura que ha conseguido, se le encaren arduas cuestiones, inevitables allí, en el lugar descarriado; pero insignificantes en toda otra parte.

En aquel bosquecillo de sinsapas próximo a Kosambi, en el que tú y Vasiti os jurasteis fidelidad eterna, emplazándoos para el *paraíso del Oeste*, estuvo también en un tiempo el Sublime. Y el Sublime salió del bosque con unas hojas de sinsapas en la mano, y les habló de este modo a sus discípulos: *¿Crecéis que son más numerosas las hojas de sinsapas*

que yo tengo en la mano que las que quedan allá en los árboles del bosque? Y los discípulos, sin pensarlo mucho, replicaron: Las hojas, señor, que el Sublime tiene en la mano son mucho menos numerosas que las que quedan en el bosque.

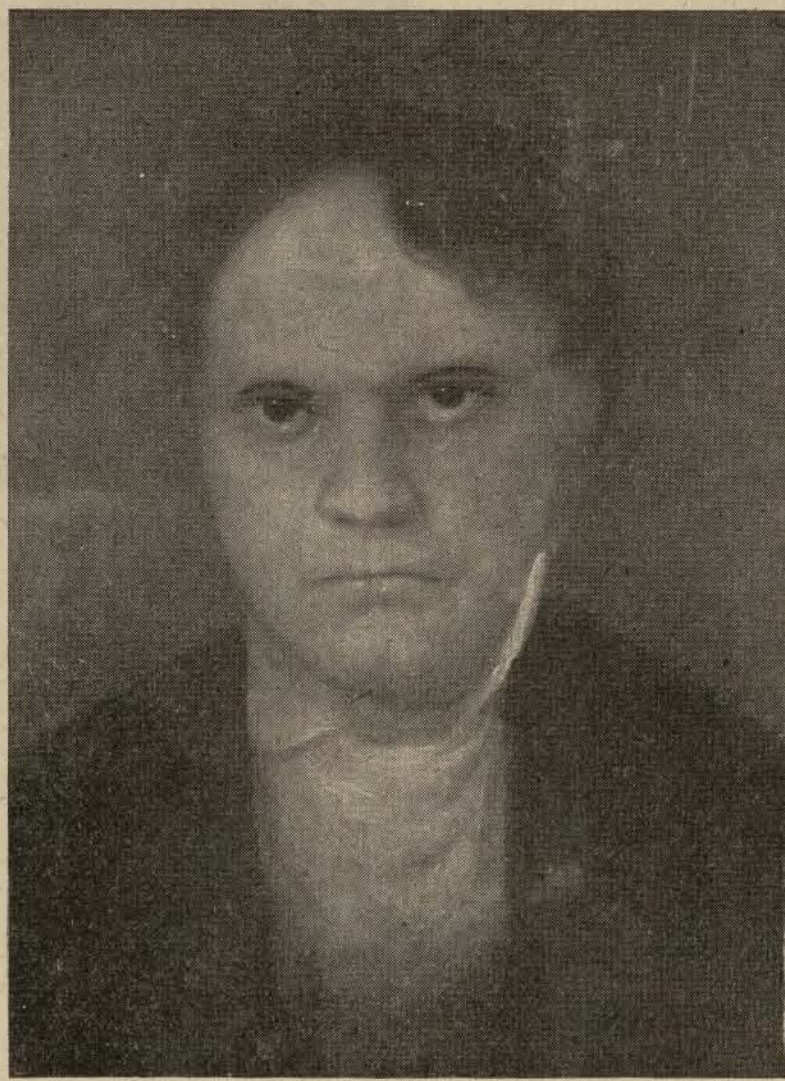
Pues del mismo modo—dijo el Sublime—, es mucho más lo que yo he averiguado sin revelároslo que lo que yo os he revelado. ¿Y por qué no os he revelado esto otro? Porque no es saludable, no es genuinamente ascética, no conduce al cambio, a la renuncia, a la disolución, al nirvana. (GJELLERUP.)

Así, tampoco es saludable visitar los sugestivos lugares que han deslumbrado a Hazel y le han hecho incapaz para el gozo quieto que acaricia como por ráfagas y da razón para que se produzca un tránsito tan igual, tan monótono.

Y como en la cultura budista el Sublime es la Verdad, lo que oculta por no saludable es menos verdad, es la facción de la verdad que nos distrae de ella misma.

Hazel es el indisciplinado que cruza el Mundo con el ademán absurdo del pensador que fué festejado por sus más perversas palabras: "Sólo sé que nada sé." Me parece ver a Hazel, al pronunciar su célebre frase, con una sonrisa de triunfo en los labios. Ciento que esta sonrisa se apaga al punto; cuando Hazel inicia la nueva tarea para llegar a otra solución provisional y a otra frase, en cambio, peligrosamente definitiva. Y así, de frase en frase y de tarea en tarea, Hazel se va desquiciando, desquiciando... Es el hombre que le ha robado al Sublime, en un descuido, su cuaderno de notas.

EL TRAJE VERDE



Luis de Beethoven.

Poco más de diez y seis años contaba Luis van Beethoven cuando el elector Maximiliano Francisco, interesado bondadosamente por el porvenir de aquel muchacho que, desde muy niño, descollaba como virtuoso del piano, y que con sólo trece años había conseguido que se reconociera oficialmente su valía, al ser nombrado organista suplente de la capilla, resolvió enviarlo a Viena, corte verdadera de la Europa musical, cuyo cetro compartían Haydn y Mozart.

Deslumbrado todavía por el ambiente espléndido de la brillante y acogedora capital austríaca, el joven

Luis vio cómo se venían abajo sus sueños. Apresuradamente hubo de regresar a Bonn. Su madre, la desventurada María Magdalena, consumida por la tisis—y por los sufrimientos—, se apagaba sin remedio. Otra vez la casa sombría y angosta, tan pobre de luz y de risas como holgada de zozobras e infortunios. El padre—sin empleo y embrutecido por el alcohol—era una ruina. Para defender a los hermanos pequeños de los colmillazos de la miseria tuvo que hacer de hombre antes de tiempo. Y cuando los ingresos no alcanzaban a paliar el agobio angustioso de cada día, es-

trujándose el corazón y sorbiendo lágrimas de sangre, dejaba en manos usureras los despojos humildes y amados de aquel hogar triste. Hasta los vestidos de la muerta entrañable fueron a dar en el mercado. El signo trágico que había de presidir la vida toda del genio hinchaba ya sus duros perfiles de garra.

Cuando unos lustros más tarde el nombre de Beethoven se pronunciaba con fervor fanático, y la ascensión triunfal iniciada con la *Primera Sinfonía* y los *Seis cuartetos de cuerda*, dedicados al príncipe Lobkowitz, iba a culminar en el portento de la *Misa en re* y la *Novena sinfonía*, la casa de Viena no era mucho más confortable que la de Bonn. Los mismos agobios, iguales inquietudes, penurias parejas, zozobras idénticas. Como si no bastase la tortura bábara del mal incurable, siempre el acoso sin descanso de las miserias cotidianas. La garra monstruosa cerrándose más y más. Cuentan que, muchos días, el maestro de la *Sonata del Claro de Luna* y la *Sinfonía heroica*, *Fidelio* y la *Sinfonía en do menor*, la *Pastoral*, la *Séptima* y el *Trío al archiduque*, no pudo salir a la calle porque sus zapatos únicos estaban remendándose. La crónica del memorable concierto del 7 de mayo de 1824 recoge el entusiasmo enfebrecido de la multitud, que desbordaba el teatro de la Puerta de Carintia, y las declaraciones fervorosas de la crítica. "Arte y verdad—proclama la *Gaceta Universal* de Leipzig—celebran aquí su triunfo absoluto, y pudiera decirse con toda justicia: *non plus ultra*. ¿A quién la misión de ir más allá de estos inaccesibles límites?" Y, sin embargo, aquella misma tarde—fecha gloriosa que habría de compararse luego con la del Día de Todos los Santos de 1512, en que otro gigante genial desmontaba los andamios de la Sixtina para que el Mundo se asombrara—, Schindler, el discípulo fiel, había garrapateado en los *Cuadernos de conversación* unas líneas que pinchan y duelen y escuecen: "Me llevo también vuestro traje verde, que os pondréis en el teatro para dirigir. El teatro es oscuro; nadie verá que vuestro traje es verde. ¡Oh, gran maestro! No poseéis ni tan siquiera un frac negro."

JUAN AGUSTÍN MORENO

ANTE EL ALTAR de los Caballeros de Alcántara

Por Fernando PEREZ MARQUES

Estamos paseando plácidamente en el atrio de la iglesia, porque al so-
caire de sus muros disfrútase, en los
claros días invernales, del cálido beso
del sol, sin que el helado soplo del
viento venga a encocorar nuestro
solaz.

En todo el pueblo reina una dulce
quietud, un silencio profundo, solem-
ne, con esa solemnidad que a los lu-
gares recoletos prestan las primeras
horas de la tarde. Este silencio es
roto de vez en vez por el golpear
isócrono del martillo en una herre-
ría escondida en sabe Dios qué reco-
veco de las calles que rodean el tem-
plo, o la algarabía de los pardales
que en el tejado de la iglesia pro-
mueven holgorio bullanguero al re-
partirse las migajas que de sus ban-
quetes dejaron las cigüeñas en los
nidos... Pero pronto se acallan estos
ruidos que alteran la quietud de la
tarde, y el silencio torna a reinar, en-
volviéndonos con su hondo misterio
como un manto de tejidos sutiles, in-
visibles, que adornecen el espíritu
en una dulce ensañación, levantando
y encendiendo vivamente en nosotros
esa partícula de sensibilidad poética
que todos llevamos dentro del alma
y que nos hace mirar las cosas que
nos rodean con ojos que escrutan el
más allá de su objetividad, calando
hondo en ellas hasta encontrar la
poesía que palpita oculta.

Nuestro mirar se posa en la fabri-
ca de la iglesia, de imponente traza,
y resbala por los muros, austeros, de
líneas rectas, rotundas, sin entrantes
ni salientes que adornen su visión.
Arriba, en el tejado, ningún alarde
de crestería; una simplicísima corni-
sa rematada por las tejas que vien-
ten las aguas llovedizas; ni una gár-
gola, ni un grifo, ni un canalón. Por
eso su aspecto da sensación de seve-
ridad, de rígida disciplina dórica, que
excluye toda ociosa ostentación. Ado-
sado a la base de la cruz que forma
el cuerpo del templo está el campari-
o, que se eleva airoso y mayes-
tático. Los muros del edificio están
desconchados de puro viejos, y tienen
el tono inconfundible que imprime el
paso del tiempo en el rodar de los
siglos.

En alas de la fantasía, damos rien-
da suelta a la imaginación, y vemos
el trajín de su construcción: el ir y
venir de los acarreadores de grani-
ticas rocas traídas de los cercanos
canchales; los esfuerzos titánicos de
los albañiles; el bullir de herreros,
carpinteros y pintores bajo la vígi-
lancia de aparejadores y sobrestantes,
todo lo cual causaría gran pasmo en
los sencillos habitantes del lugar,
asombrados de ver alzarse sobre el
solar de la antigua iglesia de Santa
María esta otra que yergue majes-
tuosamente su mole.

En tales consideraciones andamos
cuando vemos que el campanero abre
la puerta que por este lado da acceso
al templo, y al punto nos viene en
gana adentrarnos en él para sabo-
rear las evocaciones que sin duda ha-
brán de levantarse en nosotros a la
vista de su interior, porque siempre
los lugares que como éste tienen el
sello fuerte de las cosas de antaño
hablan, en su mudez estática, de los
seres y hechos que pasaron.

Consta su interior de una grande
y espaciosa nave en forma de cruz.
Los muros son recios y elevados, re-

matados por bóvedas magníficas y un
tanto atrevidas, particularmente la del
coro, que llama la atención de todo
docto visitante. Mora en ella una cal-
ma deliciosa, una paz de ambiente
monacal, que es sedante de las almas
doloridas que buscan consuelo para
sus tribulaciones. Y en verdad que lo
pueden encontrar en estos cruceros
sumidos en una suave penumbra, mi-
tigada apenas por la pálida luz del
sol que penetra por los altos ventu-
rales y se quiebra en mil irisaciones
al chocar con los remates brillantes
de los altares.

Nuestra atención se fija en el que
se percibe al fondo: en el altar ma-
yor. Es de estilo plateresco, y sus
filigranas primorosas, que en tiempo
debieron ser de un dorado esplendoroso,
obrizo, hállanse al presente
oscurecidas por el orin de los siglos.
En su cima, como airón señero del
retablo, campea la cruz florielisada
de la Orden Militar de Alcántara.
¿Cómo es que tiene este emblema?
¿Acaso porque el pueblo perteneció
a los dominios de la Orden? No; y
bien claro lo dice el contraste que se
echa de ver entre el rico ornamento
del retablo, verdadera joya del arte
renacentista, y la sencillez austera
del edificio, con aire de patrón dórico,
donde aquél muestra su magni-
ficencia. Su marco propio no es éste;
perteneció a la iglesia de San Beni-
to de Alcántara, hasta que en abril
del turbulento año de 1868 fué traído
a San Vicente de Alcántara. En
aquella iglesia prioral era también el
retablo del altar mayor, ante el cual
realizaban sus juramentos y prácti-
cas religiosas los Caballeros de la
Orden.

Nos acercamos con paso quedo has-
ta las gradas del presbiterio, y un
momento, parécenos que estamos con-
templando una de aquellas ceremo-
nias que antaño se celebraron ante el
altar. Corre el siglo XVI o el XVII.
Las naves del templo se encuentran
repletas de gentes deseosas de pre-
senciar el acto de dar el espaldarazo
a los neófitos Caballeros, que son
apuestos mancebos de hidalgos lina-
jes; por sus venas bulle sangre de
cristianos viejos; visten sus arrogan-
tes figuras con indumentos de tonos
oscuros y aspecto severo, que cuadra
muy bien con el gentil continente de
sus personas y la noble expresión de
los rostros, que cautivan la atención
de las damas, a quienes se las ve allí
donde la muelle alcatafa; hay tam-
bién Caballeros ya consagrados que
lucen con prestancia la cruz de oro
y verde y el manto blanco de las so-
lemnidades. El momento en que los
vemos es emocionante. Están juran-
do los votos que señalan los Estatutos
de la Orden, y prometen ser
cristianos y caballeros, fieles a su rey
y a su Patria, y, a fuer de caballeros
españoles, se obligan a "profesar y
defender el purísimo misterio de la
Concepción de Nuestra Señora", vo-
to que allá por el año 1546 sustituyó
al de castidad de los tiempos primi-
genios de esta esforzada institución
militar... Acabado esto, presto les
imponen "la Insinia e hábito".

Los pasos torpes y rastreados de
una vieja devota nos sacan de nues-
tro ensimismamiento, y salimos del
templo cuando ya el sol arroja una
luz mortecina, moribunda...



Joaquín Turina compone al piano las estrofas de su poema religioso.

"TAJO" EN EL ESTUDIO DE LOS ARTISTAS ESPAÑOLES

Joaquín Turina habla de la rehabilitación de la zarzuela y de los horizontes que ofrece el cine a la música

—Soy sevillano "cien por cien"—
comienza diciéndonos el insigne maes-
tro Turina, gloria preclara de la
música contemporánea española.

Inicia así su conversación porque
alguien ha dicho recientemente que
era natural de Sanlúcar de Barrame-
da. Nada de eso; lo ocurrido es que
el Ayuntamiento de Sanlúcar le nom-
bró hijo adoptivo, y de ahí nace la
confusión. Turina es de Sevilla, y to-
da la obra del compositor está im-
pregnada del hechizo maravilloso de
aquella tierra.

—¿Antecedentes, de su arte en la
familia?

—Ninguno. Mi padre era pintor.

—¿Cómo nació su vocación?

—De un modo pintoresco. Era yo
muy chico todavía cuando una an-
tigua criada de mi casa me regaló un
acordeón. Estaba yo entonces en la
clase de párvulos de un colegio de
beatas de la calle de San José, de
Sevilla; el mismo que pinta don Ar-
mando Palacio Valdés en su novela
La hermana San Sulpicio. Como le
digo, la sirvienta me regaló un acor-
deón, y con él acompañaba en sus
canciones a las niñas del colegio.
Aquellos primeros pasos despertaron
mi inclinación decidida hacia la mú-
sica. Después, ya en serio, comencé
a dar clase con el maestro García To-
rres, de la capilla de la catedral. A
él le debo la buena orientación que
me dieron sus enseñanzas. García To-
rres era hombre de inspiración dulce,
un poco a la italiana. Me enseñó
cosas que luego no he tenido que
rectificar. Pasados unos años vine a
Madrid; murieron mis padres, y, si-
guiendo los consejos del pintor Ville-
gas, en 1905 me trasladé a París; en-
tré en la Escuela Cantorum y estu-
ve viviendo en la capital de Fran-
cia hasta el año 14, en que estalló
la guerra europea.

Puede decirse que en París hizo
Turina su brillante carrera de com-
positor. Allí escuchó los primeros
aplausos al estrenar su *Quinteto* pa-
ra piano y violín, que le valió la fe-
licitación de Albéniz. Siguió después
Escena andaluza, para piano, viola y
cuarteto de cuerda, y el triunfo defi-
nitivo con *La procesión del Rocío*,
que cimentó para siempre su presti-
gio musical. Sus obras se escucharon
con entusiasmo en toda Europa. Lon-
dres, Alemania, Austria, Italia, Bél-
gica, admiraron la labor artística de
Turina. Hubo momentos en los que
su música era más conocida fuera
que dentro de España.

—¿Ha escrito usted para el tea-
tro?

—Creo que no sirvo. De todas ma-
neras, he estrenado algunas cosas,
siempre con Martínez Sierra. Recuer-
do la zarzuela *Margot*, *Navidad y Jar-
dín de Oriente*.

—¿Cuál es su trabajo actual?

—Tengo un libro de los hermanos
Alvarez Quintero, que me leyó Se-
rafin unos días antes del 18 de ju-
lio de 1936. Se titula *Pregón de flo-
res*, y en él trabajo. Estoy escribiendo
también un poema religioso, pro-
messa que hice por haber salido con
vida de las penurias de la guerra
española, que pasó en Madrid. Ade-
más me ocupan el tiempo la Comisa-
ria General de Música, la Orquesta
Nacional, el Quinteto de Cámara, la
cátedra de Composición en el Con-
servatorio, la Academia y el perio-
dismo. La Agencia Logos, la revista
Letras, *Digame...* ¡Todo el día ocu-
pado!

—¿Qué horas dedica a la música?

—De tres a seis de la tarde, y no
todos los días.

—Muy poco tiempo—decimos sin-
ceramente. Para bien de la música
española, Turina debiera desconges-
tionarse de algunos trabajos ajenos
a su creación.

Y abordamos el tema de actua-
lidad:

—¿Cómo interpreta usted la crisis
que padece el arte lírico?

—La zarzuela se rehabilitaría si
encontrase un camino nuevo; mien-
tras se empeñen en seguir la misma
ruta, ya gastada, no conseguirán ha-
cer más que una imitación, y eso al
público no le interesa.

—Acaso el cine...

—El cine le puede al teatro, porque
sus recursos son otros. El cine es
una máquina sujeta a continuo pro-
greso, a continuas evoluciones. El
teatro crea un repertorio, y el cine no
podrá hacer eso nunca. El teatro es

un arte, y el cine una máquina, re-
pito. Tiene las posibilidades de las
máquinas. ¿Qué pasaría si se cerra-
ran de pronto todos los Estudios ci-
nematográficos? Que el cine se mo-
ría. ¿Y si dejaran de escribir los au-
tores teatrales? Que el teatro segui-
ría viviendo, porque tiene solera. El
teatro es un arte; el cine es un pro-
ducto de la industria.

Hablando de los horizontes que la
cinematografía puede ofrecer a la mú-
sica, Joaquín Turina se muestra pesi-
mista.

—En la interpretación de un poema
sinfónico que después ha de escu-
charse en una película lo hace todo
el ingeniero de sonido. En la cabina
misteriosa donde este hombre se en-
cierra sufre las más absurdas trans-
formaciones la labor de la orquesta.

Dejamos el tema, y Turina nos re-
fiere a continuación anécdotas de sus
viajes por el Mundo.

—En Nueva York he vivido diez
días, mientras reparaba una avería
el barco que me trajo de Cuba. En
tan corto tiempo tuve ocasión de co-
nocer el Canadá y las cataratas del
Niágara. En Cuba había pasado tres
meses, que empleé en dar un ciclo de
conferencias en distintas poblaciones
de aquel simpático país. El viaje su-
cedió allá por el año 1928. Por cier-
to que entonces caí enfermo en la
Habana, y el médico que me asistió
fué más tarde presidente de la Re-
pública, antes de subir al poder Ba-
tista.

—¿Qué proyectos de trabajo tiene
actualmente?

—Muchos. Pero me falta tiempo.
Siempre pienso que voy a organizarme
la semana que viene. Veremos
cuándo llega esa semana.

Y dejamos al maestro Turina so-
bre las teclas del piano, entre el pri-
mor de sus notas musicales, que en-
cienden de entusiasmo.

ANGULO

LOS LIBROS DE QUE SE HABLA

BIOGRAFÍAS:

	Pesetas
Catalina de Médicis (por Franchi)	20
Jaime I (por Sarmiento)	20
Catalina la Grande (por Kaur)	25
Memorias de la Infanta Eulalia	20
Vida de españoles célebres (por Quintana)	20
Figuras y leyendas mitológicas (por Genest)	15

NOVELAS:

Lección de amor sin palabras (Tomás)	10
La aldea olvidada (Kroger)	25
El asilo de huérfanos (Ortoll)	10
El chofer de María Luz (Pérez y Pérez)	10

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

BARCELONA

Divagaciones ingenuas sobre los recientes conciertos de "jazz"

Las matinales audiciones de música moderna, y en la presente temporada—hecho acaecido en uno de los coliseos madrileños—, nos mueve a sacar a la palestra el tan debatido tema de la consistencia o inconsistencia musical y artística del "jazz".

Musicalmente ortodoxos y amigos de dar trascendencia a cualquiera de las gamas de la paleta musical que estéticamente nos conmueva en su especial colorido, no podemos dejar de mentar a la música mundial actual, que, adentrándose en el alma de toda la generación joven, ha constituido y formado en la historia de la música un género más, un género nuevo, un género a añadir. De cuyo género —¡pueden sonreírse los incrédulos míopes!— quedarán en el futuro las obras clásicas del mismo, a modo de líneas claras con que perfilar nuestra época; del mismo modo que al escuchar un minué nos trasplantamos —en salto atrás— a la era de los cabellos empolvados, de las casacas con encajes y de los "rendez-vous" ceremoniosos...

La música de "jazz" constituye "un momento" en la historia de la Humanidad, el cual es preciso no negarlo y combatirlo con las flechas medievales y gastadas de un carcaj blando e inconsistente a la vez que infantil—música negroides, disonante, de estrépito, "de baile", monótona, etcétera—, sino acercarse a él, con el ánimo estético bien dispuesto en sensibilidad amplia y honda. Porque no olvidemos que todo criterio partidista—en pro o en contra del "jazz"—es reflejo fiel de un alma mezquina, incapaz de sentirse conmovida y emocionada al aliento de lo bello.

¿Belleza en el "jazz"? Sí la hay; y grande. De la misma manera que existe en un villancico o en una canción folklórica, en un cuarteto o en una sonata, en una sinfonía o en un minué. ¿Bello todo cuanto de "jazz" escuchamos? No; eso es ya otro cantar. La razón la tenemos clara si pensamos en que tampoco todas las obras de la llamada música clásica nos deleitan y conmueven. No todas las obras de tal o cual "clásico" o "romántico"—términos ambiguos y de despieste—gustan por igual; existiendo algunas, francamente, ayunas de emocionalidad estética. Y este último sentir—abarcado a la producción total de los compositores todos; antiguos y modernos, altos y bajos, sencillos y grandiosos—es el que nos agrada contemplar en el paisaje espiritual de ciertos músicos o deleitantes, de un atalayar partidista y alcornado y estrecho, cual de un mirar al través de una rendija.

No vemos "incompatibilidad" en los gustos musicales que nosotros deparamos para cada una de las formas, de las envolturas, del hábito que puede adoptar el fondo único y artístico de la Música.

Heme extasiado con buena música, en cualquiera de sus ramificaciones, y no tengo inconveniente en recordarme a mí mismo cómo ha sentido mi alma la embriaguez de un coral de Victoria o de Lassus, al causarme más emoción que una sonata o una de las mediocres sinfonías—o de las "menos buenas"—de cualquiera de los

"clásicos"; y cómo, efectivamente, he quedado extático ante la audición de una buena sinfonía o de un buen cuarteto, con más dulce transporte que si hubiese escuchado una sucesión de obras de "jazz", ¡de tantas y tantas que se escriben...!

Aunque también recuerda mi alma la dulce espiritualidad y arrobo en que vióse sumida en muchas veces, cuando escuchando algún "lieder" del siglo XX—"foxtrots" lentos; vales lentos—, lamentaba no haber sentido dicha vibración sentimental en muchos de los "lieder's"—canciones—del siglo XIX, y que nos ofrecían como melodías románticas, aromadas en lirismo...

Y es que para oír música no hay que pensar con el cerebro: hay que sentir con el espíritu, con el corazón. Nada de "pre-juicios" que nos hagan preguntar: "¿Esto, qué es? ¿De quién es...?" Pongámonos en sintonía los oídos del alma; y escuchemos. Si la particular emoción estética nos conmueve, ¿por qué hemos de pensar si la obra captada es una "serenata", o un "canto regional", o una "misa de réquiem", o una "sinfonía en cuatro tiempos", o un "foxtrot" rítmico o sincopado?

Y no es que pidamos imposibles; no. Pedir imposibles es que un hombre que coloca su cenit en Giovanni Pierluigi de Palestrina, comprenda a Bach; que otro, que planta en su pináculo a Mozart, sintonice con Beethoven; que tal otro, que tiene culto a Chopin, adore a Wagner; que este otro, idólatra de Strawinsky, ame y comprenda... ¿a quién?

Pero un músico del siglo XX, un deleitante contemporáneo, debe sentirse inundado por todas las buenas obras de todos los buenos compositores: tanto de los siglos pretéritos, como de los años actuales.

"El "jazz-band"—ha dicho Benavente en una de sus creaciones—es como nuestras almas, donde entre los mil ruidosos estrépitos discordantes de nuestra vida, se oculta y aparece y vuelve a perderse la melodía de nuestras almas, que es lo que hay de divino en ellas, y que en todas existe y en todas se percibe, si con amor nos acercamos a ellas." Y si tal hecho se da en lo llamado estrepitoso—"jazz hot"—¿qué no decir de la faceta del "jazz" plena en romanticismos y en melodías inefables—"fox lento"—, y que a modo de un cántico del alma nos habla de amor y de ensueños y de idealidad...

Amemos, pues, y desde nuestra atalaya, la buena música; la que, desprovista de concepciones matemáticas o artilugios de fórmulas, nos hace sentir la misma o parecida emoción que el artista creador sintió cuando la compuso. Esta es nuestra música: llámese "clásica"; apellídese "jazz".

¡Ah! Y que cuando hay talentos musicales—tratadistas de armonía, directores de orquestas sinfónicas, etcétera—que han comprendido al "jazz" en todo su valor estético de un nuevo "género"—no otra cosa—, da pena leer opiniones desquiciadas, carentes, en el fondo, de disposiciones para la música, a juzgar por las muestras.

LUIS ARAQUE

La señorita Primavera, en escena

Por ALGAR

Es la hora malva, saturada de todos los perfumes, tremendamente espiritual y sensitiva, del atardecer. Es un tibio, silente y recoleto rincón de un vetusto, evocador y aplomado jardín imperial. Es en preludio cuajado de primavera y en el momento doreo de la última luminaria vespéral.

Síntesis del instante, dos figuras descansan sobre el verde barandal que encuadra el velazqueño paisaje. Una es fina, pequeña, suave; la otra, más espectacular y moderna. Triunfan, sin embargo, en ambas, los ojos inmensos, en los que rie siempre la canción de la vida; los labios, carnosos y coralinos, a cuyo conjuro cristalizan rosarios de sonrisas y diademas de gorjeos de los pájaros de primavera; el pelo, dispar: en una, azabache y revuelto como mar de fondo; en otra, cabello blanco de princesita de leyenda.

Y es Mari-Loli quien afirma, filosófica:

—Otra vez la Primavera. Parece que fué ayer cuando se nos escapaba por las últimas esquinitas de junio.

Dora Isabel capta el acento de su amiga, e inquiere:

—Ello, ¿te entristece?

—Me preocupa y me agrada. Es volver a lo más bello de la vida. A nuestro femenino y gran instante vital. Primavera: es decir, renacimiento. Sin embargo, me aturde, porque vuelven a surgir todas las dudas de principio de estación, más rotunda en ésta, que considero, como mujer, definitiva.

Sonríe Dora Isabel, y concede:

—Sí; ya. Otra vez las eternas incógnitas; los vestidos, los sombreros, los zapatos, el peinado. En fin, nuestro pequeño y gran mundo, a la vez. Todo él girando sobre el eje de nuestra vida: el gustar a los hombres.

Protesta Mari-Loli:

—¿Crees que ellos son, siempre, el norte de nuestras preocupaciones? Yo nunca pienso más que en favorecer mi silueta, por propio sentido de la estética.

Nueva sonrisa nace en los labios de Dora Isabel:

—¿Lo crees así? Generalmente, el mundo se equivoca, con gran frecuencia y frivolidad. Nada, pues, tiene de extraño que a ti te suceda lo propio. Sin embargo, dejémoslo; ello no es, ahora, lo fundamental. Hablemos un poco, pues, de nuestra propia estética.

Es Mari-Loli la que interroga:

—¿Qué características gene-

rales surgen en esta primavera?

—Dos factores decisivos marcan la ruta de la moda: la estación y la independencia.

—¿Quieres aclarar los conceptos?

—Escucha: primero, la estación. El mercurio sube en el cristal. Su majestad el sol florece nuevos rumbos vitales. Es en esta época el estallido rotundo y creador de la vida. Todo se renueva, renace y remoja. Todo: los árboles, el paisaje, el hombre. Incluso las piedras se ofrecen como más aligeras, menos aplomadas. Y todo ello se refleja en el gran concepto femenino de la primavera: juventud. El verde de los árboles surge suave, plúmbeo, rozagante. Así, pues, nuestros vestidos: telas ligeras, mejor aún, vaporosas. Hay que lograr lo grácil, la silueta muy de la hora, no puedo decir muy del siglo, porque sería lo absurdo, cristalizado.

—¿Y consecuencia de ello?

—La economía de tela; por eso continuarán esta primavera los vestidos esquemáticos, las faldas cortas, tal vez demasiadamente cortas.

—Son más estéticas.

—Para quienes como tú tienen la fortuna de que las líneas estén cuajadas de eurytmia, sí. Pero a aquellas otras muchachas cuyas piernas adolecen de pronunciados músculos, amacotada estampa, pronunciada chochuela, no deben exagerar la nota. Hay que pensar que el hombre es duro analista, propicio a reír lo ridículo.

—Conformes con esto. Pero no con lo de ahorro de tela en la falda. Si bien la moda americana lo defiende, la europea comienza a atacarlo. Por ejemplo, Berlín, acaba de lanzar un modelo primaveral con esbozo pronunciado de viejo mirriñaque.

—No es moda. Considéralo extravagancia. Imaginate, vestida así, en el Metro, a la hora de oficina.

—Sin embargo, el hecho real es que se aumenta la tela.

—No perdurará la tendencia; descuida. Las mujeres nos hemos hecho, si ya no lo éramos, muy prácticas.

—Como última razón me has dado ésta: la independencia. Ello, ¿qué es?

—Mejor que independencia, variedad. Este término encaja mejor, el fenómeno. Porque nunca el Mundo ha vivido más desorientado que ahora. Consecuencia de ello, que cada uno, en su casa, se sienta rector absoluto de ella. Y deje, por esta causa, libre acceso y fácil cristalización a su fantasía creadora. De ahí los modelos dispares, que aun con estos denominadores comunes —cintura estrecha, caderas amplias, falda de tonel—, en verdad no establecen, de modo alguno, cánones de ninguna especie. Se llevará todo y se lucirá todo: desde lo más exquisito hasta lo más exótico y extravagante.

—¿Y ello también en los sombreros, zapatos, adornos?

—También. A mayor ventaja de nuestros bolsillos y dentro, cloro está, de las características fundamentales que marca la estación.

Y de esto, ¿qué opina la Bella Luteia?

—¡Oh! París vive, crispado, más que nadie su propio desconcierto. Los modistos cuyas firmas han recorrido en triunfal apoteosis el Mundo entero, se reconcentran en sí mismos, y aunque intentan abrir viejas rutas gloriosas, sus creaciones raramente traspasan las fronteras. También la guerra muerde aquí. Y por otra parte, Berlín y Roma presentan batalla a la Villa Luz, batalla enconada, dura y decisiva, que se está ventilando actualmente.

—¿Y París no se defiende?

—¡Oh, sí! Pero... En fin, ya es tarde; tal vez mañana te cuente la tragedia de París. Ahora, ¿quieres tomar conmigo una copa de vino español?

Cuidado con los enfriamientos



Dolor de cabeza

es muchas veces el primer indicio de un enfriamiento. En vez de soportarlo, conviene tomar

Instantina

que corta los resfriados y sus dolores.

Consulte con su médico

Aprobado por la Censura Sanitaria N.º 1404

Para el próximo número de TAJO, nuestro colaborador Algar nos ha prometido un muy interesante reportaje titulado "MADRID PRESENTA SUS MODELOS DE PRIMAVERA", en el cual hará desfilar las más brillantes creaciones de nuestros modistos más acreditados.

LUCHI SOTO va a interpretar en el cine «La Musa Pasional», del romántico Bécquer

La travesura infantil que revela a una estrella.-Con las tapas de los libros de texto sacaba pintura para teñirse los labios de rojo.

Si no hubiera nacido artista, declara, querría haber sido millonaria

Luchi Soto es la estrella española de los más resonantes éxitos. En plena juventud, tiene fama, gozando las mil caricias de la popularidad. Es simpática, atractiva y trabaja en el cine muy bien. Este es su secreto, esta es su arma, este es su talismán. Gracia, naturalidad, sencillez.

Esta entrevista ha empezado hace mucho tiempo. Algunas sinceridades de la amiga, que el reportero puso en sus cuartillas con justificada audacia, hubo de rechazarlas Luchi Soto; puede hablar franca, clara, íntimamente, pero en correspondencia a ello, quiere que cuanto manifieste no salga a la luz pública. Así, no puede decirse de ella que va a... con el notable galán... dentro de breve tiempo, ni que odia ferozmente los calamares, en su tinta; sin embargo, le gustan mucho los bosques y las peñas, y le gustaría morir interpretando el «Vals de las Olas», del Danubio azul, en un día de horribona tempestad, en medio de la inmensidad oceánica...

Luchi Soto es espíritu selecto, original, fino. A instancias mías, y luego de interrogarle sobre diversas cosas concretas, comienza a hablarme:

—Pues, sí, efectivamente; recibo muchas cartas de admiradores, de todos los sexos habidos y por haber. Cartas de amistosa gracia, de pretensiones amorosas, de coleccionismo postal, de guardadores de autógrafos.

—¿Y aconsejándote, no recibes ninguna?—inquiero.

—También, también, no creas. Me enviaron una en la que me indicaban que no me retratara «como las artistas españolas, con posturas diablescamente sugestivas», porque —indicaban— a pesar de ir muy bien en el cine, a mí, personalmente, me van muy mal. Que lo hiciera, por ejemplo, como Katharine Hepburn, con la boca entreabierta... ¡Si yo tuviese los labios cortos, como le pasa a ella!

Luchi calla un momento, hace una transición y me espeta:

—Pero, estoy pensando yo, ¿cuántas entrevistas me llevas hechas ya?

—¡Ah, no sé; probablemente pasen de tres y no lleguen a trescientas!

—Te lo digo a propósito de la novedad. Quizá sea poco lo que pueda decirte nuevo. ¿Y como mentir no me gusta! Aquí la cuestión. ¿Hace que recordemos?

—Acepto, Luchi. La cosa es que me hables, lo mismo recordando, inventando, refiriendo, que improvisando. Y con estos bárbaros gerundios, va la primer pregunta: ¿cuántas declaraciones de amor has recibido?

—No las he contado. He sido siem-

pre en esto un poco ingenua. Yo no tuve novio hasta los veinte años.

—¿Y hoy, lo tienes?

—Cuando lo piense, ya te contestaré a esta pregunta. Sigue interrogándome.

—¿Cómo se te ocurrió dedicarte al cine?

—Por pura afición. De estudiante en el Instituto Cervantes, donde cursaba el bachillerato, tengo recibidas muchas reprensiones por mi desaplicación en las matemáticas. Y todo era porque me iba cotidianamente a ver cine. Me pintaba con las anilinas geolorantes que tenían las encuadernaciones de los textos. ¡Y hay qué labios, me ponía! Ensayaba gestos fatales, con boca y ojos. Con mi afán de imitar a Marlene Dietrich, yo cifraba toda la ilusión de mi vida en trabajar en la pantalla.

—Y esto, concretamente, ¿cómo llegaste a realizarlo?

—Escapándome de casa, con mi hermano, a los Estudios de la C. E. A., donde a la sazón rodaba Pepe Buschs, amigo de casa. Papá se enfadó mucho de esta escapada y fué a los Estudios indignado en mi busca. Yo logré calmar su furor... ¡Y le convencí de que mi camino sería el «plateau»! Desde entonces, mis papás mis mayores admiradores.

Dentro de la entrevista yo pienso en todo el caudal artístico y múltiple que ha desplegado Luchi a lo largo de los siguientes títulos: *Diez días de milloñaria*, *Crisis mundial*, *Nuevas rutas*, *La bien pagada*, *Rumbo al Cairo*, *Madre Alegría*, *El 113*, *El bailarín y el trabajador*, *Morena Clara*, *En busca de una canción*, *Las tres gracias*, *La marquesona*, *La malquerida*, *El famoso Carballeira*, *Harka*, *Escuadrilla* y *Sarasate*. En cada película, una personalidad, una interpretación original, un trazo humano diverso...

—¿Tu mayor ideal dentro de la pantalla?

—Interpretar una película de ambiente coreográfico donde lucir mis estudios de danzas clásicas y de carácter. Espero el guión de esa película como santo advenimiento.

Y para mis adentros, yo pienso en escribirle uno de admirable argumento, en torno a la leyenda de una danzarina de la corte española de hace algunas centurias, y cuyas facetas de amor hicieron célebre el personaje en los fastos del arte nacional pasado...

¡Pero eso de que me hagan falta siempre quince minutos para el cuarto de hora!



En esta escena de «El famoso Carballeira», Luchi Soto brinda con una espumosa copa de champán y sonríe. En sus labios hay un lirismo plástico y un delicioso gesto de triunfo perenne: juventud, arte, gloria...

—¿Cuál es, para tu gusto, tu mejor film?

—Escuadrilla; te advierto que el público, en esta apreciación, coincide conmigo. Y por agradarme, lo subrayo, naturalmente.

—¿Te agradan las exclusivas de las productoras?

—Yo no las acepto, porque de este modo me libro de que me impongan papeles que no me puedan «ir». Por esto mismo he rechazado recientemente varios contratos, pues comprendo que no eran personajes ajustados a mi temperamento. Y prefiero estar sin trabajo a comercializar mi arte.

—¿Qué proyectos inmediatos tienes?

—Me han escogido para interpretar la protagonista de la película *Bécquer*, donde haré la musa apasionada del vate sevillano. Trabajaré en una cinta que dirigirá Rafael Gil, y en otra, entre estudiantil y deportiva...

—Como final, amiga Luchi, te voy a hacer esa pregunta boba que han hecho tantas veces mis colegas: ¿si no hubieras nacido artista de cine, qué hubieras preferido ser?

—Millonaria, pero con muchos millones.

Luchi Soto se ha bajado de la mesa del comedor donde estaba sentada. Me indicó al principio que adopté esta posición por costumbre, y, al mismo tiempo, para contrarrestar lo



En «Sarasate», Luchi Soto encuentra una de sus más propicias ocasiones de quedar admirablemente. Este primer plano romántico cien por cien, parece escapado justamente de un lienzo de Vicente López. ¿Qué hace Luchi? ¿Aspira las fragancias de las flores o mira al fotógrafo con deseos de que la saquen tan bonita como es ella?

que ella supone mi buena talla. La bella, la simpática, la culta, la atenta Luchi Soto, queda leyendo en la delicia aburguesada de su mansión.

En sus manos, depositadas cual relicario de gracias sublimes y enjoyados deslumbres, las *Rimas de Bécquer*. Tal vez, gozosa, anhelante, infantil, sentimental, al leer el verso tan conocido que voy a transcribir, cojo, sonrío:

«Mientras haya unos ojos que reflejen los ojos que los miran;

... .. ¡Habrá poesía!

José ALTABELLA



«¿A quién miras? ¿A mí o a la carabela que está a mis espaldas?», parecen interrogar los ojos de la bellísima damita Luchi Soto al galán Luis Peña. Claro que esto es diferente, bastante diferente de la escena de «Harka», de que se trata en verdad; al juicio de su protagonista femenina, su mejor película

Cinema BILBAO

Sábado de Gloria

PORQUE TE VI LLORAR

PASTORA PEÑA

y

LUIS PEÑA

Distribución CITESA

TAJO 13

Mística y Tragedia

La nueva presencia de San Juan de la Cruz con motivo de su IV Centenario reverdece el tema de nuestra Mística y nos devuelve a la meditación del misterio de nuestra literatura, exuberante en lo místico e incapaz para la Tragedia.

De los tres pueblos occidentales que han creado un teatro original —el griego, el español, el inglés—, somos los únicos que carecemos de Tragedia, pues el hecho de que Lope y Calderón hayan intentado exploraciones por el género trágico sólo han servido como contrapartida para demostrar hasta qué punto carecemos de profundidad y carácter para crearlo. ¿De qué raíz pristina nace la incapacidad del español para la Tragedia? Y junto a esto, ¿de dónde surge ese impulso vertical que nos ha hecho crear una Mística, la más elevada y encendida dentro de las literaturas occidentales? Ambas cuestiones, aunque aparentemente distanciadas, convergen en un origen común: la concepción española de la vida.

No se conocen más que dos tipos de tragedia: la "clásica"—griega—y la "moderna"—inglesa—, como las llama Víctor Hugo, o, empleando la terminología de Spengler, la apolínea y la fáustica. En la tragedia clásica se plantea la lucha del hombre contra la fatalidad. La tragedia nace cuando la ecuación dual Hombre-Destino no tiene más que una solución: impotencia, el hombre que sucumbe encadenado (*Prometeo*, de Esquilo). En la tragedia moderna la dualidad se traslada a cada interior humano y se resuelve unas veces como desequilibrio entre pensamiento y acción; otras como indecisión y duda (*Hamlet*, de Shakespeare); siempre como incongruencia de un carácter. El Hombre—perdido su sentido integral y orgánico que le dio la Edad Media—se siente roto, descoyuntado, escéptico, hasta que se deshumaniza para convertirse en hombre-masa, sin voluntad creadora, sin un proyecto de vida ("Hombre-masa es el hombre cuya vida carece de un proyecto y marcha a la deriva", Ortega y Gasset) y, ya en la pendiente, se torna anárquico y satánico como en *Gog*, de Papini.

Ahora bien: ninguno de estos tipos de Tragedia es concebible desde un punto de vista español. Uno y otro envuelven la premisa de una antinomia radical entre el Hombre y el Destino o entre las distintas partes de un Hombre desintegrado. Pero la interpretación española, ortodoxa, es orgánica por excelencia. Ella integra en un sistema unitario las tres realidades Cosmos-Hombre-Dios con un sentido de subordinación, excluyendo así la posibilidad de una ruptura irresoluble entre el hombre y su camino —que entre nosotros no se llama Fatalidad, sino Providencia—. Este tér-

mino—Providencia—nos hace inasequibles a la tragedia clásica; porque en aquella el Hombre se sentía solo frente al Destino, que le aplastaba. En cambio, Providencia es compañía, promesa, ayuda, esperanza, una vigilia constante en defensa de las almas. (Aquí cabría abrir un paréntesis para insinuar esa ancha teoría de la Gracia de nuestros teólogos clásicos.) De esta manera, lo que en la tragedia clásica era "oposición" entre el hombre y la fatalidad se ha convertido entre nosotros en "compensación" entre el hombre y Dios. El hombre sabe que son muchos los caminos que le conducen a Dios y que El es el término único, y el afán por buscar ese término le impulsa a buscar un camino, inquieto por el ansia de Su compañía, dando realidad a las palabras de San Agustín: "Para Ti nos criaste e inquieto estará nuestro corazón hasta que descansen en Ti." La única tragedia que cabría es la de

la "desesperación de salvarse", la sensación de un abandono absoluto de nuestra alma por parte de Dios y ésta ya ha sido intentada—con poca valentía—en nuestro teatro clásico por Tirso en *El condenado por desconfiado*.

Algo análogo nos acontece con la Tragedia moderna, la de la dualidad en el interior del hombre. Bajo la perspectiva de una interpretación española el hombre adquiere unidad orgánica que excluye aquella dualidad. Además, de existir conflicto entre dos principios opuestos en el interior del hombre, este conflicto no admite la solución de una duda pasiva, sino que se resuelve siempre en el principio activo de una lucha o en un estoicismo militante. (Recuérdese el concepto de "senequismo" aportado por Gárgil.) La lucha interior del hombre es algo que responde perfectamente al concepto español de la vida. Desde Séneca y a través de Vives y San Ignacio sabemos que "la vida es milicia", esto es, lucha. Pocos pueblos como España han asimilado esta concepción paulina de la vida. El hom-

bre debe luchar consigo mismo para vencerse. Y ¿qué es esto sino Ascética? Ascética; vencerse antes de querer emprender el viaje hacia Dios: antesala y complemento de la Mística. Pero debe luchar también para sobrevivir, para saciar el hambre de inmortalidad, de permanencia, este hambre que tanto atormentó a nuestro gran místico frustrado don Miguel de Unamuno.

De la misma raíz profunda que nace la Tragedia en los teatros griego e inglés, nace, pues, la Mística en nuestra literatura. La Providencia —que ha venido a sustituir a la Fatalidad—nos revela la constante presencia de Dios junto a nosotros y la contorsión estéril y agónica del hombre de Occidente es en nosotros armonía creadora de un impulso vertical, vehemente y glorioso.

Ayax se atravesó el corazón con una espada y se quedó sin vida. Hamlet sembró en su corazón la duda y se quebró su carácter. A Santa Teresa le atravesó el corazón la saeta de un Ángel y lo incendió de amor.

JOSÉ PEDRO SOLER

ATARDECER EN EL CAMPAMENTO

La hora del "Angelus"

La aguda mirada del pequeño flecha se adentra en la penumbra gris del bosquecillo de pinos que circunda el Campamento, sumiéndolo en un olor de hojas verdes y de resina. Y luego de saborear con sana emoción juvenil el agreste paisaje, sus ojos miran hacia el fondo donde el azul hermoso de las aguas marinas trenzan una bella ilusión de espuma al romper en la arena movediza y ensortijada. Pujante de bríos, el flecha eleva al aire su pecho repleto de salud, y su cuerpo musculoso y bronceado por el duro quemar del sol y el agua—extraña comunidad tan propia para hombres de esforzado temple—se muestra como los viejos atletas helénicos al comienzo de sus carreras. Una ilusión de vida llena las almas todas. Y el flecha en el atardecer de este día azul y verde—de sal y de clorofila—ve a sus camaradas, vibrando sus camisas al viento del atardecer arrojados ante el capellán, mientras van desgranando las salmodias de unas oraciones. ¡Es el *Angelus* sencillo y severo de un Campamento de verano de las Organizaciones Juveniles!

El flecha eleva su fusil enhiesto —como una afirmación de verticalidad—hacia el otro azul del cielo, alegre como la risa de los jóvenes camaradas. El yugo de su camisa devuelve tonos de sangre al escaso sol, que se escapa próxima ya su muerte... Y las flechas—destacando sobre las camisas—siguen el mismo sentido que el fusil... Juntas están dos

emociones inquietas que movieron a los hombres y capitanes de España. El cielo y el mar. Ese cielo santo de nuestro Levante mediterráneo, que se prolonga hacia Castilla perdiendo alegría saltón y externa para ganar en profundidad y espíritu; ese cielo que vio San Francisco de Borja y Teresa de Cepeda y Sánchez de Ahumada. Y Mío Cid el de Vivar y el Caudillo Franco, los primeros con ansias de llevar el cielo a España y los segundos con ambición de subir España hasta Dios. Y luego el mar inquieto y buldior, ambicioso de gestas imperiales, ruta de hispanidad y de heroísmo, donde murieron mártires de nuestra armada, de quienes los flechas oyeron hablar en estas tardes del Campamento.

La oración del *Angelus* llena el cielo y conmueve la tierra. Los camaradas del Frente de Juventudes, pupilas ardientes del Caudillo y de España, ambición dorada de un Imperio conquistado a fuerza de heroísmo y de sacrificios, rezan el Ave María como una promesa de santidad.

Los pasos marciales de los flechas rompen el eco de las últimas oraciones, y, mientras tanto, la negra sotana del capellán siembra un colorido de simpatía entre la grey juvenil... Se oyen voces de mando que son obedecidas rápidamente con gestos de varonil rapidez y severa lealtad... ¡Dios mío, si José Antonio, el profeta de la Falange, ingenio vivo y corazón sencillo, hubiese visto a estos bravos camaradas! ¡Cómo su mirada noble se habría abierto viendo

al señor bueno de España, que supo impulsar a la juventud por estas rutas de firmeza. El les hubiera dicho que ser leales a Dios y a España significaba sacrificio e incompreensión, lucha y temple... Y los flechas del Campamento le mostrarían sus armas vigilantes y tensas. Su afán de santos por la ruta de la tierra y de héroes por el camino del cielo.

¡Pobres generaciones mecidas al afán del liberalismo! ¡Qué poco sentíamos nosotros esta España nuestra rota y deshecha antes de la firme avanzada de la Cruzada! Y ahí está el Campamento de la O. J. tan señero en la alta ambición de su pujante imperio de juventudes, mostrando alto la íntima unidad de todos los hombres bajo la limpia espada de nuestro General a quien otro esforzado capitán—Pétain—habría de calificar como la más limpia y hermosa de Europa...

La luz se va ya apartando de los altos penachos de los pinos. Oberón se posesiona de los bravos lugares donde la juventud española da tributos de patriotismo y de catolicidad. Sones de trompetas retumban en el aire y sus notas no sabemos si traen recuerdos de cuartel o de aula, de plaza y zoco o de monasterio... porque ya la unidad fue hecha y todo, con ser vario, es Uno. Y ese Uno es la señera figura de Franco, el Caudillo de la sonrisa, generoso, que con la ayuda de Dios ha sabido dar vida a un pueblo que se dormía en un sueño de muerte...

VICENTE FONT BOIX

BUZON DE NOVELES

Rosita Romani, Manresa.—Es muy interesante lo que nos ha enviado, pero lo encontramos algo flojo. Procure mejorar el estilo, poniendo más atención al escribir. Persevere y conseguirá hacer algo bonito.

Josefina C. Castaneda, Madrid.—Ha elegido usted un tema muy bonito, pero la descripción es cosa muy difícil, y son muy pocos los que la abordan con fortuna. Envíenos alguna cosa, pues nos gusta su estilo.

Andrés Martínez Hernández, Tarifa.—No nos causa molestia ninguna recibir sus trabajos y darle nuestra modesta opinión. El último recibido desarrolla un tema interesante, pero abordado de una manera un tanto artificial; le falta vida, las escenas que refleja no son reales.

A. González Morales, Madrid.—Sus composiciones están muy bien, aunque se nota demasiado en reminiscencias e influencias de otros poetas.

Sus versos son muy inspirados, pero quisieramos conocer algún otro trabajo en prosa.

A. Martín Acha, Barcelona.—Su trabajo es flojo, pero notamos en usted preparación suficiente para abordar temas interesantes. Inténtelo.

Antonio Sánchez Cortés, Cartagena.—Recibidos sus crucigramas, esperamos nos vaya usted remitiendo otros para aumentar nuestra respuesta. Le reiteramos nuestro ruego de que los repase usted convenientemente, pues solemos hallar algún error.

Pepe del Miño.—Rogamos a usted nos remita su dirección, pues nuestra Administración no sabe adónde girarle el importe de su última colaboración.

M. Contreras, Cádiz.—Esperamos nos envíe esos otros originales que nos anuncia en su amable carta de fecha 2, especialmente los de prosa, en la confianza de que podemos publicarlos.

Conforme con su ruego, le remitiremos el importe de su colaboración en la forma que nos indica.

J. Aponte y Díaz.—Ya habrá visto usted que su último trabajo se ha publicado antes que el primero, por considerar más de actualidad. Esperamos siga usted remitiéndonos otras cosas, a ser posible del mismo estilo que éste, que hoy lo publicamos. De acuerdo con sus deseos, le remitiremos esos ejemplares que nos interesa.

Matilde Guerra, Caceres.—Ya habrá visto usted que *Corona* se publicó. Tiene usted grandes condiciones para la novela corta, y la encarecemos nos remita otros trabajos, pues con toda seguridad serán publicables.

Ignacio Estruch, Madrid.—Recibidos sus "Geográficos", veremos de publicarlos en la próxima reorganización de nuestra sección "Tiempo Perdido". Puede usted remitirnos más trabajos.

El clima y la literatura

No hay duda alguna de que el clima y ambiente en el ser humano vive causan en él un profundo efecto, tanto físico como moral. Por ello es lógico que la literatura de cada región climática del Mundo tenga esenciales características, distinta idiosincrasia y psicología, formas diversas y antagónicas de observar, explicar y resolver los distintos fenómenos y problemas que de continuo se presentan en la vida. Así, al chiste espontáneo, ligero, cruel y desvergonzado a veces, pero siempre optimista y de pronta risa, de los países meridionales, de fácil vida y soleado clima, se oponen en los países del Norte, brumosos y fríos, de vida difícil, el chiste alambicado, intelectual, de gracia rebuscada, un tanto nebuloso y triste, chiste de sonrisa—pero no de carcajada sonora y cantarina—, que se ha llamado humor.

Precisamente por la influencia que el clima produce en el hombre, el realismo en el arte nace y fructifica en los países meridionales (Grecia, Italia, España) desde los más antiguos tiempos; y, por el contrario, el idealismo nace y fructifica en los

países del Septentrión. Los dioses griegos, por ejemplo, son profundamente humanos y reales, mientras que los dioses escandinavos y germanos son divinidades vagas, nebulosas y sobrehumanas.

Que esta influencia se produce en el escritor independientemente de sus características raciales—características producidas en gran parte por idénticas causas—nos lo prueba claramente la vida y obra de Ángel Gárgil. Nacido en las feraces tierras granadinas y trasladado de muy joven al brumoso Helsingfors, las frías nieblas del Norte se infiltran en su cerebro, oprimen y abrumen su alma; su temperamento, plasmado en sus obras (*El escultor de su alma*), tiene todas las características de los escritores del Norte; se vuelve pesimista y misántropo hasta el punto de que, creyendo inútil carga su vida, se suicida.

Los escritores norteeuropeos (Hauptmann, Hansum, Ibsen) son filósofos

TAJO

invita a los noveles a colaborar en sus columnas.

Nuestro semanario, con el fin de estimular la afición y el culto a las letras, admitirá la colaboración enviada por sus lectores, y publicará todos aquellos artículos de valor literario, histórico, político o científico que lleguen a su Redacción, previa una rigurosa selección.

La correspondencia deberá ser remitida a nuestra Redacción, Alcalá, 128, principal, Madrid, indicando en el sobre "colaboración de noveles".

No se devolverán originales ni se sostendrá correspondencia sobre los mismos.

Los artículos publicados serán abonados por nuestra Administración, al tipo habitual de pago a nuestros demás colaboradores.

más bien que escritores: filósofos amargados, de téticas ideas, que desarrollan en forma confusa, con ritmo pesado, lento y sin gracia. Sus obras son, generalmente, tremendas anatemas contra el egoísmo, el vicio, la ambición y la maldad. En ellas nos muestran, crudas, descarnadas, todas las lacras de una Humanidad que se cuida del mejoramiento de la raza de sus caballos, de sus vacas y sus perros y se olvida de mejorar su propia raza, azotada por la tuberculosis, la sífilis y el alcohol, porque, en su egoísmo, no piensan más que en gozar, en gozar mucho, en apurar a grandes tragos la copa del placer.

En las obras de estos escritores la forma es muy secundaria; el fondo, la idea, es lo esencial. Usan las palabras como una necesidad para la expresión de sus pensamientos, y éstos, como ya hemos dicho, son siempre sombríos y brumosos, como el clima en que nacen.

Hasta cuando ríen, su risa es ácida, triste, pesimista; porque el humorismo, risa del Norte (observemos que incluso ésta se limita a Inglaterra y escasea en Alemania y países escandinavos), es una faceta del pesimismo; del pesimismo fatalista, que da todo por imposible, todo por perdido, y sonríe sarcástico e impotente, no teniendo fuerzas ni para llorar. No existe entre ellos la risa jocunda, alegre y sensual de un Boccaccio o un Brantome.

Al contrario que los escritores del Norte, los del Sur (Gauthio, Flaubert, Manzoni) rara vez son filósofos, y cuando lo son (Víctor Hugo, Stendhal, Chateaubriand), sus ideas, desarrolladas con firmeza y claridad, con ritmo ágil y elegante, vienen envueltas en suntuosos y líricos ropajes y no desnudas y aceradas como en los primeros.

Los escritores meridionales son los grandes enamorados de la forma, los escritores pintores que usan la pluma como un pincel y las palabras como colores.

Acaso en muchos de ellos las ideas sean pocas, precisamente por ser pintores, novelistas, y no filósofos; pero sus formas, sus descripciones, son brillantes, esplendorosas, llenas de vida y color, llenas de la luz radiante del cielo del Mediodía. Basta que el lector lea *La novela de una momia*, de Gauthier, o *Salambó*, de Flaubert, y las compare con *Sonadores*, de Hansum; *Spectros* o *Gabriel Borkman*, de Ibsen, para darse cuenta inmediata de lo que decimos.

Observemos, finalmente, que en España—país bifronte geográfica, histórica y literariamente—los escritores filósofos o humoristas (Unamuno, Baroja, Flórez) surgen en el Norte, mientras que los grandes estilistas, los escritores pintores (Valera, Salvador Rueda) nacen en las partes más soleadas de la península.

Claro está que existen muchas excepciones de esta influencia del clima sobre el escritor; pero ello tiene lógica explicación, puesto que el clima no es la única, sino una de las cosas que sobre él influyen. Así, las dificultades con que tropieza en la vida y su estado de salud—tal ocurre en el caso de Leopardi—explican muchas de dichas excepciones.

R. RUIZ S.

"Andalucía es una mujer bonita, caprichosa, llena de ritos paganos y mitológicos", decía, en el alba de mis pensamientos, cuando las aulas me abrían el evangelio desconocido e iba a conocer; entonces, ignoraba a José María Salaverría y su libro *Sevilla y el andalucismo*, un libro de prosa serena y visión acertada. Hoy, con la espiga ya madura, he bebido su obra, y ha sido, después de rebuscar y medir mis ideas, cuando he comprendido al Sur de Hispania.

El cronista—sangre de lirica prosada—hace su afirmación, deslizándose en un decir tranquilo. "Vivir para adentro", así dice. Y, dice bien. Andalucía no es una canzonetista geográfica ni ornamental; tiene su destino para sí y gozar en el alma y en el patio. "Vivir para adentro" no es negarse a la actualidad, es carácter vital y telúrico para el mundo espontáneo y persistente. No es posible negar que, por ejemplo, la arquitectura característica de este pueblo no tiene emociones plásticas, pero sí tiene en lo interior un barroquismo luminoso y sencillo; el mismo olivo oculta entre su verdor presente gemas de plata oxidada, que, sometido al canon andalucista, pueden gozarse dentro de su sombra. Lo clásico de esta latitud ha sido

NOTAS DE MEDIODIA

VIVIR PARA ADENTRO

manufacturado con mezcla de sal y solano, dice el pregón; una afirmación de la incertidumbre, porque Andalucía no es sino para sí, para su gozo.

Lo dice Salaverría y plantea su primera visión señalando cómo se logra la perfección de lo irregular; esta es la verdad que, sin paradoja, se ofrece contra la armonía de la escenografía organizada. Se logra lo perfecto de lo irregular porque así lo necesita para su vivir, porque lo irregular es un ejército formidable contra la mezcla de sal y solano. y porque sus calles no pueden tener un trazado rectilíneo que acabara con las emociones de lo por llegar. No sólo se manifiesta en la materia; también la psicología sigue estos cánones; no de otra manera se comprende que el andaluz cultive la inconscientemente sed para sentir el deseo del beber placentero. Por eso su irregularidad es perfecta, ya que no es para el orbe sino para sentirse. El filósofo

Ortega y Gasset, cuando dice que "los sevillanos adquieren el papel de comparsa para la representación del gesto alegre", no es malo, es que no siente el poema de lo irregular, porque la comparsa no es más que sed. También se explica que Romero de Torres fuera, desde el mirador andalucista, un pintor tímido (de inspiración), porque quiso construir una epopeya del misticismo regular; así lo decía un amigo que, pintor exquisito e indolente, atreviéndose a confesarle su secreto, y lo acepto.

Otra visión es la del silencio. El andaluz lo ama. No se han creado sus patios jardineríos sino para decir la clave en fa del silencio. No decidme que son "juergas" y "jaleos", porque está dentro de lo irregular, de la sed, ¿no habéis tenido deseo de serenidad después de la fiesta? El silencio es el módulo musical y medidor del vivir, de su vivir para adentro, que, propiamente, es gozo ilimitado.

En otro lugar habla del paisaje: del olivo, la palmera y el naranjo. Donde el vivir no es para sí, cumpliendo su misión de encaje, anunciando su espíritu, concretando su jornada perenne de prensa y embajada, donde se vive para todos, como indicó un artista, perdido en la mentira, diciendo que "la calle busca el campo sin prisa", porque la calle está siempre indicando su ornamentación, y sin prisa, porque no es otro su ser y su geometría. Tanta influencia tiene el paisaje sobre el hombre que éste, en un rebusco inacabable de bebidas y horizontes, no comienza su jornada sin haber tenido, sosegadamente, la visión del camino y la arboleda. Mas como lo andaluz no tiene éauce relativo, también ha querido su paisaje íntimo: el patio de mármol, surtidor y "cancela" lacrada, donde el paisaje se reproduce en una orgía verde y narcisista. Luego es de comprender que, frente a todo, lo andaluz es íntimo y suyo.

Cuando en mi ignorancia afirmaba la feminidad y mitología, no sabía barajar esta revelación justa de un hombre; todos los meridionales—también soy andaluz—tenemos que decir su canción de lirica prosada.

Ahora, después de su libro, quiero decir brevemente de la imagen. Nosotros no tenemos la expresión recia de la paramera castellana; tenemos la lirica flor de la existencia: el cante "jondo" se esfuerza en un "jipío" melódico y ansioso de pentagrama; el enjaezado de caballería tiene su gama de tela por pintar. Nace la imagen. Andalucía es toda una antología inmensa de metáforas frescas y espontáneas en su decir, en su arquitectura y también en el paisaje; su vida se da como el nacimiento del trigo y la amapola, en comunión de abundancia y belleza.

Si el prosista señala que este pueblo es uno de los países peor interpretados, hay que sentir el gozo infinito de ver cómo la incompreensión no ha quebrado su "vivir para adentro".

... con estas glosas al maestro no he querido hacer acta de descubridor.

M. G. DE LA FUENTE



SING-SING

—Están en todo para impedir que nos escapemos.



SORDERA

—Háblame por este lado, porque por el otro lado no oigo apenas...



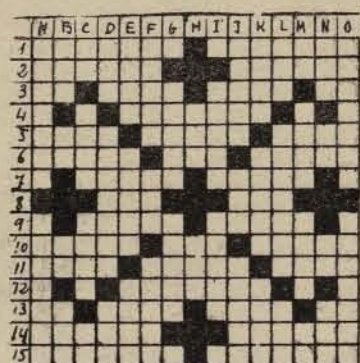
MARIDO CELOSO

—¿Quién es ese hombre que está debajo de tu cama?

H U M O R

CRUCIGRAMAS

Por A. S. C.



HORIZONTALES: 1, Vivienda humilde; En la flor (plural).—2, Pone en línea recta; Villa de Valencia.—3, Artículo; Amanecer; Mamífero; Prefijo.—4, Aromático.—5, Se atreven; Lugar de combate; Suceso.—6, Árboles; Convulsión; Costados.—7, Amarrada; Meterá la nariz.—8, Nombre; Constelación.—9, Detenido; Acomete.—10, Recorro; Personaje bíblico; No oye.—11, Columpia; Concreción; Alabanza.—12, Vigilante.—13, Preposición inseparable; En el panal; Vegetal; Conjunción latina.—14, Todos los hombres han...; Del Tasso.—15, Insípido; Atrevimientos.

VERTICALES: A, Musa de la Elocuencia; En la iglesia.—B, Del sombrero; Conjunción; Consonante; Regalan.—C, Nota; Medida de longitud; Mancha; Asusta (repetido).—D, Junte; Señalarle; Héroe español. E, Fervor; Limpio; Di.—F, Perora; Donas; Cruel.—G, Arteria; Interjección.—H, Manifesté regocijo; Palmípeda.—I, Aspero; Rinoceronte.—J, Muy gruesa; Río francés; Vestiduras.—K, Cuadrúpedo; Dañadas; Composición en verso.—L, Autillo; Molusco; Escuchad.—M, Pronombre;

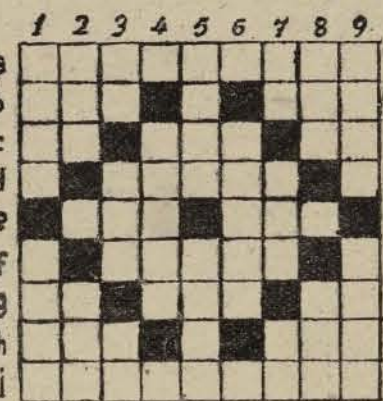
Soluciones del número anterior

HORIZONTALES: 1, Intermittir.—2, Rinalgia.—3, In; Arlete; Oa.—4, Nom; Ser.—5, Dogo; Ca; Eugi.—6, Sar; Faca; Rno.—7, Ita; Anon; Cid.—8, Urao; Al; Sara.—9, Ras; Far.—10, Mo; Otumba; Ln.—11, Lixiviar.—12, Sahornarse.

VERTICALES: 1, Dinosaurios. 2, Martagón.—3, Ir; Morias; La. 4, Tia; Hio.—5, Inri; Fa; Oxe. 6, Mal; Cana; Riu.—7, Rle; Loca; Mvn.—8, Egte; Na; Abia.—9, Tie; Raa.—10, Na; Surcar; Rs.—11, Laringeo.—12, Cariodafne.

Ensenada; Son redondos; Conjunción.—N, Rotura; Preposición; Nota; Une.—O, Exquisita; Máscaras.

HORIZONTALES: a, Sacudimiento del terreno, ocasionado por fuerzas internas.—b, Agarre (al revés); Pradería en que suele sestar el ganado vacuno (al revés).—c, Dativo de pronombre personal; Fenómeno atmosférico que produce variación repentina en la temperatura; Contracción.—d, Color.—e, Hermana religiosa; Deseo de venganza.—f, No es torpe.—g, Nota musical (al revés);



Escuchaba; Hija de Inaco (al revés). h, Falso (al revés); Preposición inseparable.—i, Endulzado.

VERTICALES: 1, Tejido; Herramienta.—2, Pronombre demostrativo; Alumbra.—3, Dios del Sol; En el fútbol; Lo que hacen los gatos.—4, Letras de gorrión.—5, Pronombre; Lo que hace la criada.—6, Diminutivo de nombre de mujer.—7, Artículo (al revés); Labra; El primero (al revés).—8, Madera resinosa; Entregó (al revés).—9, Capital de Noruega; Arbol.

HORIZONTALES: 1, Bra; Oa; Lay.—2, Ob; Is; Is.—3, Oftalmotomía.—4, Teu; Alu.—5, Otn; Aros; Mar.—6, Do; Tú; Pi.—7, Al; As; Oe.—8, Nom; Ili; Nsa. 9, Iré; Ton.—10, Continentale.—11, Tu; Od; Ol.—12, Res; So; Aob.

VERTICALES: 1, Fotogénico. 2, Fet; Oro.—3, Rotundamente.—4, Aba; Ol; Tus.—5, Lea; Ibi.—6, Oim; Ta; Nos.—7, Asó; Us; Edo.—8, Tas; Aun.—9, Lio; Pó; Toa.—10, Asmamiéntalo.—11, Ila; Sol.—12, Mauritanes.



—¿Por qué tienes a tu hijo encima del armario?
—Porque como soy bastante sorda, así cuando se cae al suelo lo oigo...



INGENIERIA

—Para terminar más pronto la vía férrea hemos colocado cien metros de vía y luego un cartelito que dice: "Et-cétera, etcétera".



El de abajo.—¿Puedo llevarme la escalera?
El de arriba.—Sí, pero devuélvamelas pronto, porque después tengo que bajar...

SINFONIA DE SEMANA SANTA

Por F. HERNANDEZ CASTANEDO

A todas horas el áspid de la envidia vertía su ponzoña en el alma de Pedro. Porque a todas horas florecían las advertencias, irónicas y rudas, en las engarbitadas bocas de las gentes del pueblo:

—Pedro, el hombre de la ciudad te burla con tu novia. Yo, no es que los haya visto, pero lo saben hasta en la aldea.

—Pedro, el gavilán busca tu paloma. Si no andas presto te la robará.

—Anoche, el forastero seguía a tu novia, en el camino del cementerio. Si te lo digo es porque te aprecio.

Y, así, los cuervos del odio comenzaron a nacer en el corazón de Pedro y crecieron más y más amamantados por la leche amarga de los celos.

Como culebras de un rosario absurdo seguían pasando y repasando las advertencias:

—No sé por qué no la dejaste. Esa mal nacida saldrá, al fin y al cabo, a la bigorda de la madre. Si nunca debiste ponerte novio con la moza; ahora es cuando, más que nunca, debes plantarla.

—Mozo, ten cuidado; tu fosal con espigas a lo mejor florece pronto.

Pedro, agarrados los nervios, callaba. Pero el veneno del odio se expandía en su alma, artera, dolorosamente.

Y una tarde diáfana, íntima, de Jueves Santo, bajo las románicas arcadas de los viejos porches de la plaza, la torva e hiriente ironía rústica cuajó la áspera bofetada:

—Pedro, repara en el pilar. Habrás, si no, de dejarte clavado algo en él.

Soeces e inconscientes carcajadas rotundizaron el juicio.

Quedó rígido Pedro, un instante, ante la ofensa. Luego, erguido como un dios de la venganza, avanzó con lento y seguro paso de tigre hacia el bromista. El rostro de éste tomaba ya tintes de cadaverina y acartonada expresión.

El fornido cuerpo de Pedro, adelantado de brazos, acertaba, parsimonioso, distancias. Los ojos del ofensor, bañados de fría neblina, apenas vislumbraban el avance.

Llegó, al fin, Pedro junto a él. Sin el menor esfuerzo, los brazos, en tenaza, levantaron un cuerpo que se vencía, y después, con bárbaro impulso, lo abatieron contra el suelo. De la garganta del vengador surgió una voz aplomada:

—¡Reza!—ordenó.

Los circunstantes, ambientados de primitiva tragedia, hicieron, alrededor de los protagonistas, círculo de respeto y espectacularidad.

El débil, vencido sobre las rodillas, imploró en la antesala de la muerte:

—¡Pedro, por tu madre! Otra vez, ácrimo y metálico, brotó el imperativo:

—¡Reza!

Se defendió el caído, en escorzo emocional:

—Ahora no puedo, Pedro. No quisiera ofenderle.

Los extáticos espectadores captaron lo imponderable de la escena. El vencido era el tronco desgajado por las iras celestiales; Pedro, el rayo. Uno, la cobardía; otro, su majestad el odio.

Las manos del último formaban ahora un férreo dogal en el cuello del contrario.

Y otra vez se reiteró el mandato:

—¡Reza!

El vencido no intentó desasirse. No le doblaba los brazos del enemigo, sino los ojos, los ojos sin vida, en los que vio danzar las mariposas frías de la muerte. Por eso, los labios, temblorosos, comenzaron con ahogo:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Tan recia y bárbara era la escena, que ninguno de los sugestionados espectadores soñó en interrumpirla.

Mientras, las manos del ofendido se cerraban más y más. Preagónicos es-

tertores del caído alborearon. Y cuando todo parecía querer acabar, Pedro, ante la ruina moral y fisiológica que tenía a sus pies, abatida, en innoble postura, sintió lo absurdo del instante, de la pugna. Y un ansia ilógica de reír relevó a la de matar.

De pronto, con las últimas palabras del rezo del virilo se mezcló, en la fantasía de Pedro, la más extraña, realista y silente procesión: la de interminables hules de tricórnios. Los vio avanzar hacia él, de fondo, en filas, en monótonas y cadenciosas columnas...

La tenaza opresora se aflojó. Y Pedro puso final de comedia al preludio de tragedia.

Levantó al pelele, lo fijó. Y lo dió libertad.

—Y ahora márchate. Márchate al infierno. ¡Pronto!—conminó.

Después, retador en principio para concluir filosófico, ordenó a los circunstantes:

—Digo lo propio a todos. Marchaos. Para estar acompañado me basta mi soledad.

Lento, sin protestas, deambuló el grupo hacia la calle. Ya en ésta, a su amparo y al de los cenizosos cabellos que le señoreaban, un individuo de él se cuadró, consejero. Conciliadora y suave surgió la voz:

—Pedro, no es en esa fuente donde saciarás tu sed de venganza. Busca otra, más en justicia. Y cuando la encuentres, en sus siete chorros, florecidos por tu navaja, bebe hasta enfangarte.

¡Calla! Sé lo que hacer—arguyó el aconsejado.

—Está claro. Por ello, y por si acaso te interesa, puedo decirte que todavía el forastero estará paseando, sólo como siempre, por el camino del cementerio.

Calló la sugeridora voz. Y el grupo hubo de abrirse, respetuoso, para dejar paso a Pedro, que inmutable y con los ojos perdidos en el confín del horizonte, iniciaba la marcha.

Eduardo, el forastero, lo vio venir, en los claros de la luna, a su encuentro. Y tuvo la evidencia, ante las aceradas pupilas del mozo, que el esperado momento se hacía presente. Y se preparó para él.

Al llegar a la altura del hombre de la ciudad, Pedro advirtió, brusco y ronco:

—Escuche. Tengo que hablar con usted.

También el forastero vio en los ojos duros las mariposillas fatales. Pero firme, se objetivó ante la naciente tragedia:

—¿Qué quiere, Pedro?

—Su sangre.

—Con bien poco se conforma. La mitad de la que correspondía a mi cuerpo ya la derramé en la guerra.

—Es su vida lo que quiero—aclaró Pedro, torvo.

—Tampoco es gran cosa. Pero, en fin, antes de llevársela, ¿puedo saber para qué la desea?

—Para quitar alimañas del camino de mi novia.

—¿Piensa matar a todo el pueblo?

—No he venido a hablar.

Y noble, dentro de su odio, invitó a la lucha:

—¿Tiene usted algún arma?

—Sí; la que le vencerá: la supremacía de la razón.

—No es hora de letras, sino de jugar el corazón.

Una mano de Pedro se hundió en la faja y reapareció con algo que al abrirse produjo un seco y escalofriante chasquido. Después, el atacante ordenó:

—¡Defiendase!

El forastero juzgó el momento. Y dando un paso hacia adelante exclamó, despectivo:

—¿Para qué? Haga lo que guste.

El pasmoso dominio del hombre de la ciudad abatió a Pedro un instante. Pero en seguida reapareció su impetu. Al fin y al cabo aquella serena actitud no era más que un estudiado subterfugio para evitar el combate. Por eso rugió:

ro con los chicos que intentaban zaherirla y martirizarla por ser la hija sin padre, luego con los mozancones, después con el pueblo entero, hasta lograr de éste un cobarde respeto hacia la muchacha. Asimismo me ha contado ella cómo en una de las fiestas del lugar, ante el frío aislamiento que la rodeaba, usted la proclamó, valiente y noble, novia suya. Pero ella, en la hora maga de su adolescencia, le vio alejarse, alejarse cada vez más. Hasta estar, sí, en el ambiente, protegiéndola, el espíritu del novio, pero no su presencia. Y todo ello porque a éste le ataban más las mendaces lenguas de sus amigos que el encanto de la pura y desdichada mocita. Usted sí que fué, y es, cobarde.

—¿Cobarde yo? Pronto lo comprobará.

La voz del forastero cobró tonos de rotunda virilidad:

—Se necesita mucho más valor para seguir la recta

ruta que marca el corazón que para matar a un hombre. Por eso le he llamado cobarde. Le vencieron los rastros matorrales sembrados en el camino.

Se oyó la débil aclaración, excusatoria:

—¡Habla tan to el pueblo!

—También he hablado de ella y de mí. Y con la misma equidad. Para que juzgue le voy a decir lo que existe entre su novia y yo.

—Lo sé—afirmó agrio y recobrado Pedro.

—No. Ni remotamente. Los que le hayan hablado han visto barro donde todo es oro. Atienda: usted, incapaz de vencer el valladar de la murmuración, le había hecho a su amada cerco de asfixia. Por eso, ella, en esta hora de los que saben captar la consoladora filosofía de las estrellas, se venía a este viejo y solitario camino. Ahí, junto a aquella Peña, la vi por vez primera. Estaba llorando. Me acerqué a su lado. Como asustada cervatilla intentó huir.

Al fin logré tranquilizarla. Y luego charlamos hasta que la risa embelleció sus labios. Después, en otros días, hablamos de muchas cosas; de usted, sobre todo. Hasta que tuve la evidencia de que ella le amaba, como hoy la tengo de que usted la corresponde. Eso ha sido todo.

En el vestíbulo de la paz, aún se rebeló Pedro:

—¿Por qué la defiende tanto?

Melancólica y serena sonrisa floreció en el forastero:

—Porque yo también la quiero, Pedro.

En éste, rebrilló la amenaza:

—Por eso he venido a buscarle.

—Inútilmente—concluyó Eduardo—. Calma, Pedro. Tiene usted ganada la partida. Generalmente, es difícil despegar del corazón un arraigado cariño, pero aún lo es más si no se pretende.

—No le entiendo.

—Es muy sencillo. Ya le dije que vertí la mitad de mi sangre en la guerra. La otra mitad me cuece aquí, en esta malparada caja del pecho. Si mis pulmones tuviesen la energía necesaria, nada, Pedro, nada, entiendo lo bien, me alejaría de ella. Ni amenazas, ni armas. Y menos el innoble criterio de un pueblo. Por ella lucha-

ría con todos, y contra todos, porque lo merece.

Tras las viriles y emotivas palabras se abrió otra pausa. Luego volvió la voz del forastero, ya filena de tonos:

—Hágalo usted, Pedro. Vaya a ella, y santamente llévesela de aquí, donde todos son sus enemigos. Ancha es Castilla, y más cuando un corazón quiere luchar. Llévase; la felicidad irá siempre con usted.

El cuchillo tembló en la mano de Pedro. Los ojos del atacante supieron un momento de emotiva película. Pero cuando todo quería parecer morir en óptimo final, cantata del infierno atacó, zaina, al apenado espíritu. Para hacerle crispase en penas máximas.

Otra vez en fantástico desfile, cobraron realidad las horas amargas de la duda, los compasivos rostros, irónicos y dantescos, de las viejas comadres; las estrepitosas carcajadas de los mozos, la torpe malevolencia de los hombres maduros.

Y toda una visión de acibar cristalizado en la mente enfebrecida.

Voz de allá, del diablo, vertió en el corazón del enamorado la hiel de la más horrible malicia:

—Pobre Pedro, inocente y puro. Creerás que el sol es de miel y la luna de queso. Que tu novia es inmaculada y tu enemigo fraterno. Que los hijos nacieron antes que los padres. Que el mañana es lo pasado y el mundo austero, pueril, edénico. Creerás las palabras del seductor y las considerarás verdad de fe. Y consagrarás con tu cobardía melosas y falsas excusas del hombre de la ciudad. A mayor gloria de tu mansedumbre. Pobre Pedro, santo y crédulo. Tu cielo ansía esmeraldas praderas.

Mientras, silencio espeso, cadencioso y ecoico triunfaba. Hasta que voz sin matices, áspera y azabache, lo desgarró:

—¡Defiendase! ¡O corra! ¡Huya! Voy a matarlo. ¡A matarlo! Necesito su vida por encima de todo.

Fué rápida la escena. Eduardo vio, inmutable y sereno, en el rostro del contrario, la locura homicida, precisa, en las enardecidas cejas, en la nariz rígida, en los distendidos y pálidos labios, en las sombras azulencas de las pupilas. Y se preparó para el supremo trance.

De pronto, por el viejo camino que bordeaba el cementerio, y encuadrada por grandes y amarillentos faroles de aceite, avanzó lenta, ceremonial e impresionante, la íntima procesión lugareña del Jueves Santo.

Y fué Eduardo quien observó, suave y estoico:

—Espere; estamos ante Dios.

Para luego añadir, previsor y fraternal:

—Y pueden verle.

Pedro frenó su decisión. Y giró la vista hacia el sacro ceremonial.

Pasó la procesión cercana a ellos. Cuando en la noche se recortó la silueta de Cristo crucificado, los dos hombres clavaron sus rodillas en tierra, concretos y ortodoxos.

Pedro, los ojos en el Sublime Martir, el arma abatida en la mano, creyó encontrar puros, inmaculados, consoladores brillos en las pupilas muertas del Señor.

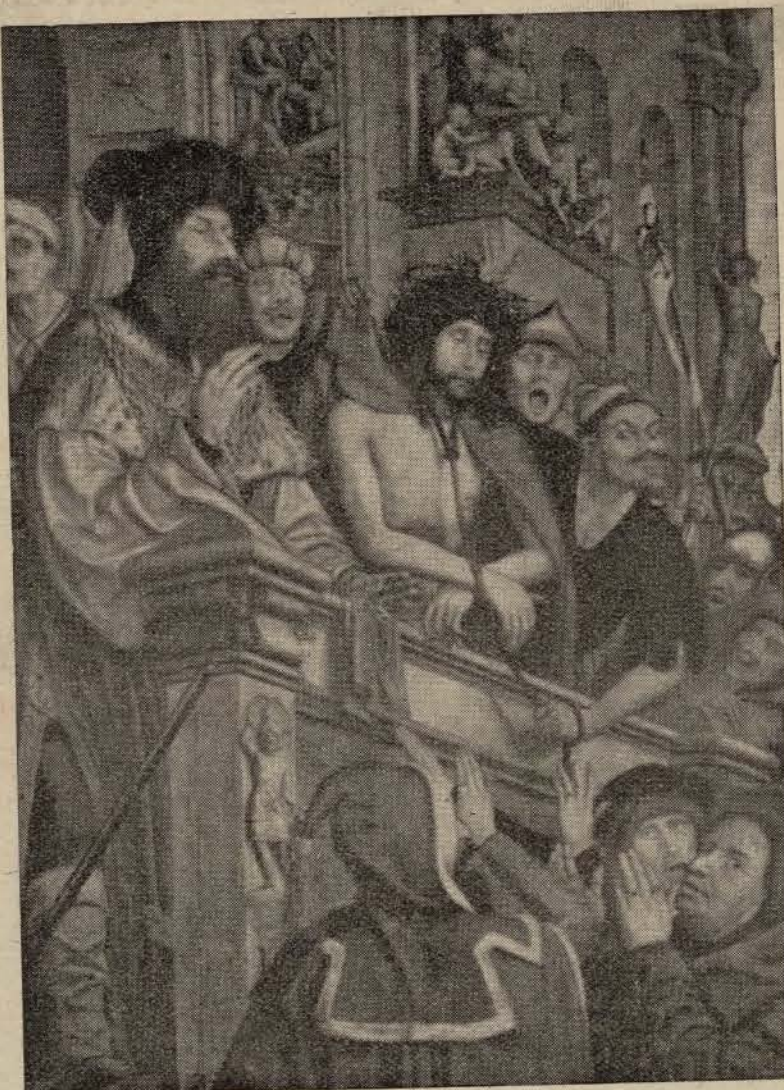
Y la mirada divina hizo el milagro. El rostro de Pedro se relajó, ya serenado. Y luego, adivino de la verdad, el mozo habló a Eduardo, mientras ya en las tinieblas se hundía la silueta redentora:

—Escuche: Quiero jurar—y la voz metálica ahora temblaba—, al único hombre bueno que mi novia conoció, que la haré, sí, feliz, pase lo que pase, por encima de todo y de todos. Aunque me tenga que abrir camino a zarpazos, a mordiscos, a cuchilladas. Como sea. Se lo juro. Por ella; por Dios.

Hubo en la voz del forastero vibrantes y cálidas tonalidades.

—Gracias, Pedro. Le creo. Ya antes que su voz lo habían jurado sus ojos. Y ellos, en los hombres, no mienten.

En la alta noche, un estrecho y viril apretón de manos hizo culminar la escena.



T A J O

SEMANARIO ILUSTRADO

Alcala, 128 Tel. 58192

Ayuntamiento de Madrid